DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

EL AMO DEL METAL

AUDACES

30

El amo del metal

Kenneth Robeson
Doc Savage/39

CAPÍTULO I

EL VIEJO ASUSTADO

EL cuartel general de Doc Savage en Nueva York se encuentra en el piso ochenta y seis de un importante rascacielos del centro de la ciudad.

El edificio está emplazado en un sector comercial y, de noche, el lugar queda relativamente desierto. Abundan en la vecindad los portales oscuros.

El viejo asustado estaba al acecho en uno de esos portales oscuros y, visiblemente, algo le tenía preocupado.

Estaba acurrucado en la entrada llena de sombras y miraba constantemente, en torno suyo. Era evidente que estaba muy asustado. Lloviznaba un poco y el frío era intenso.

Un taxi que volvió la esquina, cerca del escondrijo del viejo, patinó levemente.

Una muchacha se apeó del taxi; era alta, llevaba un abrigo de corte masculino y un sombrero de fieltro, también propio de un hombre. Pagó al chófer y el taxi se alejó, después de que sus ruedas hubieron girado un momento en falso sobre el pavimento resbaladizo.

La muchacha se acercó al portal. Llevaba una lámpara de bolsillo en la mano y enfocó con su rayo al anciano.

—¡No lo haga! —gritó nerviosamente éste—. ¡Apague la luz!

La muchacha obedeció. La lámpara había revelado por unos segundos un viejo delgado hasta la inverosimilitud y la cara de la muchacha, que era bonita y de cabellos rojos.

—¿Qué ocurre, Seevers? —preguntó con voz que armonizaba con su cara, suave y bien timbrada.

Se echaba de ver que el viejo Seevers estaba atemorizado. Sus

dientes castañeteaban aunque no era debido al frío.

—Acabo de descubrir algo increíble —dijo con voz entrecortada —. Por eso le he telefoneado que se reúna conmigo aquí, Nan. Usted es la hermana de Louis...

—Y usted es el ayudante de laboratorio de Louis desde hace años y siempre me pareció dotado de sentido común o de lo contrario no habría venido —dijo la muchacha—. ¿De qué se trata, Seevers?

—Me he enterado de que algunas personas van a ser asesinadas —dijo Seevers— Las van a matar de un modo horrible y esto no es todo...

La muchacha guardó silencio un buen rato.

—Vale más que tome unas semanas de vacaciones —dijo escéptica—. Usted ha ahorrado dinero. ¿Por qué no se va a Florida a pasar el invierno?

—¡No estoy loco! —replicó secamente el viejo Seevers—. Sabía que usted pensaría esto y precisamente en vista de ello la llevaré conmigo esta noche...

—¿Adónde? —preguntó la muchacha.

—¡A ver a Doc Savage! —dijo Seevers—. Doc Savage debe creerme...

—¡Oh! —contestó la joven.

Había oído hablar de Doc Savage: su tono lo daba a entender.

¡El hombre de bronce, el ser misterioso que hacía milagros... ése era Doc Savage! Sin embargo, nadie sabía gran cosa de él. Una aureola de misterio le rodeaba.

Él rehuía la publicidad, pero la tenía abundante, puesto que los reporteros tienen sobrada imaginación y resultaba una figura mística e interesante.

En vista de que se conocían pocos hechos respecto al hombre de bronce, las leyendas crecían en torno a su nombre y éstas eran a menudo fantásticas.

Algo sabía el público respecto de él: la profesión única de Doc Savage.

Su vida estaba dedicada a enderezar entuertos, a ayudar a los oprimidos, a castigar a las delincuentes.

Era una especie de caballero andante moderno y esto le llevaba a los rincones más apartados de la tierra sin contar con que le metía

en líos imposibles.

—Mire, Seevers —dijo Nan—. Dígame la que le pasa...

—Lo oirá cuando se lo explique a Doc Savage —dijo Seevers—. Podrá garantizar algunos hechos que harán más creíble mi historia.

—Bien —contestó la joven—. Siempre he deseado ver a ese Doc Savage. No crea que alcance ni la mitad de su reputación.

Seevers le apretó el brazo entre sus dedos delgados.

—¡Venga, tengo mucha prisa!

—¿Por qué?

Seevers vaciló y miró a su alrededor.

—Tengo miedo que me maten.

—¿Quién? —La voz de la joven era escéptica.

—El Amo del Metal, probablemente —murmuró Seevers.

La muchacha lanzó un resoplido. Se veía claramente que no estaba convencida de la importancia de las revelaciones del anciano y que le creía algo chiflado.

—Nunca he oído hablar de ese Amo del Metal —dijo.

—Ya oirá —dijo Seevers, estremeciéndose—. No me crea loco. ¡El Amo del Metal existe y hará algunas barbaridades en este mundo si Doc Savage no le reduce a la impotencia!

La muchacha volvió a emitir un resoplido.

—¡Es usted demasiado melodramático para hablar en serio! —dijo.

El viejo Seevers no contestó.

Pasaron bajo uno de los faroles que alumbraban la calle. La muchacha era algo más que bonita: resultaba encantadora. No tenía una cara de muñeca, sino que su belleza era clásica.

—Nos pararemos en esta oficina de cablegramas —dijo el viejo Seevers, señalándola con el dedo—. Estoy esperando un mensaje, un cablegrama.

La oficina de cablegramas era de las que quedan abiertas toda la noche. Dos jóvenes trabajaban en la misma y miraron largamente a la muchacha, hipnotizados por su hermosura.

—¿Hay algo para Jonathan Seevers? —inquirió el anciano.

Uno de los empleados volvió y le alargó un sobre azul.

—Acaba de llegar —dijo.

El anciano abrió el mensaje. Provenía de una ciudad de América del Sur y decía:

Información me cablegrafió confirma mis sospechas Stop Es imperativo evitar calamidad Stop enseguida Doc Savage con historia Stop en mi aeroplano Stop Tenga cuidado. —Louis."

Cuando hubo leído el mensaje, la muchacha levantó los ojos. Parecía anonadada.

—¡De mi hermano Louis! —dijo—. ¡Y está volando desde América del Sur en este momento!

—¡Exactamente! —dijo el anciano Seevers—. Su hermano no sabe lo horrible que es esta cosa.

Salieron rápidamente de la oficina de cablegramas.

Transcurrieron escasamente tres minutos antes de que un desconocido entrara en la oficina de cablegramas. Era un hombre delgado que parecía haber dormido con el traje puesto, a juzgar por su aspecto.

Llevaba un delantal de lona y una pantalla de celuloide verde le sombreaba los ojos.

—El viento acaba de llevarse el cablegrama de Jonathan Seevers por la ventana de su cuarto —dijo—. No logra encontrarlo y desea que me dé un duplicado.

El empleado de la oficina de cablegramas estaba todavía en el coma, pensando en la hermosa visión que acababa de alejarse. Buscó entre un fajo de copias hechas con papel carbón, encontró lo que interesaba y la sacó.

Luego vaciló.

—Se acostumbra a pedir una identificación antes de entregar un mensaje a otra persona que el destinatario —dijo.

—Yo trabajo para Seevers —dijo el hombre.

Esta declaración era falsa y olía a tal. El empleado frunció las cejas.

—Lo siento —dijo—. Tendrá Usted que identificarse. Traiga una nota de Seevers.

El hombre lanzó una especie de gruñido. Rebuscó debajo de su chaqueta, sacó una pistola y apuntó deliberadamente. La pistola escupió fuego dos veces y los empleados cayeron al suelo con sendas balas en el cerebro.

El asesino agarró la copia hecha con papel carbón y salió corriendo de la oficina.

CAPÍTULO II

EL HOMBRE DE BRONCE

LA dedicación de Doc Savage eran los apuros… es decir, los apuros de los demás. Tenía amigos, bastantes más amigos que enemigos, pero también éstos abundaban, y en ocasiones intentaban matar a Doc Savage, llegando a la conclusión de que en esto residía su única esperanza.

Algunos de sus enemigos tenían ideas muy ingeniosas para conseguir sus fines, de forma que Doc Savage tenía que tomar precauciones.

Una de esas precauciones era un sistema de alarma qué registraba la presencia de merodeadores cerca de su oficina. El merodeador no tenía necesidad de introducirse en su aposento.

Aunque no hiciera otra cosa que acercarse a la puerta, unos timbres sonaban y unas luces indicadoras se encendían.

Uno de los timbres resonó de pronto, con voz alarmante.

El cuartel general, compuesto de una sala de espera, una biblioteca, un laboratorio muy espacioso, que cubrían muchos miles de pies cuadrados de terreno, estaba a oscuras, exceptuando una luz emplazada sobre una mesita en la cual había un cultivo de bacilos.

Esta luz no dejaba visible otra cosa que una de las manos del individuo sentado ante la mesa.

Era una mano notable. Su tamaño no parecía tener nada de particular hasta que se la comparaba con los objetos que la rodeaban. Entonces se notaba que la mano no era pequeña.

Los dedos eran largos y la piel era extraordinariamente fina, pero lo que resaltaba más era la evidencia de la fuerza increíble de aquella mano, cuyos tendones abultaban casi tanto como los dedos de un hombre ordinario.

La piel de aquella mano tenía un color bronceado muy notable.

Cuando el timbre resonó, la mano bronceada desapareció del haz de luz de la bombilla. No se encendió ninguna otra luz.

El dueño de la mano se movió en la oscuridad con rapidez y silencio sorprendentes. Un minuto después, abrió la puerta de la sala de espera.

Una muchacha alta, con abrigo de corte masculino, yacía en el suelo del corredor. El sombrero le había caído de la cabeza. Estaba boca arriba y se veía su cara atractiva, de líneas exquisitas.

Tenía la boca abierta y cubierta de un polvo blanco.

Había luz en el corredor de decorado moderno y esta luz reveló la figura del hombre de bronce, que salió rápidamente del cuarto de espera. Era una figura hercúlea. Su mano, que sola había parecido enorme, era proporcionada a su cuerpo. Bajo su traje se adivinaban sus músculos, parecidos a gruesos cables de acero.

Pero lo más notable, quizá, del hombre de bronce eran sus ojos. Tenían un color dorado muy particular y estaban sembrados de puntitos que parecían moverse siempre, como barridos por una leve brisa.

Eran ojos extraños, que hipnotizaban. En la calle, los que miraban aquellos ojos no podían ya desviar la mirada y chocaban con otros transeúntes.

Las facciones del hombre de bronce eran regulares. Su pelo, de un matiz bronceado, apenas más oscuros que la piel, le moldeaba el cráneo como un casquete de metal.

El hombre de bronce se movió rápidamente. Una mirada lanzada al corredor no le reveló la presencia de nadie más.

Se inclinó, recogió a la muchacha y atravesó, con ella en brazos, la sala de espera y la biblioteca, entrando en el laboratorio. No encendió luces: era evidente que conocía bien el terreno.

Colocó a la joven sobre una mesa cubierta de mármol y le buscó el pulso.

Luego aplicó el oído sobre su corazón… Este había dejado de latir.

Más de un lector y de un cirujano famoso, habría querido estar presente en aquel laboratorio durante los cinco minutos que siguieron.

Lo que ocurrió fue un ejemplo de lo que la habilidad y el

conocimiento médico pueden hacer. Doc mezcló varios productos con la rapidez del relámpago y los administró a la muchacha en forma de bebida y también por medio de una inyección.

Luego, la introdujo en un aparato complicadísimo, destinado a restablecer la respiración y le hizo tomar adrenalina.

Al cabo de veinte minutos de este tratamiento, la muchacha tenía los ojos abiertos y miraba al hombre de bronce.

—¡Usted es Doc Savage! —dijo débilmente—. He visto su fotografía...

—¿Le han atacado en el corredor? —preguntó Doc Savage.

La voz del hombre de bronce era tan singular como su aspecto. Muy profunda, y revelaba cultura y dominio de sí.

—Sí —contestó débilmente la muchacha—. ¿Qué le ha ocurrido a Seevers?

Doc no contestó directamente a esta pregunta.

—¿Había allí alguien además de usted y de Seevers? —preguntó.

—No.

Doc llevó la muchacha al fondo del laboratorio, frente a lo que parecía una pared sólida. Puso la mano sobre la pared, la mantuvo allí, la apartó y la volvió a colocar tres veces consecutivas.

De pronto, un tablero perfectamente disimulado se abrió. Estaba provisto de una cerradura que funcionaba por medio de una combinación termostática, oculta en la pared.

El calor de la mano, aplicada de un modo conveniente, bastaba a abrirla, sin que se pudiera hacerlo de ningún otro modo.

El nicho que quedó revelado contenía una estrecha litera sobre la cual Doc dejó a la joven.

—Vuelvo enseguida —dijo brevemente—. Está usted demasiado débil para hablar ahora.

Le trajo una bebida, añadiendo: —Beba esto si se encuentra mareada. Es un estimulante... ¡No haga el menor ruido!

—O. K. —logró balbucear la muchacha, con un hilillo de voz.

—Doc Savage cerró el tablero detrás de él. Únicamente con un buen lente se habría visto la ranura que lo delimitaba. Debido a la hábil construcción del lugar, el espesor anormal de las paredes no podía notarse sin que se las midiera con instrumentos de agrimensura.

Doc Savage volvió a atravesar el laboratorio, la biblioteca y la

sala de espera, saliendo al corredor. La puerta que daba a éste era de acero armado y no tenía cerradura ni pomo, ni ningún otro medio visible para poderla abrir.

Se cerró misteriosamente detrás del hombre de bronce.

Doc Savage cogió, al pasar por el laboratorio, una caja de metal de aspecto singular. Tenía un lente y hubiera podido pasar por una vieja linterna mágica, con la diferencia que el lente era casi negro.

A un lado de la caja había un conmutador al que Doc dio una vuelta.

Una cosa extraña ocurrió entonces en el corredor. En el suelo, frente a los ascensores, había una alfombra que parecía hecha de esponja de goma de color gris.

Era tan ancha que cualquiera que saliese de los ascensores, debía infaliblemente pisarla. En efecto, únicamente un salto ágil hubiera permitido franquearla sin tocarla.

Al ser enfocada por la extraña linterna, la alfombra en cuestión empezó a brillar, adquiriendo un matiz azulado.

Además, unas huellas de zapatos aparecieron en el suelo del corredor.

Doc Savage entró en su ascensor particular, dotado de alta potencia y bajó al nivel de la calle. Tres ascensores más funcionaban a aquella hora y Doc sometió a los muchachos que estaban encargados de su funcionamiento a un interrogatorio.

—¿Quién subió y bajó de mi piso durante estos últimos minutos?

—¡Pues, un anciano y una chica han subido! —dijo uno de los muchachos—. La chica era muy guapa por cierto. Y algunos hombres subieron también; eran cuatro.

—¿Antes o después del anciano y su compañera?

—Después. Han bajado al cabo de un rato con el viejo, diciendo que había sufrido un mareo.

—Gracias —dijo Doc Savage, saliendo a la calle.

Volvió a enfocar y encender su linterna que era en realidad un poderoso proyector de rayos ultra —violeta.. La luz ultra— violeta tiene la extraña propiedad de hacer brillar algunas substancias, tales como la vaselina.

La alfombra colocada delante de los ascensores en el piso de Doc Savage estaba impregnada de una mezcla química pegajosa y brillaba de un modo extraordinario bajo el haz de luz ultra —

violeta.

Naturalmente, quedaría pegada a las suelas de cualquiera que la pisase y dejaría huellas durante un buen trecho.

Doc Savage siguió huellas brillantes por la calle. Estas le llevaron a una esquina y la doblaron. Ahí le esperaba alguna dificultad, puesto que las huellas químicas no resultaban claras en la acera cubierta de aguanieve.

Sin embargo, el rastro no se prolongó mucho. Seguía por un callejón oscuro.

Doc sacó una lámpara de bolsillo que proyectó un haz de luz blanco y estrecho.

Sobre el pavimento de la calleja había un extraño montón de metal parecido a una enorme burbuja.

Esta burbuja de metal tendría una docena de pies de largo y la mitad de ancho. Tenía el aspecto de una mezcla de acero y cobre fundida y vertida en la calleja para enfriarse allí, pero esta mezcla metálica ofrecía una extraña particularidad.

Ante todo, si se hubiese vertido metal en fusión en aquel lugar, el pavimento de los alrededores habría presentado huellas del tremendo calor despedido... y nada de eso se advertía.

Sin embargo, aquello tenía todo el aspecto de una masa de metal puesta allí al estado líquido. Pequeños riachuelos de la mezcla se habían escurrido a los lados, precisamente como ocurriría con metal líquido y habían llenado los intersticios del pavimento de la calleja.

Lo más fantástico era que algunos trozos de madera sobresalían de la masa, así como pedazos de paño y de cuero. Doc Savage examinó esto último.

¡Eran almohadones de un automóvil! No le cabía la menor duda. Aquella masa, fundida había sido un automóvil. Vió los neumáticos, cuatro de los cuales habían estado colocados sobre las ruedas y otro de recambio.

¿Acaso el fuego? Pero los rayos de madera, de las ruedas estaban intactos.

El hombre de bronce dio unos pasos, moviendo su lamparita de bolsillo.

Hizo entonces algo muy raro, tratándose de él, que tenía los nervios templados y acostumbrados a las emociones... se sobresaltó violentamente.

Por espacio de unos segundos, permaneció completamente inmóvil. Luego se oyó una especie de trino que subió, siguiendo la escala musical sin formar una tonada definida y que, sin embargo, resultó melodioso.

Podía haber sido el canto de un pájaro exótico o el ruido del viento en las ramas de los árboles de una selva, después de la caída de las hojas.

Era un trino que emitía el hombre de bronce en sus momentos de ensimismamiento. Digno de un ventrílocuo, no parecía provenir de ningún sitio definido y lo había provocado algo horrible que reveló la luz de la lámpara...

¡Una mano humana, huesuda y arrugada, sobresalía de la masa de metal fundida que yacía sobre el pavimento de la calleja!

Doc Savage tiró con violencia de la masa, de metal. Era compacta y el cuerpo estaba sepultado dentro de ella. También se veía parte de una pierna, un codo y una punta del abrigo del hombre.

Lo más extraño era que los vestidos de la víctima no estaban siquiera, chamuscados. Sin embargo, formaba una sola masa con el metal.

Doc Savage volvió su atención hacia la mano que sobresalía de tan horrenda manera. En uno de los dedos, vió una sortija que sacó con el fin de identificarla.

Hizo uso de la linterna de rayos ultra —violeta. Las huellas concluían. En el aguanieve se veían huellas de un coche que había arrancado desde allí.

Debió, pues, haber dos automóviles. Al uno... algo fantástico le había ocurrido. El otro debió llevarse a los demás hombres.

No parecía quedar nada por hacer. Se necesitarían horas, tal vez días, para arrancar el cuerpo con ayuda de sierras a propósito.

Doc volvió a encaminarse al rascacielos en el que tenía su cuartel general.

Llevaba la sortija en la mano.

Uno de los empleados le dijo: —Unos hombres han subido a su piso y han vuelto a bajar. Debieron darse cuenta que usted no estaba.

—¿Los conoce? —preguntó Doc.

—Eran los mismos que se llevaron al viejo.

Doc Savage no contestó, pero no perdió tiempo y subió a su aposento. Al cabo de unos segundos se encontraba en el corredor del piso ochenta y seis.

La puerta de acero de su piso había desaparecido.

Desaparecido no es la palabra adecuada. En el suelo había una masa de metal que parecía sencillamente fundida; sin embargo nada estaba quemado ni chamuscado.

Doc Savage contempló aquella escena increíble. Parte del marco de metal de la puerta estaba fundido también. Tocó el metal… estaba frío.

Entró. Nada aparecía desordenado; pero se conocía que habían registrado el piso. Algunos armarios estaban abiertos… Eran bastante grandes para contener una persona.

Doc se encaminó al tablero secreto y lo abrió.

La muchacha le sonrió. Estaba todavía débil pero tenía los nervios templados.

—Me alegro que haya vuelto —dijo.

—¿Ha oído algo hace unos minutos?

—Un ruido débil —admitió ella—. Me había dicho de no moverme y no me he movido.

Doc Savage le enseñó la sortija que no tenía nada de particular. Era de bisutería y bastante gastada.

—¿La ha visto antes? —preguntó.

La muchacha asintió con la cabeza.

—Sí —dijo—. Pertenecía a Seevers que la llevaba siempre.

Doc Savage se sentó y dio a la joven una bebida estimulante.

—Ahora —dijo—. Explíqueme su historia.

La voz de la muchacha era bastante firme cuando dijo:

—No hay mucho que contarle. Seevers me telefoneó. Estaba preocupado y quería que me reuniera con él para venir a hablarle a usted. Dijo algo respecto al Amo del Metal y sus terribles designios; pero no entró en detalles. Yo le creí… loco, es decir hasta que recibió un cablegrama de mi hermano, y mi hermano, se llama Louis, también parece creer que algo anormal ocurre.

—¿Quién es su hermano? —inquirió Doc.

—Louis Tester —contestó la joven—. Yo me llamo Nan Tester y somos gemelos. Mi hermano es perito electricista, especializado en la electricidad aplicada a la química… o por lo menos, eso era.

—¿Eso era?

La muchacha tomó un sorbo del estimulante.

—No he visto mucho a Louis estos dos últimos años —dijo—. Ha estado trabajando en un lugar apartado donde tiene un laboratorio.

—¿Dónde?

—En la América del Sur; pero ahora está viajando hacia Estados Unidos. No sé por qué estuvo allí y a decir verdad, ignoraba que hubiese ido.

—¿Quién era Seevers?

—Trabajaba con mi hermano. Seevers fue durante mucho tiempo una especie de profesor de Louis. Es un buen viejo.

Doc Savage no le recalcó que debía decir era un buen viejo.

CAPÍTULO III

ESCALA EN CUBA

DOC Savage dejó a la muchacha para que descansara cuando se hubo cerciorado que no sabía nada más de lo que le había dicho, y mientras reposaba, telefoneó a la compañía de los cablegramas.

Se enteró del asesinato de los dos dependientes y del robo del cablegrama.

Asimismo obtuvo una copia del cablegrama de la oficina central donde había sido transmitido.

—¿Cómo están sus nervios? —preguntó a la muchacha.

—No sé —contestó ella.

Doc la puso a prueba:— Seevers ha muerto —dijo.

Sus nervios no flaquearon. Se limitó a morderse los labios.

—Era un buen anciano —dijo.

—¿Tiene usted idea de lo que hay detrás de esto? —preguntó Doc Savage.

La muchacha reflexionó: —No doy con ninguna solución— dijo finalmente.

—Usted ha sido envenenada —le dijo Doc—. Le echaron polvo de cianuro en la boca.

—¡Lo sé! —La muchacha se estremeció—. ¡Y después, me ocurrió la cosa más extraordinaria! Creí estar flotando por el espacio a una velocidad espantosa: sin embargo, no parecía tratarse de mí misma, sino de otra persona, de alguna parte de mi persona de la que no había tenido conocimiento antes.

—Usted estaba muerta —le dijo Doc Savage.

La muchacha le miró solemnemente.

—¿No se burla de mí?

—Le aseguro que le digo la verdad.

—¿Y me devolvió usted la vida?

—Esto se ha hecho antes de ahora. Hay gente que muere en las mesas de operaciones y en otros sitios y a la que se hace revivir con ayuda de adrenalina y otros métodos.

Nan Tester no contestó. Era evidente que el haber estado muerta le daba que pensar.

—La volveré a dejar aquí unos minutos —dijo el hombre de bronce.

—¿Qué va usted a hacer?

—No haga ruido aquí dentro —le dijo Doc, sin, al parecer, haber oído la pregunta—. Hace un momento que registraron este cuarto. Probablemente la buscaban a usted.

Doc Savage dejó la joven oculta en el compartimiento secreto. Ella deseaba saber lo que pensaba hacer, pero Doc no pareció oír la pregunta, costumbre irritante que tenía cuando no quería, revelar sus planes.

Se encaminó a la oficina a la cual había llegado el cable de Louis Tester de América de Sur y donde los dos dependientes habían sido asesinados.

El lagar estaba lleno de policías que investigaban el crimen.

Dos nuevos empleados estaban trabajando.

Doc Savage llenó dos impresos para su transmisión. El primer cable iba dirigido a Louis Tester y suplicado al aeródromo de Panamá, Zona del Canal, en el cual era de suponer que su aeroplano tocaría tierra para aprovisionarse de esencia. Decía lo que siguiente:

“Seevers asesinado Stop Su vida puede estar en peligro Stop Deseo su historia inmediatamente Stop Cambie rumbo hacia La Habana Cuba y entrevístese mi asistente coronel John Renwick, en Hotel Mirma Habana Stop Dígale todo Stop Acepte su ayuda Stop Su hermana está conmigo.”

“Doc Savage”

El segundo cable iba dirigido al coronel John Renwick, hotel Mirma, Habana, Cuba y decía:

“Hombre llamado Louis Tester llegará Habana desde América Sur en aeroplano Stop Entrevístalo y entérate su historia aclarando misterio Amo del Metal Stop Su vida puede estar en peligro.”

“Doc Savage”

Doc entregó los dos mensajes para que fueran transmitidos inmediatamente.

Los dos dependientes parecían nerviosos, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta que estaban rodeados de policías ceñudos.

Doc Savage dedicó entonces su atención a los policías. Estos le oyeron con el máximo respeto puesto que conocían su reputación y sabían que entre otros cargos, tenía el de oficial superior honorario en el Departamento de policía.

Doc les aconsejó interrogar a los encargados de los ascensores del rascacielos en el cual tenía su cuartel general, para obtener una descripción de los hombres que bien podían ser los asesinos. Doc no explicó el motivo que le movió a sugerirles esta idea. Los policías parecían curiosos de conocerle, pero no insistieron cuando Doc no se prestó a darles mayores explicaciones.

Doc Savage añadió que podía ser interesante registrar el callejón en el cual el cuerpo del viejo Seevers yacía tan increíblemente sepultado en un montón de metal fundido.

Dos policías salieron con ese fin y uno de ellos volvió al cabo de pocos momentos con la mirada extraviada. Había descubierto la masa de metal y el cadáver.

Los policías pidieron a Doc que echara una nueva mirada a la fantástica cosa descubierta en el callejón con el fin de sugerirles las teorías que les permitirían proseguir su investigación.

Doc no rehusó, pues sabía que la policía tenía una organización eficiente y a menudo cooperaba con ella.

Así pues, acompañó a los policías a la calleja.

Los dos empleados de la oficina de cablegramas parecieron alegrarse al ver que Doc y los policías se alejaban.

Sin embargo, su alivio fue mitigado por el hecho de que un policía se quedó atrás para evitar que nadie tocara nada y echase a perder las huellas digitales descubiertas.

Mientras fingían examinar mensajes, los dos dependientes se consultaron en voz baja.

—Esto es muy arriesgado —dijo uno—. Es preferible ahuecar. Ya tenemos los dos cablegramas que ese tío de bronce ha entregado.

—Vale más que sepamos lo que el jefe quiere que hagamos —murmuró el otro.

El hombre se acercó a un teléfono. Los teléfonos de la oficina llevaban todos una especie de caja que permitía al que hablaba

hacerlo privadamente sin que se le oyera.

De este modo el hombre pudo comunicar sin que el policía de guardia se enterase de su conversación.

—Doc Savage ha enviado dos cablegramas —dijo el dependiente, una vez, que hubo obtenido la comunicación,.

—Léamelos —mandó el individuo, que estaba al otro lado del hilo, y que hablaba en voz baja, imposible de identificar por teléfono.

El dependiente leyó ambos mensajes. El que le escuchaba lanzó varios juramentos, siempre en voz baja.

—Esto significa que la muchacha habló con Doc Savage —dijo luego—. También significa que no ha podido decirle de que se trataba. Él intenta echar mano de Louis Tester para conocer la historia. Hemos de evitarlo.

—Claro —dijo el dependiente—. Pero ¿cómo?

Su interlocutor era inteligente. Casi inmediatamente le dictó un cablegrama por teléfono. Este iba dirigido a Louis Tester y suplicado al aeródromo de Panamá, Zona del Canal, diciendo lo que sigue:

“Seevers asesinado sin decir historia Stop Deseo la comunique mi ayudante coronel John Renwick a bordo goleta noventa millas Sur Suroeste isla Dry Tortugas Stop Encuentre goleta desembarque y coopere con coronel Renwick Stop Goleta mástiles se llama Inocente.”

“Doc Savage”

—Envíe este mensaje y destruya el papel —mandó la voz—. No mande el que Doc Savage ha escrito para Louis Tester pero estampíllelo como si lo hubiera sido, de manera que nadie sospeche nada.

—¡O. K.! —dijo el dependiente.— ¿Y qué hacemos con el otro mensaje, dirigido al coronel John Renwick?

—Envíelo para que Doc Savage no sospeche nada —ordenó la voz—. Louis Tester no se reunirá nunca con el coronel Renwick.

—¿Quién es el coronel Renwick, jefe?

—Doc Savage tiene cinco ayudantes. El coronel Renwick es uno de ellos.

—¡Oh!

La voz siguió ordenando: —Cuando haya enviado los cables, aléjese antes de que la compañía se dé cuenta de que aquí trabajan

dos empleados falsos.

—¡O. K. jefe! ¿Y la muchacha?

—Me cuidaré yo de ella.

—Bien. Hasta luego, jefe.

Con estas palabras tomó fin la conversación por teléfono. Los dos falsos empleados enviaron el cablegrama falsificado a Louis Tester, ordenándole ir en busca de la goleta Inocente.

—Barrunto que el jefe tendrá gente a bordo para apoderarse de él —dijo uno de los empleados.

Se echaba de ver que la pareja había trabajado alguna vez en una oficina de cablegramas pues sabían cómo se hacía para transmitir los mensajes por medio de los teletipos, pero no hacían alarde de mucha habilidad.

Enviaron el mensaje al coronel Renwick, tal como Doc Savage le había entregado y volvieron a hablar en voz baja.

—Es preferible irnos ya —dijo uno.

—O. K. —asintió el otro.

Salieron a la calle.

—Vamos a tomar una taza de café —dijo uno de ellos al policía. El hombre se tragó el anzuelo y les dejó alejarse.

Caminaron atrevidamente por la acera, torciendo por una calle lateral.

—Esto ha sido fácil —dijo uno de ellos.

—Bastante —asintió el otro—. ¡Hermano, se la hemos pegado a ese Doc Savage!

—Sí… No está a la altura de su reputación.

Entonces fue cuando algo les ocurrió… como si la pared del edificio les hubiese caído encima… pero los ladrillos que les golpearon no eran ladrillos sino puños.

Antes de que ninguno de los dos pudiera hacer otra cosa que lanzar un grito ahogado, cayeron al suelo, fuera de combate.

En un abrir y cerrar de ojos, unas esposas de acero les aprisionaron las muñecas. Atolondrados, parpadearon y gimieron en las tinieblas, para darse cuenta de la clase de calamidad que les había ocurrido.

Cuando vieron de que se trataba, se estuvieron tan quietecitos que hasta su corazón pareció dejar de latir.

—¡Doc Savage! —dijo finalmente uno de ellos con voz ahogada.

Doc Savage no habló. Psicólogo como era, conocía el valor del silencio en un momento como aquél. Era mucho más eficaz que cualquier cosa que pudiese decir.

Al cabo de un rato uno de los hombres murmuró significativamente: —¿Y qué?

Doc Savage habló: —No sois muy buenos actores— dijo —. Estabais nerviosos.

—Cualquiera no habría estado nervioso —gruñó el otro—. Eso no bastaba para traicionarnos.

—Pero me impulsó a telefonear a la Compartía en donde me dijeron que su descripción no correspondía con la de los empleados que habían mandado —explicó Doc—. Vosotros los atracasteis, ¿verdad?

—Sí —confesó su interlocutor, sin más rodeos.

—¿Los habéis muerto?

—No había necesidad.

Doc Savage recogió a la pareja del suelo. Lo hizo con la mayor facilidad, llevándolos en vilo como si no pasara nada. Su fuerza física era enorme.

—¿Qué va a hacer? —preguntó uno de los hombres con voz ahogada.

—Eso depende de vosotros —les dijo Doc—. Mucho, es probable. Eso es, si os negáis a decir lo que sabéis.

—¡Espere un minuto! —dijo rápidamente el hombre—. Tal vez podamos entendernos.

—¿Cómo?

—Hemos sido alquilados para un trabajo. Lo único que sacamos es nuestra paga. Ahora que hemos sido cogidos, la hemos perdido. De manera que ¿qué interés tenemos en negarle lo que quiera saber?

—Ninguno —convino Doc—. Empiece a desembuchar.

—Nos han alquilado a mí y a mí amigo —dijo el hombre—. No nos han dicho gran cosa e ignoramos lo que hay detrás de esto.

—¿Quién les alquiló?

—Un tío alto con patillas negras. No nos dio su nombre. Dijo que no era necesario.

—¿Podría encontrarlo nuevamente?

Los hombres vacilaron. Uno de ellos se aclaró la garganta. El

otro habló entrecortadamente.

—Sabemos… donde está… una casa de ladrillos rojos en la Calle Cuarenta…

La casa era de ladrillos rojos, era verdad, y además, vieja y con las ventanas de la planta baja cubiertas por tablones de madera. Doc Savage vió todo esto al bajar del taxi en el cual llegó con los dos hombres.

—Bajad —les dijo.

—¿Va usted a entrar directamente? —preguntó uno de ellos.

—Voy a intentarlo.

Bajaron. La calle estaba desierta pues faltaba poco para ser de día. Todavía lloviznaba y los pies de los dos falsos empleados resbalaron un poco cuando cruzaron la acera.

Luego cayeron pesadamente, como sauces, pero la culpa no la tenía el pavimento resbaladizo. Lo que les había tumbado eran balas que llegaron con un ruido espantoso y espasmódico.

¡Una ametralladora!… disparada, no desde la casa, sino desde un techo, en la esquina de la manzana de casas. Su ruido llenó el aire de espantosa manera.

Doc Savage se echó a un lado, resbaló y cayó contra una llave de conducción de agua para casos de incendio. Eso era lo que deseaba. Una llave de esas no oculta mucho más que la cabeza de un hombre, pero en el caso presente, bastaba.

Doc Savage no salía nunca sin llevar una chaqueta de cadenilla de acero a prueba de balas, debajo de su traje. Únicamente una poderosa escopeta de caza que disparara gruesos proyectiles podía perforar esa malla.

La ametralladora continuó escupiendo ferozmente. Las balas al tocar la cota de malla del hombre de bronce, amenazaron con arrancarla.

Luego, se hizo el silencio.

Doc Savage no se movió. El cesar de disparar podía ser un ardid para ver si seguía vivo.

Los dos hombres que habían sido sus guías estaban moribundos. En realidad, uno de ellos estaba ya muerto. El otro gemía en la agonía y hablaba con voz entrecortada. —¡Trampa… traidores!— dijo casi gritando —. Si nos cogían… traerle a usted aquí… nos salvarían… Embusteros… querían acabar con nosotros para que no

habláramos…

Sus gritos acabaron en un murmullo y tras unos accesos de tos que dejaron el pavimento teñido de rojo, a su lado, murió.

Doc Savage se convenció finalmente que la ametralladora callaba porque el que la manejaba estaba poniéndose a salvo. Se levantó y corrió hasta la esquina.

Oyó un motor que se ponía en marcha y un automóvil que se alejaba rápidamente.

Doc regresó al lado del taxi que le había traído. EL chófer estaba asustadísimo; bajó de su asiento y echó a correr en la dirección opuesta como si su vida estuviese en juego.

Doc tomó su puesto y salió persiguiendo al coche fugitivo aunque no lo logró, lo cual fue debido únicamente al descuido del motorista que no colocó al taxi cadenas para correr sobre el aguanieve.

El taxi patinó sin que fuera posible controlarlo. Toda la destreza de Doc Savage, aunque era considerable, no bastó para el caso.

No encontró al coche que le interesaba, porque el taxi perdió sus ruedas delanteras contra la acera, cuando hacía un esfuerzo por no estrellarse.

Doc volvió sobre sus pasos y examinó la ametralladora, que había caído desde el techo. Era un arma militar y extranjera. No había, pues, muchas probabilidades de identificarla.

Doc registró la casa en la cual los dos hombres dijeron que encontraría a un hombre alto con barba negra. No había allí ningún hombre como el indicado; la casa estaba desierta.

Era probable que nunca existió el individuo en cuestión.

Al registrar a las dos víctimas, Doc Savage encontró el cablegrama dictado por el jefe por teléfono, es decir, el que había sido enviado a Louis Tester, a Panamá, Zona del Canal.

Merced a un descuido de los dos compinches, no había sido destruido.

Doc Savage no perdió tiempo y se encaminó a un teléfono, intentando ponerse en comunicación por radio con el aeródromo de Panamá.

Quería detener a Louis Tester… Pero éste había aterrizado, se había aprovisionado de esencia y vuelto a emprender la marcha hacia el Norte.

Louis Tester iba de cabeza hacia la trampa que le tendían.

Doc Savage pidió rápidamente conferencia con La Habana. Cuando la obtuvo habló en antiguo maya, un idioma que pocas personas conocían, aparte de él y de sus cinco ayudantes. Habló bastante rato.

Las facciones regulares y bronceadas de Doc Savage no traducían emoción alguna mientras regresaba a su cuartel general. Sin embargo, aquel asunto misterioso debía ser algo tremendo.

¡El Amo del Metal! De él se trataba, fuera lo que fuese.

Doc Savage se dio cuenta que algo había ocurrido apenas puso el pie en el recibimiento de su casa. Corrió a los ascensores. Los tres empleados estaban en el interior.

No estaban muertos pero les habían asestado sendos golpes en el cráneo, probablemente con cachiporras. Todos estaban inconscientes. Doc subió en su ascensor particular hasta el piso ochenta y seis.

Atravesó la sala de espera, la biblioteca y penetró en el laboratorio. Una vez allí, se detuvo unos momentos.

Por unos segundos dejó oír su trino fantástico. Sonaba más exótico y más contenido que de costumbre…

Las paredes del laboratorio eran, o mejor dicho… habían sido de acero.

Buena parte del acero estaba fundido y yacía en el suelo embaldosado aunque aparentemente sin haber sido sometido a la acción del calor.

Cierto número de compartimientos de la pared secreta habían sido abiertos de este modo.

El departamento en el cual Doc Savage dejara a la exquisita Nan Tester estaba abierto. ¡La muchacha había desaparecido!

CAPÍTULO IV

EN LA TRAMPA

EL episodio siguiente del "Misterio del Amo del Metal", como se le llamó, ocurrió en el puerto de La Habana.

"Tops’1" Hertz que iba a desempeñar un papel temible en el asunto, estaba dando órdenes con manifiesto mal humor. Estaba intentando hacer a la mar su goleta Inocente con la máxima rapidez y para ello blasfemaba prolijamente.

Era probable que "Tops'1" Hertz no habría jurado ni se habría movido tanto si hubiese sabido que Doc Savage andaba metido en el asunto.

"Tops'1" daba muestras de la mayor sangre fría cuando estaba asustado.

Había oído hablar de Doc Savage pero ignoraba que el hombre de bronce había oído hablar de él y había ocasiones en las que "Tops'1" esperaba que eso nunca sucedería.

EL nombre de Doc Savage tenía la virtud de dejar a menudo insomnes a los caballeros de la calaña de "Tops'1" Hertz.

En sus ratos de buen humor, "Tops'1" daba muestras de poseer un humorismo cachazudo. Bautizó su goleta con el nombre de Inocente en uno de ellos pero la embarcación lo era todo menos angelical. El Inocente se había dedicado al contrabando de ron en los días en que ese trabajo pagaba y en la actualidad llevaba fusiles y municiones a los esperanzados revolucionarios de la América Central y de otras partes.

Además, cuando la ocasión era propicia, introducía narcóticos, lo cual es quizá la peor profesión a que puede dedicarse uno en el mundo.

A veces, el Inocente tomaba parte en algún crimen de alta

categoría para el cual se alquilaba sus servicios. Su escotilla de proa llevaba huellas de tremendos hachazos que la habían dejado enarcada y surcada.

La tripulación diría que ahí era donde preparaban la pesca, pues era evidente que no se podía esperar de ellos que mencionaran el hecho de que un cuerpo humano había sido descuartizado sobre la escotilla para ser echado en pasto a los tiburones.

En conjunto, el Inocente y su tripulación formaban una combinación que habría podido dar lecciones a Barba Azul.

La goleta se alejó del muelle de aprovisionamiento de carbón y aceite y cruzó el puerto bajo el impulso de sus Diesel que eran capaces de llevarla a una velocidad que más de un cúter guardacostas se vió en la imposibilidad de igualar.

A una milla aproximadamente de Morro Castle que se encuentra en la salida del puerto, una lucha se desarrolló a proa. Se oyeron golpes, juramentos y gritos de dolor.

—¡Soy un polizón pero no quiero que me encierren! —gritaba una voz de extraño timbre.

"Tops'1" Hertz corrió a proa con una expresión terrible en la cara.

Vió entonces que uno de sus marineros tenía agarrado a un polizón que acababa de ser extraído de las alacenas de cubierta.

El polizón era bajito, delgado y de aspecto enfermizo. Sus ropas estaban en mal estado y parecía incapaz de aguantarse de pie, como si sufriera una debilidad constitucional. En resumidas cuentas, tenía muy pocas cualidades aparentes que le recomendaran.

Lo cual es prueba de lo engañosas que son las apariencias.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —rezongó "Tops'1" Hertz que tenía un puro acento londinense, excepto cuando le convenía disimularlo.

El polizón intentó cuadrarse de hombros y por poco se vino al suelo. Se cogió de un estay para recobrar el equilibrio.

—Me llamo "Punning" Parker —dijo—. Estoy mal con Scotland Yard y tienen un hombre en La Habana que me está buscando. He oído decir que es usted un hombre a quien puede dirigirse uno para entrar en los Estados Unidos.

Y así fue cómo "Punning" Parker se introdujo...

Sacó a relucir un fajo de billetes por valor de varios miles de

dólares del que extrajo un buen puñado.

"Tops'1" tomó una decisión rápida: —¡Quédese a bordo!— dijo —. Hi se cuidará de usted.

"Tops'1" Hertz acababa de recordar que había visto a "Punning" Parker en La Habana varias veces en los últimos días y oído decir que era un hombre malo pero muy listo. En otros términos: era "uno de los suyos".

—¡Venga a beber una copa a popa! —invitó "Tops'1".

Se encaminaron a popa y no bebieron un vaso, sino varios, mientras "Tops'1" Hertz escuchaba lo que "Punning" Parker explicaba de sus andanzas en Inglaterra y otras partes del mundo, después de lo cual "Tops'1" Hertz quedó convencido que "Punning" era más que nunca de los suyos.

EL dinero que "Punning" pagó por adelantado suavizó las cosas también. Le gustaba a "Tops'1" pensar que era en esos hombres en los que la gente fía.

"Tops'1" Hertz enseñó a su nuevo amigo un radiograma que sacó del bolsillo de su pantalón. Estaba concebido en términos sencillos y explícitos:

"Vaya noventa millas Sur Suroeste de Dry Tortugas para encontrarse con aviador Stop Nombre aviador Louis 7ester. Aterrizará Stop Guarde Tester buen recaudo a cualquier precio.

"CX".

Desde luego, el mensaje había sido cursado en código y traducido después y "CX" era la firma de un digno personaje para el cual "Tops'1" Hertz había realizado trabajitos de vez en cuando en otros tiempos.

—Tendrá que esperar para desembarcar en los Estados Unidos hasta que hayamos concluido esta faena —declaró "Tops'1".

—Está bien —asintió "Punning".

La verdad era que "Tops'1" no había visto nunca a "CX" e ignoraba si se trataba de un hombre, de una mujer o de una organización. Esto no le preocupaba ni poco ni mucho puesto que "CX" había pagado siempre bien y esto era lo único que le importaba.

El tiempo transcurrió.

Un marinero estaba acurrucado en el techo del camarote principal. Llevaba un casco telefónico cuyos hilos estaban reunidos

con una caja amplificadora y de allí hasta la punta del mástil en el cual estaba fijado un aparato detector ultramoderno.

"Tops'1" había instalado este detector de aeroplanos después de que los guardacostas empezaron a emplear aeroplanos.

—¡Aeroplano se acerca! —gritó el marinero.

"Tops'1" Hertz se levantó, prestó oído, oyó el aeroplano al cabo de unos segundos y salió disparado como un gato asustado. Lanzó breves órdenes y los marineros se entregaron a varios preparativos.

Punning Parker salió tambaleándose del camarote.

"Punning" Parker era un individuo notable. Cualquiera que le mirase por primera vez no habría visto gran cosa que le recomendara, pero tenía mucho a su favor.

No era alto, era escuálido y de aspecto enfermizo y a veces, cuando estaba de pie, se bamboleaba como si se encontrase mal y fuese a caer.

Aparentemente, no valía gran cosa...

—Este debe ser el maldito aeroplano que se acerca —dijo "Tops'1" Hertz—. ¡Preparad la Vickers!

La Vickers era una ametralladora.

Con un ronquido poderoso, el aeroplano bajó en el cielo nubloso, se enderezó, y describió un círculo a un centenar de pies de la punta de los mástiles de la goleta.

Los mástiles sobresalían de la niebla, que formaba una capa delgada. No le había sido difícil al aeroplano descubrir al barco.

El avión llevaba camarote y pontones. No era muy grande, pero sí rápido.

—¡Apuntad! —gritó "Tops'1".

"Tops'1" tenía una mata de pelo blanco que se erguía tiesa sobre su cráneo y le había valido su apodo. En efecto, aquel pelo tenía una vaga semejanza con una gavia.

—¡Dejadla que sangre! —aulló.

La Vickers sangró. El morro se le puso rojo y escupió plomo con un ruido infernal, sacudiéndose y sacudiendo a los hombres que la manejaban.

Los cartuchos vacíos sembraban la cubierta, ya que con la prisa no habían sujetado el saco recogedor al eyector.

"Tops'1" Hertz estaba decidido a no permitir al piloto que, presa de cualquier duda, se alejara de allí.

Sobre sus cabezas, el motor del aeroplano se puso enfermo. Sufrió espasmos, náuseas y ahogos. Su enfermedad fue corta y no tardó en morir.

Las balas de la ametralladora lo habían tocado.

EL aeroplano cayó sobre el mar en algún punto, fuera del puerto. Le vieron hasta que estuvo rozando el agua. Luego, la niebla se lo tragó.

—¡A toda marcha! —chilló "Tops'1" Hertz.

El motor era un Diesel que habría sido bastante poderoso para un destroyer y que tenía menos de un año de existencia, pero había sido rociado minuciosamente con ácido, de manera que, exteriormente, parecía oxidado y desprovisto de valor.

La goleta Inocente se acercó al aeroplano, que flotaba como un pato herido.

"Tops'1" Hertz se inclinó sobre la borda en medio del barco, armado con una pistola, para acabar el trabajo. "Punning" Parker estaba a su lado, también con una pistola. "Punning" prestaba su concurso gracioso como una cortesía profesional. Escudriñaron con la mirada al avión.

—¿Quién es usted? —gritó "Tops'1" Hertz al aviador.

—Louis Tester —contestó éste con voz vibrante—. ¿Qué es lo que os proponéis hacerme?

—Tenemos planes respecto a usted —replicó "Punning" Parker en tono jocoso.

CAPÍTULO V

TRAICION

LOUIS Tester estaba de pie sobre el camarote del aeroplano. Era esbelto, ágil y rojo de pelo. Parecía tener ganas de pelea, lo cual no era de extrañar.

Ocultaba una de sus manos detrás de la espalda.

Hizo unos movimientos con el fin de guardar el equilibrio sobre el aeroplano que se movía fuertemente. La gasolina fluía del tanque.

La embarcación estaba empapada de la misma y corría hasta el agua.

—¡Echadle un cabo! —dijo "Tops'1".

"Punning" lo hizo en persona. Tiró un cable que parecía tan grueso como su cuerpo, y milagrosamente no se desplomó tras el esfuerzo.

Tester cogió el cable y lo ató a una abrazadera que servía para atar el hidroavión al muelle. Unos segundos después, la nave flotaba al costado del Inocente.

Tester sacó la mano de detrás de la espalda. Había atado el cable sin enseñarla.

—Creo que me comprenderán ustedes —dijo.

Llevaba en la mano una pistola de esas que sirven para disparar cohetes y apuntó con ella al aeroplano, que estaba empapado de gasolina.

"Tops'1" Hertz y sus compinches comprendieron. El cohete prendería fuego a la gasolina, el aeroplano saltaría hecho pedazos y no era muy dudoso que el Inocente se incendiara.

—Ahora —dijo el pelirrojo, una vez que la idea de la situación se hubo hecho clara y patente—. Bajad vuestras canoas, subid a ellas y alejaos deprisa. De otro modo, aprieto el gatillo de esta

pistola. ¡Estoy bastante loco para hacerlo!

—¡Se matará usted! —murmuró "Tops'1" entre dientes.

—No creo tener muchas probabilidades de seguir viviendo, si subo a bordo —replicó el pelirrojo—. Creo saber para quién trabajan ustedes.

—¿Para quién trabajamos? —preguntó "Tops'1", a quien, en realidad, le hubiese gustado saberlo.

—¡Están ustedes al servicio del Amo del Metal! —dijo secamente Louis Tester.

Esto era nuevo para "Tops'1". Nunca había oído hablar del Amo del Metal.

—¡Eh! —masculló—. ¿Quién es el Amo del Metal, amigo?

El pelirrojo resopló.

—¡Bajad a las canoas o voy a disparar! —dijo secamente.

"Punning" Parker se alejó de la borda para obedecer, aunque "Tops'1" seguía vacilando.

"Punning" Parker ayudó a bajar una canoa salvavidas al otro lado del barco.

Junto con varios marineros, se deslizó por los cables hasta el interior de la embarcación.

—¡Ahora, usted! —ordenó Louis Tester, mirado a "Tops'1". El cuello del digno individuo estaba rojo. Lanzaba miradas centelleantes y rechinaba los dientes.

—¡No quiero! —contestó ahogándose.

—No sea testarudo —dijo el hermano gemelo de Nan Tester—. Los voy a remolcar. Tal vez luego los deje volver a bordo si encuentro la manera de hacerlos estar quietos.

—¡No quiero!— —chilló "Tops'1".

Louis Tester levantó su pistola.

Se oyó un disparo y la pistola de Louis Tester se le cayó de la mano al mar.

"Punning" Parker estaba en el agua, colgando del extremo de uno de los pontones del aeroplano. Zambulléndose bajo la goleta y saliendo inadvertido al otro lado para disparar y arrancar la pistola de manos del pelirrojo, había ejecutado una hábil maniobra.

El disparo de su revólver no había bastado para encender la gasolina.

Los cartuchos de pistola modernos no sienten los efectos del

agua al ser momentáneamente sumergidos en ella, de modo que "Punning" pudo llevarse su arma bajo la quilla de la goleta.

"Tops`1" Hertz, que no era tonto, a pesar de haberse dejado engañar en el caso presente, dio un salto en el preciso instante en que sonó el disparo, y cayó sobre un ala del aeroplano.

Sus órdenes, gritadas con voz estentórea, hicieron que su asustada tripulación sacara sendas pistolas y se lanzara a la lucha que "Tops'1" sostenía con el pelirrojo.

"Tops`1" no perdió más que dos dientes, algún pedazo de piel y un puñado de cabellos antes de que lo rescataran.

Tan pronto estuvieron en la cubierta de su barco, "Tops'1" cogió un revólver y apuntó al pelirrojo. Estaba furioso y deseoso de matar.

Pero "Punning" Parker llegó corriendo y apartó el cañón del arma.

—¡Obre deprisa y se arrepentirá largamente! —dijo en son de aviso.

Por regla general, "Tops'1" no admitía órdenes de nadie; y resentía las que se le podían dar. Pero "Punning" Parker acababa de sacarle las castañas del fuego, zambulléndose bajo la quilla.

"Tops`1" lo pensó mejor y devolvió el revólver al hombre a quien se lo había quitado. Reunió todas sus fuerzas y tumbó al pelirrojo de un puñetazo, pelándose los nudillos de mala manera.

—¡Gracias! —dijo a "Punning"—. Tengo mal genio.

—Oiga —contestó "Punning”—. ¿Sabe por qué ese sujeto misterioso de Nueva York quiere que se detenga a Louis Tester?

—No lo sé —dijo "Tops'1".

—¡Hem! —murmuró "Punning”—. ¿Qué le parece? ¿Registramos el aeroplano?

—No es mala idea —admitió "Tops'1".

Habiéndose puesto así de acuerdo, registraron el aeroplano, sin saber lo que esperaban encontrar, pero descubrieron algo interesante y se entretuvieron un buen rato en el camarote.

Al salir, ambos estaban algo pálidos y respiraban entrecortadamente, mientras sus ojos brillaban singularmente.

Se parecían a hombres que han echado una mirada al sótano de Aladino.

Debajo del brazo, "Tops'1" Hertz llevaba una pequeña cartera de

piel.

—Ahora lo sabemos todo respecto al Amo del Metal —murmuró "Punning" Parker.

—Todo, no —rectificó "Tops'1"—. Sabemos lo que puede hacer, pero no sabemos quién es —Y añadió:— Hemos puesto las manos sobre algo importante.

—Tenemos la gallina de los huevos de oro si sabemos encauzar bien el asunto.

"Tops`1" frunció las cejas y miró a su compañero.

—¿Quiere decir que podemos apoderarnos de parte de eso?

—Exactamente —dijo "Punning" Parker—. Pero ¿por qué no de todo? ¿Por qué no quedarnos con todo el botín?

Era evidente que "Tops'1" había acariciado secretamente la misma idea. La prontitud con que acogió la idea lo evidenció.

—Está bien —dijo—. Pero tendremos que despabilarnos.

—¿Qué haremos con ese Louis Tester? —inquirió "Punning" Parker.

—Lo guardaremos hasta que cojamos la gallina de los huevos de oro —dijo "Tops'1".

—¿Y entonces?

"Tops'1" se pasó el índice por la garganta, acompañando el ademán con un leve gruñido muy expresivo. Incendiaron el aeroplano, tirándole una antorcha encendida y permanecieron en el lugar hasta verlo explotar y hundirse.

A continuación, orientaron las velas y se dirigieron al puerto de La Habana.

—Tenemos que cargar gasoil para el Diesel y otras provisiones —explicó "Tops'1"—. Tendremos que viajar rápidamente.

—¿No corremos peligro en La Habana? —preguntó "Punning" Parker.

—Claro que no, amigo.

Al dar esta seguridad, "Tops'1" se equivocaba de medio a medio; pero no era clarividente y no podía adivinar el error que cometía.

La Habana no era lugar seguro para "Tops'1" Hertz, a causa del coronel John Renwick, ayudante de Doc Savage, que se encontraba en la ciudad.

Pero "Tops'1" ignoraba la presencia de Renny en La Habana, así como el hecho de que Doc Savage estaba metido en el asunto, de

forma que el Inocente navegó atrevidamente hacia el puerto de La Habana, donde el mencionado coronel John Renwick estaba ostensiblemente ocupado en vigilar la colocación de un tren de vía estrecha hasta una plantación de azúcar.

El Inocente realizó el viaje sin novedad y pasó por delante de Morro Castle, que domina la entrada del puerto de La Habana, de noche y sólo con ayuda de su foque.

El barco había esperado la hora propicia en que cierto vista de aduana, conocido de "Tops'1" Hertz, estaba de guardia, con el fin de tener la seguridad de que se le daría entrada sin dificultad.

Encerrado en la cala, Louis Tester seguía la marcha de los acontecimientos guiándose por los sonidos. No vió siquiera el pelo de un solo empleado de aduana o del Departamento de Inmigración.

—¡El capitán de este barco sabe correr por el mundo! —se dijo para sus adentros.

Oyó el ruido del áncora que se deslizaba rápidamente, las pisadas de los tripulantes que recogían velas y ponían orden en el barco.

De pronto, Louis Tester se estremeció violentamente.

—¿Por qué no habré pensado en esto antes? —gruñó entre dientes.

Se le había ocurrido una idea.

El guardia —desde luego había uno apostado cerca de allí— estaba alerta, siguiendo las instrucciones recibidas de "Tops'1" Hertz, quien le había avisado que respondía de su prisionero con su cabeza.

Casi inmediatamente después que el áncora hubo tocado el fondo, el centinela oyó un ruido calculado para alarmarle: era como si se aporrease algo.

Sospechando que su prisionero intentaba escapar, el centinela cogió su lámpara de bolsillo, preparó su rifle y abrió la puerta de la celda, dispuesto a toda eventualidad. El prisionero estaba acurrucado en el otro extremo de la celda y trabajaba con afán, sin que el guardia pudiera decir qué era lo que estaba haciendo.

—¡Caramba! —graznó, pues hablaba algunas palabras de español—. ¡Apártate de ahí!

El prisionero siguió entregado a su maniobra, que no consistía en nada más temible que el martillar los mamparos con el tacón de

uno de sus zapatos.

Pero el guardia no podía verlo; volvió a gritar y entró de un salto en la celda.

Se creía seguro porque sostenía el fusil en una mano y con la otra enfocaba al prisionero, que le daba la espalda, con su lamparilla.

Se engañaba: no estaba seguro, e inesperadamente cayó de bruces, quedando sin aliento.

El aire acabó de salir de sus pulmones al volverse el prisionero con la rapidez del rayo, cayéndole en la espalda con todo su peso; pero el guardia era robusto, se escurrió y cogió a su adversario por las piernas.

No se sabe cuál habría sido el resultado de la lucha, si no hubiese recibido en la sien una patada que lo dejó quieto.

Louis Tester saltó encima de la barrera que había establecido delante de la puerta con los cordones de sus zapatos, su cinturón y su corbata.

Salió agachado al pasadizo y vio unas piernas que bajaban por una escalera.

El ruido había sido oído.

Varios hombres llegaban también en la dirección opuesta. El camino de cubierta estaba bloqueado.

La puerta de un camarote estaba abierta cerca de allí. Louis Tester se metió en él y cerró la puerta sin hacer ruido. No buscó un escondite, que difícilmente le habría proporcionado aquel recinto.

Saltó hacia la portañola y fue afortunado.

El Inocente tenía portañolas de mayor tamaño que el usual, ya que servían en ocasiones para descargar peligrosos cargamentos a un lado, mientras por el otro se acercaba un cúter guardacostas.

El pelirrojo, que era esbelto y ágil, logró franquearla sin muchas dificultades.

Nadó hacia la orilla y allí la suerte siguió acompañándolo. El puerto de La Habana es conocido desde hace siglos por sus aguas infestadas de tiburones.

Sin embargo, éstos no molestaron al joven.

Las goletas isleñas echan el áncora en el puerto de La Habana, cerca de los Castillos de Morro y Cabañas, fuera del estrecho. De noche el lugar es oscuro como boca de lobo.

El Inocente estaba anclado allí y la oscuridad ayudó a Louis Tester a alcanzar la orilla. Salió del agua y corrió por la playa, llegando al cabo de unos momentos al muelle, en el cual las barquitas usadas por los soldados para cruzar el puerto estaban ancladas. El dueño de una de éstas llevó a Louis Tester a La Habana propiamente dicha y quedó sumamente ofendido cuando el pasajero huyó sin pagarle el precio de la travesía.

El enojo del barquero lo transformó en fuente de información cuando, unos minutos después lo abordó un caballero dotado de un corpachón digno de un oso y de una abundante melena de cabellos blancos.

—¿Ha visto usted a un maldito pelirrojo? —inquirió el digno personaje, que no era otro que "Tops'1" Hertz.

EL barquero graznó unas frases en inglés defectuoso, señalando la dirección tomada por Louis Tester, después de lo cual "Tops'1" Hertz y sus compañeros salieron disparados, perseguidos por las maldiciones del barquero, a quien no se habían acordado de dar propina.

Louis Tester comprendió que sus ropas mojadas llamarían la atención en la calle. Se metió en un café situado en una esquina. Se sentó tras unas palmeras y pidió una bebida y un periódico.

AL leerlo, vio un suelto que le interesó sobremanera:

"El coronel Renwick, residente en La Habana, es ayudante del famoso Doc Savage.

"La sombra del nombre de uno de los hombres más extraordinarios que existen ha caído sobre La Habana por unos días. El personaje en cuestión es Doc Savage, maravilla física y mago mental que recorre el mundo ayudando a los oprimidos y enderezando entuertos.

"El coronel John Renwick, que forma parte del grupo de cinco hombres que son los ayudantes de Doc Savage, se encuentra en La Habana. Renny, como se le llama, es uno de los primeros ingenieros del mundo.

"Interrogado por los reporteros en el Hotel Mirma, hoy mismo, el coronel Renwick ha confesado que estaba dirigiendo la construcción de un ferrocarril en una plantación de azúcar, negando estar ocupado en ningún asunto de otra índole, por ahora. Rehusó dejarse retratar."

—¡Hem! —dijo Louis Tester, y se las arregló para escapar sin pagar su consumición, pero tomando nota mental del

establecimiento para regresar más tarde y saldar la cuenta.

Los secuaces de "Tops'1" Hertz le habían despojado de su dinero al registrarlo.

El Hotel Mirma era pequeño, pero de primer orden y muy distinto de las pretenciosas hostelerías que acaparaban el turismo.

Un dependiente de pelo engomado y que llevaba una gardenia en el ojal, admitió que el famoso coronel Renwick se encontraba en el hotel y acompañó a Louis Tester a su aposento. Llamó a la puerta y ésta se abrió.

Louis Tester se puso una mano en el bolsillo de la americana, con un dedo estirado y rígido. Se hubiera jurado que llevaba una pistola en el bolsillo.

—No se inmute —dijo al entrar.

El coronel Renwick se sorprendió. Mudo al principio, recobró la voz para rugir:

—¡Rayos y centellas! ¿Qué pasa aquí?

Tenía una voz que recordaba la de un león hambriento en una cueva. Era enorme y parecía hecho casi en su totalidad de huesos y cartílago, así como de una porción de piel de rinoceronte.

Su cara era alargada y tenía una expresión de tristeza, como cuando se va al entierro de un buen amigo, pero esa tristeza no significaba nada.

Era su modo de ser, nada más.

—Gracias —dijo Louis Tester al empleado.

El empleado vaciló, Luego se inclinó y salió. No se había fijado en la mano que Louis Tester tenía en el bolsillo, imitando una pistola.

Renny parecía esperar que se alejara el dependiente. Luego miró ceñudo al joven Tester.

—Si lleva una pistola en el bolsillo, es de madera —declaró.

Dio un paso adelante, cogió a Louis Tester por el cuello y lo sacudió como un terrier sacude a una rata.

CAPÍTULO VI

MALA SUERTE

LOUIS Tester estaba demasiado sorprendido para esquivarlo. Cuando se le dejó caer sobre una silla, soltándolo, se quedó inmóvil, atontado.

Renny señaló una caja de metal oscuro colocada al lado de la puerta.

—Es uno de los inventos de Doc Savage —dijo—. Funciona partiendo del principio que el acero, entrando en un campo magnético, altera las características de aquel campo. Si se acerca una pistola a esta caja, una lámpara se enciende.

Para demostrarlo, sacó de una maleta un arma que se parecía a una pistola automática de gran tamaño. AL acercarla a la caja, una luz brilló en la tapa de ésta.

—¿Lo ve? —dijo Renny—. No se ha encendido cuando ha entrado usted, de manera que he sabido que no traía revólver. Ahora, dígame qué es lo que ocurre.

—Me llamo Louis Tester —dijo el aviador.

—¡Rayos y truenos! —rezongó Renny. Buscó en uno de sus bolsillos, sacó un cablegrama y lo entregó a su interlocutor.

—Me alegro que haya llegado —declaró—. Pero ¿cómo es posible que haya aterrizado sin que me anunciaran su llegada? Tengo hombres que vigilan los aeródromos.

Louis Tester leyó el telegrama. Era el que Doc Savage había mandado, pidiendo a Renny que hablara con Louis Tester y le hiciera contar su historia.

—¡Oiga! —explotó Louis Tester—. ¡Alguien debe haber engañado a Doc Savage y de paso a mí, haciéndome aterrizar cerca de aquella goleta!

—¿Qué goleta?

—La Inocente —dijo Louis Tester.

Renny esperó mayores detalles, pero Louis Tester parecía estar reflexionando.

—Muy bien —rezongó Renny—. ¿Me quiere explicar su historia?

Louis Tester levantó los ojos, mirando al hombre que le hacía frente. Se fijó en las proporciones del ingeniero y sobre todo en sus manos.

Eran casi fantásticas y cada una parecía tan grande como media docena de manos de hombres ordinarios. Eran dos monstruos que parecían capaces de apretujar un cráneo hasta hacer salir los sesos.

Sobre todo, sugerían la idea de que con aquel hombrón no se podía bromear.

—¡Claro que se la voy a explicar! —dijo Louis Tester—. Luego la cablegrafiará a Doc Savage. Tenemos que obrar rápidamente antes de que el Amo del Metal lo eche todo a rodar.

—¿El Amo del Metal? —dijo Renny frunciendo las cejas—. ¿Qué es esto?

Louis Tester se inclinó adelante.

—Mire usted —dijo—. ¿No me creerá loco? Espere hasta haber oído toda la historia, antes de sacar conclusiones. Al principio creerá que no estoy en mis cabales.

—¿Por qué he de creerlo?

—¡Porque se trata de algo tan increíble!

—Cuando se trabaja con Doc Savage, las cosas increíbles empiezan a parecer bastante ordinarias —dijo Renny—. Empiece...

Louis Tester no empezó, pero alguien lo hizo.. Con una pequeña ametralladora. El arma tartamudeó en voz alta y las balas arrancaron completamente la cerradura de la puerta del corredor.

La puerta se abrió con estrépito... Tres hombres cayeron la interior de la habitación.

Otro hombre, disparando sobre sus cabezas, llenó el cuarto de balas. El sistema nervioso humano ha sido entrenado por las exigencias de la naturaleza, y en momentos de apuro los hombres hacen cosas instintivamente.

El instinto de Louis Tester era alcanzar la primera puerta. Había dos en el cuarto, además de la que acababa de caer. Se tiró de cabeza hacia una de ellas... que llevaba a un armario empotrado en

la pared.

—¡La otra puerta! —aulló Renny.

Louis Tester no debió comprenderle o tal vez no le oyó. Se oían numerosos disparos que hacían un ruido infernal.

Se tiró de cabeza en el armario y cerró la puerta.

Habría sido una locura por parte de Renny perseguirlo. Tenía que pensar en ponerse a salvo y se precipitó hacia la otra puerta.

Una bala lo hirió en la espalda. "Tops'1" Hertz, que estaba en el umbral, fue quien disparó. El impacto hizo correr a Renny más deprisa aún, involuntariamente.

Tres balas más le dieron en la espalda y con la palma de la mano se habría podido cubrir el sitio que tocaron. Se encontraba a la altura del corazón.

"Tops'1" Hertz era buen tirador y se había adiestrado destrozando la cabeza de numerosas gaviotas.

Renny, que corría hacia la puerta del dormitorio, no se detuvo para nada. La puerta estaba abierta, la traspuso y con un manotazo la cerró.

“Tops'1" Hertz y sus compinches llegaron ante la misma un instante después. Renny pareció haber corrido el cerrojo al otro lado. La puerta se negó a abrirse.

La golpearon, pero resultó más fuerte de lo que habían pensado.

La acribillaron a balazos, pero como éstos no dieron en la cerradura, la puerta siguió negándose a abrirse.

—¡Necesitamos un hacha! —dijo uno de los hombres—. En un momento 1ª destrozaremos.

—¡Agarrad a Tester! —les ordenó "Tops'1" Hertz—. ¡Luego escaparemos!

—¿Y ese sujeto de los grandes puños?

—Tiene cuatro balas en el corazón, a menos de que tenga éste en el otro lado del cuerpo —rezongó "Tops'1" Hertz:— ¡Si esto no basta para matarlo, no podemos hacer nada más!

Cogieron a Louís Tester y lo arrastraron por la escalera, hasta la calle. El dependiente se encontraba en la acera, pidiendo a gritos que viniera la policía, la tropa, quienquiera que fuese. Le metieron una bala en el cuello y lo dejaron estirado sobre el pavimento, donde no tardó en expirar.

Un coche los esperaba. Su conductor era un hombre a quien

"Tops'1" Hertz conocía y sabía bastantes cosas sobre su cuenta para asegurarse sus leales servicios.

—¡En buen lío nos hemos metido! —gruñó uno de los hombres al arrancar el coche—. He oído hablar de ese tío de los grandes puños. Es uno de los ayudantes de Doc Savage.

—Lo que hay en juego merece exponerse un poco —le dijo "Tops'1" Hertz.

—¿De qué se trata?

—Del asunto más interesante de que hayas oído hablar, amigo.

—¿Tesoro?

—Puedes llamarlo así.

El coche volvió discretamente una esquina. No valía la pena poner la policía sobre su pista.

—¿Qué hay detrás de todo esto? —insistió el hombre que había hecho las primeras preguntas.

—No seas tan curioso —gruñó "Tops'1" Hertz—. Es malo para la digestión.

El hombre calló, dándose por avisado. Tampoco se sentía muy preocupado.

Fuera lo que fuese "Tops'1" Hertz pagaba religiosamente a sus colaboradores.

—¿Y si ese Renny no está muerto? —preguntó finalmente.

—Tomaremos nuestras medidas —contestó "Tops'1"—. Precisamente para el caso de que no lo esté.

El compinche de "Tops'1" podía haber sido clarividente ya que el coronel John Renwick no estaba muerto ni con mucho. Lo que es más, no estaba siquiera gravemente herido.

La espalda le dolería muchos días al moverse, pero la cota de malla que llevaba debajo del traje —invento de Doc Savage— detuvo las balas que "Tops'1" Hertz le había disparado en la espalda.

Los impactos habían dejado a Renny sin aliento y se había visto obligado a huir al cuarto contiguo para que no se dieran cuenta que llevaba una armadura y no empezasen a dispararle a la cabeza.

Bajó finalmente a la calle. Su coche, un pequeño coupé americano que había comprado en la localidad, estaba parado en el patio trasero del hotel.

Renny subió al volante y arrancó.

Sus agresores habían desaparecido pero Renny sospechaba el

lugar en el cual podía encontrarles. Louis Tester había mencionado a la goleta Inocente y Renny se dirigió al puerto.

Renny conocía al dedillo las estrechas y tortuosas calle de La Habana y su conocimiento de lo que ocurría en la ciudad habría sorprendido a los nativos.

A decir verdad, Renny no se encontraba en La Habana para construir un ferrocarril. Estaba allí a fuerza de ayudante de Doc Savage, investigando las diversas ramificaciones del contrabando de narcóticos.

La construcción del ferrocarril no era más que un pretexto.

Al dirigirse rápidamente al muelle, Renny deseaba fervientemente poder ponerse en contacto con Long Tom.

Long Tom, es decir el mayor Tomás J. Roberts, mago de la electricidad y otro de los ayudantes de Doc Savage, se ocupaba también de la investigación del tráfico de narcóticos.

Pero Renny ignoraba el lugar en el cual se encontraba a la sazón. Long Tom estuvo en La Habana quince días antes para desaparecer luego, misteriosamente.

Era usual que ninguno de los ayudantes de Doc Savage supiera el paradero de sus compañeros durante el transcurso de una investigación secreta.

De tal modo, si uno de ellos caía en manos del enemigo y le obligaban a hablar, no podía dar información alguna que pusiera en peligro a otro miembro del pequeño grupo de colaboradores del hombre de bronce.

Renny llegó al muelle a tiempo para ver a sus agresores en el acto de subir a una lancha a gasolina. Louis Tester iba con ellos.

Renny los dejó desaparecer en la oscuridad del puerto y corrió al muelle de los botes vivanderos. A esa hora de la noche uno sólo parecía estar funcionando. Algunos hombres de tez morena le ocupaban y según las apariencias, el bote estaba cargado y a punto de cruzar la bahía.

Renny subió a bordo, pues había reflexionado que el Inocente estaría sin duda anclado al otro extremo de la bahía.

—Cincuenta centavos de propina si va deprisa —dijo Renny al barquero.

—Sí, señor —replicó el digno personaje.

Arrancaron. El motor del bote vivandero hacía un ruido infernal,

parecía sollozar, gruñir, gemir y de vez en cuando dejaba oír una exclamación.

Inesperadamente una de éstas pareció dejarse oír dentro de la cabeza de Renny.

Renny despertó tras un período de inconsciencia, zumbándole todavía los oídos. Tenía la impresión vaga de que muchas cosas le habían ocurrido mientras no podía valerse.

Se le había sacudido y movido mucho... Abrió los ojos y miró en torno suyo.

Unas cuerdas lo sujetaban a una silla y ésta, a su vez, estaba fija en el suelo de lo que parecía ser el camarote de un barco, pero no había portañola en aquel camarote.

Se deducía que el barco navegaba por los movimientos que sufría y del hecho de que la lámpara de petróleo se mecía fuertemente. Tampoco podía tratarse de un barco muy grande, a juzgar por sus movimientos.

Y la lámpara indicaba que era un barco de vela. Por algún motivo, los barcos de vela son alumbrados, por regla general, con lámparas de petróleo.

No había nadie en el camarote. Renny abrió la boca y dejó oír un grito estentóreo.

Una cabeza coronada por mechones de cabellos blancos y tiesos asomó en el marco de la puerta.

—¡Maldición! —gruñó su dueño—. ¡Parece usted una sirena para los días de niebla!

—¿Cómo he llegado aquí? —preguntó Renny.

—Tenía algunos amigos en el bote vivandero, para el caso de que algún majadero siguiera nuestra pista —dijo, jocosamente "Tops'1" Hertz—. Le dieron un golpecito en la nuez cuando no estaba mirando y aquí lo tenemos...

Renny cerró los ojos de puro disgusto.

—Últimamente ha corrido la voz de que estoy perdiendo mis facultades —gruñó.

—No es precisamente esto —dijo amablemente "Tops`1”—. Pero tenía que habérselas con algunos muchachos muy astutos.

Renny aspiró hondamente. Le habían quitado la chaqueta a prueba de balas y no creía poder romper las cuerdas que le ataban los tobillos y las muñecas.

—¿Qué significa todo esto? —inquirió.

—Muy sencillo —contestó "Tops'1" con una mueca—. Cierta persona nos alquiló para hacerle un trabajito y nos enteramos de lo que pensaba hacer. Nos pareció interesante y hemos decidido tomarlo por nuestra cuenta.

Otra voz habló desde la puerta:

—Siento mucho dar consejos, Hertz, pero lo que ese sujeto no sabe no podrá perjudicarnos —dijo "Punning".

"Tops'1" hizo una mueca de disgusto y contestó secamente: —¡Sé lo que hago, amigo!

Renny miraba a "Punning" Parker. Algo vagamente familiar le recordaba su cara. Renny creía haber visto el retrato de "Punning" Parker en una galería de criminales en algún sitio. Trató de recordar dónde.

"Punning" Parker se acercó, se inclinó sobre Renny y dijo ásperamente:

—¿Qué sabe usted respecto al Amo del Metal, "Fuertes Puños"?

—¿Cree acaso que se lo voy a decir? —replicó Renny.

—¿Se puso en contacto con Doc Savage después de la visita de Louis Tester?

—¡Aparte de aquí, mosquito! —dijo Renny con disgusto.

"Tops'1" Hertz intervino con un grito ronco:

—¡No contestará a ninguna pregunta y es probable que se haya puesto en contacto con Doc Savage! Me baso sobre esta suposición de todos modos y he tomado mis medidas.

—¿Qué ha hecho? —preguntó "Punning" Parker.

—He radiado a Nueva York y he tomado mis medidas para cuidar de Doc Savage en persona —dijo "Tops'1".

—Esto equivale a haberse envenenado usted —explotó Renny.

—Quizá. —"Tops'1" frunció el entrecejo—. Pero el asunto del Amo del Metal es algo gordo, tan gordo que estoy dispuesto a medir mis fuerzas con Doc Savage. Y conozco su reputación...

—No la conoce —insistió Renny—. O no le buscaría el cuerpo...

—¡Eh, eh! —dijo "Tops'1", algo alicaído—. ¡Estoy temblando dentro de mis botas!

—Esperemos que no acabe muriendo llevando las botes puestas —añadió "Punning" Parker.

—¿Qué vais a hacer conmigo? —preguntó Renny.

—Si he de serle franco —dijo "Tops'1" Hertz—. Le embarcaremos para otra existencia más descansada que ésta.

—¿Y qué vais a intentar con Doc? —insistió Renny.

"Punning" Parker contestó a la pregunta con un sencillo gesto. Se pasó el dedo por la garganta, imitando a "Tops'1" Hertz y dijo: —¡Puede pensarlo!

CAPÍTULO VII

EL EMBUSTERO

UN ruido en el corredor, cerca de la puerta de la oficina de Doc Savage, llamó la atención de éste. No era difícil de identificar: era un tiro.

Un nuevo disparo siguió al primero.

Doc Savage se encontraba en el laboratorio, trabajando con tubos de pruebas, ácidos y un aparato espectroscópico, analizador.

Estaba analizando muestras de metal de las puertas de su aposento que se fundieron de tan extraña manera sin calor alguno y del coche de la calleja en el cual se encontró sepultado el cadáver del pobre y viejo Seevers.

Doc Savage no había descubierto nada extraordinario en las muestras de metal. Este presentaba el aspecto de metal fundido por medio de un calor terrible.

Los disparos pusieron a Doc Savage en movimiento. Cruzó rápidamente el laboratorio, la biblioteca y la sala de espera. La puerta exterior, fundida la noche anterior, había sido reemplazada.

Durante las últimas veinticuatro horas, Doc Savage no había logrado descubrir el paradero de Nan Tester, de su hermano Louis ni de Renny.

Nada había ocurrido que le revelara lo que se ocultaba tras el misterio.

Ningún indicio había de la identidad del Amo del Metal.

En realidad, el asunto era un verdadero enigma.

Doc Savage abrió rápidamente la puerta y salió.

Un hombre estaba acurrucado en el corredor, un hombrecito de pelo negro y liso. Tenía dientes de ardilla y un par de orejitas muy separadas de la cabeza.

Era evidente que iba a menudo al barbero y que pagaba generosamente a su sastre.

En la mano sostenía un revólver y vigilaba la escalera con atención y evidente temor. Esta se encontraba a la izquierda de la hilera de ascensores.

El revólver del desconocido era automático y el cartucho vacío expulsado por la cámara del mismo yacía en el suelo del corredor.

Doc Savage se detuvo y en vez de hacer preguntas excitadas, calló. Esto pareció sorprender al individuo del revólver que miró a Doc, parpadeando.

—¡Ese hombre iba a matarme! —dijo.

Doc Savage no contestó.

El hombrecito señaló la escalera.

—Un hombre —dijo—. Estaba apoyado ahí, apuntándome, cuando lo he visto. He gritado y esto debió asustarlo porque he tenido tiempo de sacar mi revólver y pegarle un tiro. He fallado y ha echado a correr.

El hombre dijo estas palabras muy deprisa, como un fonógrafo que hubiese perdido su regidor. Sin embargo, se le comprendía divinamente.

Doc Savage avanzó la mano derecha, muy bronceada, con la palma vuelta hacia arriba.

—¿Eh? —dijo el otro, intrigado.

—Su revólver —dijo tranquilamente Doc.

El hombre tragó saliva y entregó el arma sin decir nada.

Doc Savage se encaminó a la escalera. Su rapidez y agilidad eran sorprendentes.

Bajó unos escalones sin encontrar a nadie. Miró en torno suyo. No había allí nada ni nadie sospechoso.

El piso situado debajo de su cuartel general había estado por alquilar mucho tiempo, pues nadie se arriesgaba a instalarse tan cerca del misterioso hombre de bronce.

Demasiadas cosas ocurrían en torno a Doc Savage que podían resultar peligrosas para sus vecinos.

Doc Savage pagaba el alquiler del piso en cuestión, con el fin de que el propietario del edificio no perdiera dinero.

No se distinguía el menor ruido. Era evidente que no habían sido oídos los disparos en el edificio. Doc Savage volvió a subir.

—No he encontrado nada —dijo. El hombrecito pareció aliviado de un peso.

Aspiró hondamente, llenándose los pulmones de aire.

—Estaba asustado —dijo hablando como una ametralladora escupe balas—. Estaba muy asustado.

—Descríbame aquel hombre —pidió Doc Savage.

—Alto… moreno… de piel curtida… Hombre que vive al aire libre… Revólver niquelado… buenas ropas.

—Gracias —dijo Doc Savage—. ¿Quién es usted?

—Decitez. Napoleón Murphy Decitez.

—¿Venía usted a verme? —preguntó Doc Savage.

—Sí… eso es…

Doc Savage hizo entrar al hombre en la sala de espera y le indicó una silla.

Luego Doc entró en el laboratorio y miró una instalación provista de tampones reunidos a un sistema de alarma que rodeaba la entrada de su cuartel general.

Esos tampones, cuando funcionaban, dejaban una señal impresa con tinta en un rollo de panel giratorio.

No había allí nada que pareciera interesar particularmente a Doc Savage.

El acicalado Napoleón Murphy Decitez se había serenado, guardándose el revólver cuando Doc Savage se reunió con él.

—He venido a pedirle consejo —dijo.

—Cuénteme su historia —replicó Doc.

La voz tranquila y profunda del hombre de bronce impresionaba visiblemente a Decitez. Estudió el rostro del hombre de bronce y pareció algo asustado.

—He oído hablar mucho de usted —dijo—. Y sólo con verle, no me cabe la menor duda que usted es todo lo que cuentan…

—¿Quién? —preguntó Doc con curiosidad.

—Los periódicos —contestó rápidamente su interlocutor—. He leído lo que dicen de sus maravillosos descubrimientos científicos que ha perfeccionado y de su formidable labor en los campos de la cirugía, electricidad…

—Prosiga su historia —dijo Doc Savage.

—Es usted un hombre verdaderamente modesto, según creo —murmuró el otro.

—Prosiga su historia —repitió Doc.

Decitez suspiró.

—Creo que un hombre me ha hecho víctima de un engaño —dijo—. No es tanto esto lo que resiento sino el hecho de que también está intentando matarme...

—Malo —asintió Doc Savage.

—Eso mismo opino yo —admitió Decitez—. Ese hombre fue a verme con un mapa, relativo a un tesoro. El hombre llevaba un lingote de oro y dijo que había mucho más en el sitio marcado en el mapa. Quería que le adelantara capital. El pondría el lingote de oro, yo pagaría el resto de los gastos y dividiríamos las ganancias. Acepté...

Decitez volvió a suspirar hondamente.

—Esto fue hace seis semanas —dijo—. El hombre salió para América del Sur en busca del tesoro. Ayer, una bala atravesó mi coche cuando lo guiaba en el parque.

Se inclinó adelante.

—Anoche me metí en la cama temprano. Un ruido me despertó. Era un enmascarado. Llevaba una navaja. Le di un golpe en la cabeza y cayó sin sentido. Le até y encerré en un armario; luego decidí venir a verle a usted y llevarle a interrogar al hombre.

Esperó que Doc Savage le contestara, pero Doc permaneció silencioso.

—¿Quiere usted venir? —preguntó.

—¿Cómo se llama el hombre que fue en busca del tesoro? —preguntó Doc Savage.

—Louís Tester —contestó el hombrecito.

El trino musical que emitió Doc Savage era apenas perceptible y contenía, una nota de débil sorpresa.

Napoleón Murphy Decitez se sobresaltó levemente y miró en torno suyo.

No hubiera podido decir de dónde provenía, aquel sonido ni qué era. Volvió a fijar la mirada de sus ojillos redondos en Doc Savage.

—Oiga —dijo—. El hombre que he encerrado en un armario ha hablado. Ha murmurado algo de un hombre llamado Renny, prisionero no sé dónde y a quien iban a matar. He recordado que usted tenía un ayudante llamado Renny... Por eso he venido a verlo.

—¿Y sus misteriosos enemigos le han seguido y han intentado

matarle? —sugirió Doc.

—Eso debe haber ocurrido.

—Tal vez hayan libertado al hombre que dejó en el armario.

—Es difícil descubrirlo —dijo Decitez—. Pero creo que es preferible darse prisa para evitar que registren la casa.

—¡Tal vez! —asintió Doc Savage.

Salieron rápidamente y bajaron en el ascensor particular de Doc Savage hasta la planta baja, en la cual subieron a un coupé blindado equipado con una serie de dispositivos especiales, pero que tenía el aspecto de un coche ordinario.

Entre los dispositivos se encontraba un aparato de radio receptor y emisor de onda corta, bien oculto. Doc Savage enchufó la emisora con el fin de tener las lámparas calientes si necesitaba lanzar un mensaje; pero no envió ninguno durante el trayecto, aunque dejó el instrumento enchufado.

Se dedicó a hacer algunas preguntas:

—¿Ha oído usted decir que Louis Tester tiene una hermana llamada Nan?

—Louis Tester me declaró que no tenía parientes vivos que pudieran adelantarle capital para ir en busca del tesoro —dijo Decitez.

—¿Ha oído hablar de un hombre llamado Seevers?

—No.

—¿Y del Amo del Metal?

—¿El qué?

—¡El Amo del Metal!

—No he oído una palabra de eso. ¿Qué es?

Si Doc Savage sabía algo respecto al Amo del Metal, no debía tener ganas de comunicarlo a otra persona y guardó silencio.

Decitez dijo que vivía en el pueblo de Greenwich, que se encuentra en un sector del centro —sur de Manhattan, reputado por tener una atmósfera artística.

La casa resultó ser un edificio antiguo de ladrillos blancos y situado en una calle apartada. Parte de la planta baja estaba ocupada por un garaje con una puerta metálica.

Decitez propuso que, en vista de la hora avanzada, Doc dejara su coche en el garaje.

Doc entró en el local, se apeó y cerró la portezuela.

Decitez se apeó también. Se volvió después de cerrar la puerta del coche y se sacó otra pistola del bolsillo, apuntando a Doc Savage.

—¡Ha sido usted muy fácil de manejar! —dijo.

Una puerta se abrió en el fondo del garaje y unos hombres, cuatro en realidad, desfilaron. Eran sujetos esmirriados, pero bien vestidos.

Tenían el aspecto de hombres que no trabajan físicamente, pero que tienen ocupaciones que les dan muchas preocupaciones.

Esto ayudaba a identificarlos por lo que eran, puesto que el bandido moderno ha de cavilar mucho para evitar la cárcel.

Apuntaron a Doc Savage con sus pistolas y lo hicieron con atención y temor como si el hombre de bronce fuese un león peligroso, capaz de hacer cualquier cosa en cualquier momento.

CAPÍTULO VIII

EL HOMBRE DE LA LLAVE

¡OJO! —gritó Decitez rápidamente—. ¡No hagáis esto! ¡Registradlo!

—¡Regístralo tú mismo! —dijo uno de los hombres—. Yo no me acerco a él. He oído hablar de este niño de bronce.

Decitez se hinchó el pecho como un globo.

—No merece su reputación —dijo rápidamente—. ¡Es fácil de manejar! No habéis visto como lo he engañado. Podemos con él.

—Estas palabras han sido las últimas que han pronunciado algunos individuos —replicó el otro.

—Con cinco revólveres apuntándolo ¿qué puede hacer? —replicó Decitez.

—No sé —dijo el otro—. Y no me interesa saberlo. Lo único que sé es que ese tío de bronce es arsénico… ¡Regístrale tú!

Doc Savage no parecía tener nada que decir. Estaba quieto y no adoptaba una actitud beligerante. Había levantado las manos a medias. Decitez vaciló.

Su expresión daba a entender que, mentalmente, se encontraba en un aprieto. Había dicho que Doc Savage era fácil de manejar y se encontraba en la necesidad de probarlo.

Reunió todo su valor y dio un paso adelante. Sus manos cachearon rápidamente a Doc.

—¡Puf! —dijo muy excitado—. ¡Apuntadle a la cabeza! Lleva una cota de malla.

—Tengo ganas de renunciar a mi parte en este asunto ahora mismo —dijo el hombre que había demostrado tener miedo de Doc Savage.

—¡Cállate la boca! —dijo rudamente Decitez—. ¡Vigilad a este

hombre!

Doc Savage no ofreció resistencia mientras Decitez le quitó el traje. Empezó con la americana, a la que siguieron el chaleco, la camisa y la corbata.

Un chaleco interior de extraño aspecto quedó revelado.

Estaba sembrado de bolsillos que contenían varios instrumentos y pequeñas redomas de productos químicos. El chaleco estaba acolchado, de manera que no se notaba su existencia debajo del traje del hombre de bronce.

—Vale más dejarle en cueros —sugirió uno de los hombres.

—Buena idea —admitió Decitez.

Doc Savage les dejó desnudarle, Tenía la reputación de un tigre y su nombre infundía pavor en el alma de los criminales de más de un rincón de la tierra; pero en el caso presente, no estaba a la altura de su reputación.

Su pasividad y sumisión debieron despertar sospechas en la mente de Decitez y de sus hombres. Desgraciadamente para ellos, no fue así.

El espectáculo del hombre de bronce en calzoncillos tuvo el efecto de preocupar más todavía a sus agresores, en vez de aliviarlos.

Sólo con mirar los increíbles músculos del gigante, el pelo tenía una tendencia a ponérseles de punta. Decitez dio órdenes y obligaron al hombre de bronce a penetrar en otra habitación situada en la planta baja, como el garaje.

—Y ahora ¿qué demonios vamos a hacer con él? —preguntó un hombre.

—Vamos a telegrafiar a "Tops'1" para instrucciones —dijo Decitez—. Se alegrará de saber que tenemos a Doc Savage. "Tops'1" ha conservado vivo al llamado Renny para tener un arma eficaz contra Doc Savage si es preciso, pero ahora que tenemos a Doc en persona, es probable que "Tops'1" querrá darles "el pasaporte" a ambos.

Doc Savage habló por primera vez, dirigiendo la palabra a Decitez.

—Esa historia que me ha contado respecto a facilitar dinero a Louis Tester para buscar un tesoro era un embuste ¿no es verdad?

—Sí —dijo Decitez—. Lo era.

—¿Y conoce usted la existencia de Nan Tester? —añadió Doc.

—Sí.

—¿Dónde está?

—¿Cómo demonios quiere que lo sepa?

—¿Oyó hablar de Seevers?

—¡Claro que sí!

—¿Y del Amo del Metal? —preguntó Doc.

—¡Váyase al demonio! No quiero contestar a más preguntas —dijo Decitez.

Se oyó una llamada fuerte e imperiosa en la puerta.

La interrupción tuvo un efecto formidable, como una explosión. Todos se sobresaltaron y Decitez pareció perder varias pulgadas de estatura, a pesar de que no tenía mucha.

—¡Pronto! —gimió uno de los hombres—. ¡Es preferible que huyamos!

—¡Quieto, idiota! —dijo Decitez de mal talante.

Se acercó a una ventana y miró rápidamente por la misma. Se apartó, echándose a reír y dijo, mofándose de sus compinches: —¡Un mensajero!

Se acercó a la puerta y la abrió. Dos hombres tenían encañonado a Doc para disparar sobre él si hacía ruido. Doc no dijo nada. Decitez regresó con un cablegrama.

—¡Es de "Tops'1"! —dijo después de abrirlo.

El cable estaba sin duda escrito en código, pues no leyó su contenido inmediatamente, sino que entró en otra habitación donde había una mesa de escribir y papel y se puso al trabajo.

Doc Savage estaba de pie a alguna distancia pero seguía con la mirada el lápiz de Decitez mientras éste escribía.

Doc conocía muchas claves y códigos; los usaba con frecuencia y, a menudo, tenía ocasión de descifrarlos bastante complicados. Y un lápiz se mueve de tal modo que quien está entrenado a ello logra adivinar cuáles son las letras que está escribiendo.

Doc se dio cuenta de la clave empleada para aquel cablegrama.

Decitez concluyó su traducción, leyó el resultado y sonrió satisfecho.

Se acercó a un palanganero, quemó el cablegrama y su traducción y dejó correr el agua con el fin de que se llevara, las cenizas allá donde ninguna magia de la ciencia moderna pudiera

rescatarlos.

—Era de mi socio "Tops'1" —dijo Decitez a sus hombres—. "Tops1" le ha apretado los tornillos a Louis Tester y le ha hecho cantar toda la historia. Todos nuestros planes están cambiados. Lo único que hemos de hacer es apoderarnos de un hombre llamado Gorham Gage Gettian.

—¿Quién es? —preguntó uno de los hombres.

Decitez frunció el entrecejo.

—"Tops'1" no lo dice en el cable —explicó.

El hombre que había hecho la pregunta hizo una mueca de disgusto.

—Trabajamos demasiado en las tinieblas —dijo—. Si "Tops'1" posee toda la historia, me parece que nosotros también podemos conocerla. Cuando yo hago algo, me gusta saber de qué va...

La expresión de Decitez dio a entender que a él le ocurría igual. Luego, recordó que siendo el jefe de la pandilla, no debía tolerar discusiones y sacó la mandíbula agresivamente:

—¡Cierra el pico! —dijo—. “Tops'1" es de confianza. Hace tiempo que yo me cuido del negocio de narcóticos en Nueva York y todo me ha ido bien. Ahora que necesita mi ayuda para otro asunto, quiero prestársela.

—Callo —contestó el otro—. Pero espero que la paga está a la altura del riesgo que corremos.

—Claro —replicó Decitez—. Es el mayor asunto que hemos conocido.

—Pero yo no lo veo claro todavía —insistió el hombre.

Esto no podía conducir a otra cosa que a una nueva discusión, de forma que Decitez adoptó una expresión severa, por el estilo de la de su tocayo Napoleón y no la cambió hasta que su interlocutor dio muestras de nerviosismo.

—Estoy con vosotros —dijo el hombre a regañadientes.

—¡Claro que lo estás! —le recalcó Decitez—. Estamos demasiado comprometidos para volvernos atrás.

Doc Savage había permanecido impasible durante este cruce de palabras. Si sentía alguna emoción, ésta no se reflejaba en sus facciones bronceadas.

Decitez miró a sus hombres.

—Vosotros seguís aquí vigilando a este niño de bronce —ordenó

—. Voy a llamar a algunos muchachos para este nuevo trabajo.

Sus cuatro hombres no parecían entusiasmados por el encargo.

—No os dará mucho quehacer —dijo.

Decitez dijo para confortarlos: —No estéis tan preocupados.

El hombre que se había mostrado más reacio frunció las cejas y se humedeció los labios.

—Si el tío de bronce hace el tonto, no estoy para bromas —declaró—. ¡Le daré una dosis de plomo, como dos y dos son cuatro!

—¡Por mi parte, O. K.! —dijo Decitez con ademán despreocupado.

Se acercó entonces a la puerta y la abrió. A punto de franquearla, se paró, miró de reojo a sus hombres e hizo un gesto que debió aprender de "Tops'1" Hertz, puesto que era el favorito de éste.

Se pasó un dedo por la garganta, emitiendo simultáneamente un ruido significativo.

—"Tops'1" dice en su cablegrama que el ayudante de Doc Savage, Renny, sería "despachado" tan pronto como tuviésemos a Doc. Voy a telegrafiarle que ya tenemos a Savage y es probable que nos radiará que hemos de liquidarle también.

Durante un momento pareció muy sanguinario y fiero. A continuación, salió. Pero algo en su aspecto traicionaba el hecho de que era una "pose" destinada a impresionar a sus compinches.

Quería convencerles de que su jefe era un hombre de pelo en pecho.

Aunque Decitez había asegurado a sus hombres que guardar a Doc Savage no era una tarea más peligrosa que coger violetas, éstos tomaron sus precauciones.

Todos miraban continuamente al hombre de bronce y parecían tener miedo incluso de parpadear. Dos de ellos se sentaron pero se levantaron de un salto cuando Doc respiró hondamente.

—¡No te muevas o estás listo! —dijo ásperamente uno de ellos.

Doc Savage no contestó. Se le hubiese tomado por un hombre sobrecogido por la desgracia. Miraba a sus agresores con los labios entreabiertos.

Parecía contener la respiración. Sus enemigos empezaron a caer por el suelo. Los cuatro se desplomaron y no se movieron apenas después de su colapso.

CAPÍTULO IX

LOS PENDENCIEROS

MÁS de un enemigo que se enfrentó con Doc Savage llegó a la penosa conclusión que el hombre de bronce era capaz de realizar milagros; pero es probable que ninguna demostración suya llegó más cerca de ser un verdadero milagro.

Se le había registrado hasta la piel, sin devolverle ninguna de sus prendas de vestir. Sus adversarios estaban a una distancia de diez pasos de él y a juzgar por las apariencias. Doc no había hecho nada.

Sin embargo todos habían caído, privados de conocimiento.

La explicación era sencilla. El hombre de bronce llevaba, ocultas en la boca, un par de cápsulas llanas y flexibles que contenían su gas anestésico, sin color ni olor. No había hecho otra cosa que romper las cápsulas.

Aquel gas era algo notable. Si se aspiraba se perdía el sentido en el acto, pero una vez que se había mezclado con el aire por espacio de un minuto, poco más o menos, perdía su efectividad.

Doc estaba preparado para que le hicieran prisionero. El motivo que le hacía estar preparado habría sorprendido a Napoleón Murphy Decitez.

Doc se había dado cuenta desde el principio que Decitez mentía. El examen del sistema de alarma instalado en el laboratorio de Doc dio por resultado que ningún asaltante se había encontrado en la escalera del rascacielos, tal como Decitez lo había declarado.

Un aparato registrador estaba instalado en la escalera y demostraba que nadie había subido o bajado ésta.

Doc se había prestado al juego de sus adversarios con el fin de ver qué era lo que podía descubrir, dejándose hacer prisionero. Doc

hacía a menudo las cosas de un modo extraño.

Doc empezó a respirar. Un minuto había transcurrido y el gas anestésico era ya inofensivo, habiéndose mezclado con el oxígeno y el hidrógeno del aire.

Doc desarmó a los cuatro caídos, quitándoles sus pistolas.

Los efectos del gas durarían horas, pero en una redoma que llevaba en uno de los bolsillos de su chaleco especial, Doc Savage llevaba un antídoto capaz de devolver el conocimiento a las víctimas en el acto.

Doc buscó y encontró el chaleco y sus demás ropas. Administró una parte del antídoto al hombre que había rezongado más que ninguno, demostrando así que estaba preocupado.

Mientras el hombre volvía en sí, Doc se vistió. Había un teléfono y un listín de direcciones en la estancia. Doc buscó el nombre de Gorham Gago Gettian.

No había más que uno y decía: GETTIAN, Gorham Gage. 7220 Drive......., Seaway 7.669 C.

El antídoto hizo revivir al hombre que había sufrido los efectos del gas y casi enseguida pudo hablar.

—Bien, no pueden decir que no les avisé —gruñó el sujeto en cuestión—. Les dije que usted era duro de pelar.

Doc Savage guardó silencio. Estaba usando el poder del silencio combinado con la amenaza que era capaz de poner en sus extraordinarios ojos dorados.

Miró al prisionero con intensidad y el hombre no tardó en mostrarse inquieto.

—¡Por vida de...! —explotó—. ¿Qué es lo que va a hacer conmigo?

Doc Savage dijo tranquilamente: —Hay varias maneras de obligar a un hombre a decir lo que sabe.

Es probable que su calma afectó al hombre más que gritos furiosos.

—Le creo —dijo el bandido con voz entrecortada—. ¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Hablará?

—Claro —gimió el otro—. He oído hablar de usted. Me basta su palabra de que es capaz de hacerme charlar. No sería precisamente divertido dejarle trabajar sobre mi persona.

Con lo cual dio pruebas de ser un bribón dotado de sentido común.

—¿Dónde puedo encontrar a ese "Tops'1", como lo llamáis? —preguntó Doc Savage.

El hombre vaciló y se estremeció.

—Me liquidarán por esto —gimió—. "Tops'1" es capitán de la goleta Inocente que se encuentra en algún punto del mar Caribe, navegando con rumbo al Norte.

—¿El Inocente navega hacia el Norte? —preguntó Doc.

—Eso es.

—¿Por qué?

—Se dirigen a la isla Alligater.

—¿Dónde está eso?

—No sé.

—¿Por qué van a la isla Alligater?

—Tampoco lo sé —contestó el asustado prisionero.

—Dígame lo que sabe —ordenó Doc secamente.

El prisionero se mojó los labios y habló rápidamente.

—Trabajo para Decitez y él y "Tops'1" Hertz son socios en varios asuntos ilícitos —dijo—. "Tops'1" ha sido alquilado para apoderarse de un hombre llamado Louis Tester, allá abajo, en el Golfo de Méjico.

—¿Quién le alquiló?

—Un sujeto llamado "CX".

—¿Quién es "CX"? —preguntó Doc.

—Nadie de nosotros lo sabe —dijo el hombre—. De todos modos, "Tops'1" se apoderó de Louis Tester y por unos papeles que Tester tenía en su aeroplano, "Tops'1" se enteró que ese "CX" iba detrás de algo que vale millones. Hablaban de billones pero descuento algo. "Tops'1" se puso en contacto con Decitez y ahora, están intentando hacerle la zancadilla a ese "CX" para quedarse todo el botín ellos.

Doc Savage preguntó: —¿Y cuál es el botín?

El hombre dijo: —Aquí es cuando va a creer que soy un embustero.

—Déjeme juzgar eso.

—¡No sé qué es lo que buscan!

Los ojos dorados de Doc Savage fijaron al hombre. Este suspiró e

hizo un ademán desesperado como suplicando que se le creyera.
—"Tops'1" y Decitez se lo han callado —gimió—. No se fían de nadie.
—¿Y qué hay de ese Gerham Gage Gettian a quien han de hacer prisionero? —preguntó Doc.
—Sabe usted tanto como yo acerca de él. Nunca había oído hablar de ese sujeto antes de la llegada del cablegrama.
Doc Savage guardó silencio, como ordenando la información mentalmente.
Había recibido contestaciones a todas sus preguntas, pero no era lo que esperaba. Si se sentía defraudado en sus esperanzas, se guardó de demostrarlo.
—¿Dónde se encuentra la muchacha, Nan Tester? —preguntó.
—No sé nada de ninguna chica —contestó el hombre.
Doc Savage se sacó una píldora encarnada del bolsillo del chaleco.
—Tome esto —mandó.
El prisionero palideció.
—¿Qué es lo que va a hacerme? —lloriqueó—. ¿Qué es esta píldora?
—Tómela —volvió a decir Doc Savage.
—No —gritó el hombre desesperado—. ¡Váyase al diablo!
Doc Savage agarró al hombre. Este intentó escapar pero no lo logró. Doc lo cogió por la garganta, la boca se le abrió, Doc dejó caer la píldora dentro, le cerró la boca y la mantuvo así.
El hombre tuvo que tragarla porque Doc le hizo un masaje experto en el cuello.
Cuando hubo tragado la píldora roja, el hombre cayó sin conocimiento. Doc Savage le dejó estirado al lado de sus tres compañeros.
Doc se acercó al teléfono, descolgó el receptor y llamó a la compañía de cablegramas. Dictó un mensaje que decía: Capitán Hertz.
“Vía radio goleta Inocente salió Habana Stop Compre Oregon nuevo sin esperar recibir visita agente Rene Avisar recibido envío novedades Wilson íntegro compra Kent y Aaron todavía en su trámite está ratificado vender ínterin valores Ohama sin alza con último aviso Larry Quaker usará imán en ruta por recibir el

cómputo íntegro oro."

Doc Savage no firmó el telegrama por dos motivos. Ocurre a menudo que los cablegramas no se firmen y Doc ignoraba cómo Decitez firmaba los que enviaba a "Tops'1" Hertz.

Parecía inocente y claro como cualquier telegrama comercial; pero estaba redactado en código, el que aquellos hombres usaban y que Doc había descifrado sólo con vigilar el lápiz de Decitez mientras traducía.

Se tomaba sencillamente la primera letra de cada palabra y se obtenía el mensaje siguiente:

"Conservar a Renwick y a Tester vivos a cualquier precio."

El cable iba destinado a conservar a Renny y a Tester vivos hasta que Doc tuviera entre sus manos bastante información para poder salvarlos.

Doc llevó a los cuatro prisioneros a un armario. Se daba prisa. Se aseguró del hecho de que la puerta del armario dejaría penetrar bastante aire para que pudiesen respirar, la cerró y dio la vuelta a la llave.

Entró en el garaje. Su coupé seguía allí. Lo sacó afuera y se puso en camino hacia Drive Street, que se encontraba al norte de la Isla de Manhattan, cerca de Riverside Drive.

Gorham Gage Gettian vivía en Drive Street, según el listín de teléfonos. Su relación con el asunto no era todavía aparente pero Decitez había ido a apoderarse de Gettian y en consecuencia, era preciso darse prisa.

Doc Savage enchufó la radio de onda corta oculta en la carrocería del coupé.

Agarró el micrófono y habló por el mismo:— Llamo a Monk o Ham —dijo.

Casi instantáneamente, una voz salió del altavoz. Era una vocecilla atiplada que parecía la de un niño endeble.

—¿Qué pasa, Doc? —dijo la vocecilla.

—Monk, —dijo Doc Savage—, ¿puedes encontrar a Ham?

—Si lo hago —dijo Monk con su vocecilla aniñada,— le arrancaré el brazo izquierdo y le mataré a porrazos con él.

El hecho de saber si le sería posible arrancarle el brazo a Ham era dudoso, ya que Ham era muy capaz de defenderse.

Ham era el brigadier general Teodoro Marley Brooks, el abogado

más astuto que saliera de la Universidad de Harvard.

Monk era el teniente coronel Andrés Blodgett Mayfair, químico de fama mundial y uno de los ayudantes de Doc, capaz con su tremenda fuerza física de arrancar en efecto el brazo de un hombre y de matarlo a golpes.

Si la sangrienta promesa de Monk preocupó a Doc, éste dejó de evidenciarlo.

—Encuentra a Ham —dijo Doc Savage, dándole luego las señas de la casa de Decitez en el pueblo de Greenwich—. Ve allí. Encontrarás a cuatro caballeros que han de ser enviados a nuestra institución en el campo.

—Oh —dijo Monk—. Te has metido en un lío, ¿no?

—Hasta ahora todo es cuestión de saber quién se ha metido en él —replicó Doc—. Encuentra a Ham y cuida de esos cuatro hombres.

—Cuidaré de ellos y si doy con Ham, cuidaré de él de paso.

—¿Qué os ha pasado? —preguntó Doc.

Monk chilló:

—Es una historia muy complicada. Se conocerán los pormenores cuando me juzguen por haber matado a Ham.

Doc Savage le contestó: —Ahora cuida de lo que te he encargado.

—Desde luego... —dijo Monk—. La matanza ocurrirá tan pronto como lo encuentre.

Monk estaba chillando cosas poco favorables para Ham cuando Doc desconectó el micrófono, dejando, sin embargo, el aparato a punto de funcionar, como era su costumbre y la de sus ayudantes.

Doc Savage no había dado instrucciones detalladas a Monk respecto a lo que debía hacerse con los cuatro prisioneros, porque Monk lo sabía ya.

Era lo de siempre cuando Doc se apoderaba de algún maleante.

Doc detuvo su coupé en la esquina de Drive Street, apeándose. La oscuridad era profunda y las calles desiertas, a causa de lo avanzado de la hora.

Hacía más frío que la noche anterior, pero no lloviznaba. Todo el día el frío había sido intenso y parte del aguanieve, helada, se veía todavía entre los adoquines.

Doc Savage anduvo unos pasos, sin adentrarse en Drive Street.

Se sacó del bolsillo un objeto parecido a un lápiz, lo estiró y tuvo en la mano un periscopio, tan minúsculo que pasaba inadvertido por completo.

Procedió entonces a escudriñar Drive Street sin dejarse ver.

AL principio, la calle parecía completamente desierta; pero no... en el portal de una casa situada a mitad de la manzana, un hombre estaba al acecho.

Estaba apoyado en una puerta, casi oculto por las tinieblas.

Doc Savage vigiló un rato. El hombre no se movía. Era evidente que estaba de guardia.

El número de la casa era el de la residencia de Gorham Gage Gettian.

Una manzana más lejos, los coches pasaban rápidos por Riverside Drive.

El hombre de guardia permanecía fijo en su puesto. No estaba extraordinariamente alerta puesto que de ello no había urgente necesidad.

¿Acaso su jefe Napoleón Murphy Decitez no había explicado que Doc Savage se encontraba prisionero en el pueblo de Greenwich?

Decitez se había mostrado muy seguro de sí al decirlo.

Decitez seguía mostrándose seguro. Tenía su revólver en la mano y apoyaba el cañón del arma contra un cráneo calvo.

—Me parece que voy a matarle ahora mismo, Gettian —decía Decitez con toda calma.

CAPÍTULO X

El HOMBRE INTRIGADO

NAPOLEÓN Murphy Decitez no era un hombre dramático por naturaleza, pero "Tops'1" Hertz que era un verdadero demonio, sí lo era y era el ídolo de Decitez.

En consecuencia, Decitez, que gustaba de imitar a los que él consideraba sus superiores, se había aficionado a esas cosas.

En la actualidad estaba imitando a "Tops'1", haciendo lo que le parecía que "Tops'1" haría.

Decitez no tenía intención de matar a Gettian y su frase no pasaba de ser una fanfarronada para llevarse a Gettian con mayor facilidad.

—Es probable que no se oirá el disparo —dijo ásperamente—. Esta casa tiene gruesas paredes de piedra.

Apretó con más fuerza el revólver contra la calva de Gettian. La cabeza de éste se parecía a una calavera encerada como las que poseen los médicos.

También tenía su color, puesto que Gettian estaba muy asustado.

—¡Espere un minuto! —dijo Gettian—. ¿De fijo que sufre un error!

—Se llama Gorham Gage Gettian, ¿no? —preguntó Decitez.

—Sí... Sí...

—Entonces no hay error alguno —dijo Decitez y apretó el cañón de la automática con mayor fuerza contra la calva de Gettian.

Además de ser calvo, Gettian no tenía pelo en toda la cara, carecía de pestañas, no tenía barba y eso le hacía parecer más viejo de lo que era en realidad.

Aparentaba sesenta años y no tenía probablemente más de cuarenta.

Pero tenía nervio y valor.

Miró a Decitez y dijo: —La mayoría de los hombres querrían saber por qué les van a asesinar. Yo soy uno de ellos.

Decitez hizo una mueca:— Es a causa de lo que sabe respecto al Amo del Metal —dijo secamente.

—¿El qué? —dijo Gettian, intrigado.

Decitez se inclinó y sacó la mandíbula como lo había visto hacer a "Tops'1" Hertz.

—Mire usted —dijo—. Dígame lo que sabe del Amo del Metal. Si me dice lo suficiente y aclarece bastante el misterio, no será preciso eliminarle.

Napoleón Murphy Decitez, zorro astuto, intentaba obtener información. Era evidente que no sabía gran cosa respecto al Amo del Metal.

Gettian meneó la cabeza calva.

—No sé de qué me habla —dijo.

—No es preciso que me mienta —insistió secamente Decitez—. Ya sé algunas cosas.

—¿Qué?

—Sé que el asunto del Amo del Metal es algo gordo —dijo Decitez—. Es tan gordo, que un puñado de hombres inteligentes, provistos de un buen jefe, podrían hacerse dueños del mundo.

Si lo decía con el fin de sorprender a Gettian, logró lo que quería. Pero Gettian no reaccionó como Decitez lo había probablemente esperado.

Gage se echó atrás y su tono se suavizó.

—Claro que podría —dijo amablemente—. Pero yo no lo tengo. Sin embargo, lo llevaré de buena gana a un sitio donde hay un hombre que le enseñará cómo va...

Decitez pareció muy interesado, pero fue cosa de un instante. Luego se hizo cargo de la situación.

—¡Maldición! —dijo roncamente—. ¡Cree usted que estoy loco! ¡Un hombre que me enseñará...! ¿Se refiere a un loquero? Oiga, no le estoy mintiendo y no estoy loco.

—Debe usted estarlo —dijo Gettian—. Nadie que no sea un loco hablaría de un Amo del Metal...

Decitez rechinó los dientes.

—¡Oiga usted! ¡Voy a matarle por no hablar!

Decitez seguiría sin duda con sus fanfarronadas, aunque esto quedará siempre en el misterio. No importa, puesto que una vasija de metal, tirada con fuerza, llegó desde el umbral de una puerta situada en el otro extremo de la estancia y tocó a Decitez en la mano que sostenía el revólver.

El arma cayó al suelo.

Muchas cosas ocurrieron entonces. Un hombre se encontraba en la puerta desde la cual la vasija había llegado.

Era uno de los compinches de Decitez, que estaba de guardia. Sorprendido, el hombre se agachó y se volvió, queriendo ver de dónde había llegado el proyectil.

Pero no vió nada. Se oyó un ruido formidable, parecido al de una maza de madera hundiendo una estaca en el suelo.

Parecía imposible que un puño cerrado hiciera ese ruido, pero de eso se trataba y el guardia cayó sin conocimiento en la habitación. Gorham Gage Gettian dio un salto formidable. Su piel blanca le hacía parecer delicado y su calvicie, viejo; pero un campeón de cualquier colegio no habría saltado más lejos ni más deprisa.

Llegó a la primera puerta que se le ofreció, la abrió, se metió al otro lado y cerró la puerta tras de sí.

Decitez estaba gritando. Había visto al gigante de bronce que había tirado la vasija. Era algo que bien podía hacerle gritar, pero al mismo tiempo corrió, doblado hacia el suelo.

—¡Dispara, idiota! —gritó.

Estas palabras iban dirigidas a otro guardia que se encontraba en otra puerta y tenía el revólver a punto de disparar. Apretó el gatillo y el cuarto se llenó de truenos formidables.

Doc Savage volvía a llevar su cota de malla que era capaz de parar incluso a las balas de un rifle, pero el pistolero debió conocer la existencia de la prenda, puesto que apuntó a Doc en la cabeza.

El hombre de bronce vaciló. Continuar la carga equivaldría a un suicidio. Se echó atrás, pasando nuevamente por la puerta.

Las balas hicieron saltar pedazos de yeso, arrancaron astillas a la puerta y una de ellas rebotó en su cota de malla.

—¡Corre! —gritó Decitez.

El y su compinche echaron a correr. Cerrando la puerta con violencia a su espalda, bajaron la escalera a toda velocidad.

Era oscura pero una bombilla de escasa potencia iluminaba la entrada. Allí encontraron al hombre que había estado de guardia en la puerta.

—¡Corre! —gritó Decitez—. ¡Doc Savage!

—¿Dónde está el otro compañero? —preguntó bruscamente el guardia.

—Savage le ha puesto knock out.

El guardia agarró a Decitez mirándole con amenaza en los ojos.

—¡Oiga! ¿Qué va a hacer con mi amigo que ha sido golpeado? —gruñó.

—¡Que el diablo se lo lleve! —chilló Decitez—. ¡Suéltame!

Pero el otro hombre tenía ideas de lealtad.

—¡Váyase usted al diablo! —rezongó—. ¿Dejar nuestro amigo a los "polis" o a algo peor?... ¡No, señor! ¿Cuántos individuos hay arriba?

—¡Uno!

—Nada más... y está huyendo.

—¡Ese es Doc Savage! —espetó Decitez.

El guardia pareció darse cuenta de la situación y cambió de idea respecto a su amigo.

—Tal vez sea preferible ahuecar... —La discusión les había hecho perder tiempo. La casa estaba a oscuras y resultaba un campo ideal para las operaciones de Doc Savage. El hombre de bronce se movía en las tinieblas con seguridad extraordinaria.

Los fugitivos habían dado apenas dos pasos cuando el rayo pareció tocarles.

Decitez fue el primero en sentirlo. Se dio cuenta de pronto de un dolor terrible en la base del cráneo; luego, un embotamiento general.

Pareció dormirse pero sintió que caía. Cosa extraña, cuando tocó el suelo, no sintió nada.

No se dio cuenta que era víctima de una especie de asombrosa parálisis que Doc Savage podía infligir por medio de una presión ejercida sobre los centros nerviosos de la espina dorsal y del cerebro.

Los otros dos hombres se echaron atrás, sorprendidos y aturdidos. Veían a Doc Savage a la luz vaga de la entrada y su vista los decidió a seguir huyendo. Más allá de la puerta, echaron a

correr.

Uno de ellos cayó por las escaleras de la entrada, pero felizmente recobró el equilibrio.

—¡Deprisa y estamos salvados! —dijo uno de ellos.

—Sí —contestó el otro con voz entrecortada—. Tendremos suerte sí...

—No la tendréis —declaró una nueva voz... que parecía la de un niño.

Las sombras que rodeaban la escalinata proyectaron dos nuevas figuras.

Una de ellas pesaría tal vez más de doscientas cincuenta libras y era lo suficiente alta para mirar a un hombre de estatura normal a la altura del primer botón de su chaleco.

Tenía el pelo hirsuto de un color rojizo.

El otro hombre era extraordinariamente delgado, iba maravillosamente vestido y llevaba un bastón negro de aspecto sumamente inocente.

Lo que siguió concluyó en un momento. El individuo peludo cogió a uno de los fugitivos en un par de brazos que parecían gigantescas mordazas.

Apretó, corrió un puño y su víctima perdió el conocimiento.

Su compañero tocó y manipuló su bastón y lo transformó en una espada, cuya punta estaba untada de una sustancia pegajosa.

La punta de la espada pinchó al otro gangster en un brazo. El hombre gritó, corrió unos pasos, le faltaron las fuerzas y cayó al suelo, dando varias vueltas sobre sí. Cuando dejó de rodar, no se movió y se limitó a respirar trabajosamente.

—¿Necesitas ayuda, eslabón perdido? —preguntó el elegante sujeto del bastón— espada.

—¡No me insultes, picapleitos! —rezongó el que se parecía a un gorila—. ¡Cuándo necesite ayuda, más valdrá que traigas un ejército!

Doc Savage surgió en el umbral de la puerta.

—¡Traedlos aquí dentro! —dijo.

Los dos compañeros izaron sus cautivos por la escalinata y entraron en la casa de Gorham Gage Gettian.

—Monk —dijo Doc Savage—. ¿No quedó entendido que tú y Ham iríais al pueblo de Greenwich a buscar a cuatro prisioneros

destinados a nuestro instituto del campo?

—Sí —admitió el feo individuo que parecía un mico, con una sonrisa que ponía sus orejas, en peligro—. Es lo que hemos hecho. Luego enchufamos la radio buscadora de direcciones y hemos localizado tu coche, acudiendo aquí tan deprisa como pudimos. Hemos oído la batalla y nos entregamos a una especie de investigación.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó el sujeto bien trajeado a Doc.

—Algo relacionado con el misterio del Amo del Metal, Ham —explicó Doc Savage.

Y el hombre de bronce les hizo un breve resumen de lo sucedido, concluyendo con la explicación de cómo penetró en casa de Gorham Gage Gettian por una escalera de incendio situada en la parte de atrás, al final de la cual encontró una ventana abierta en el techo.

—¿Se sabe dónde tienen prisionero a Renny? —preguntó Ham.

—A bordo de una goleta llamada la Inocente, a alguna distancia de Cuba —explicó Doc.

—¿No hay rastro de la muchacha Nan Tester? —preguntó Monk.

—No —contestó Doc Savage.

El elegante Ham exclamó irónicamente.

—¡Hay que ser Monk para preocuparse por cualquier falda que asome al horizonte!

Monk miró a Ham sombríamente.

—¡Lo que te va a coger es un temblor convulsivo cuando me vuelva contra ti, sinvergüenza!

—¡Las amenazas de violencia física traicionan a la persona de cortos alcances, chimpancé! —replicó mordazmente Ham.

Doc Savage señaló la parte superior de la casa.

—Vamos en busca de Gorham Gage Gettian —sugirió.

Monk y Ham recogieron a los prisioneros, haciéndose visajes y muecas durante la operación. Un extraño habría jurado que estaban a punto de matarse mutuamente.

Monk y Ham eran dos ayudantes del grupo de cinco compañeros de Doc Savage. Renny y Long Tom Roberts eran otros dos y el quinto miembro de la extraña asociación, William Harper Littlejohn, que respondía al apodo de Johnny, eminente arqueólogo y geólogo, se encontraba a la sazón en Europa, excavando un sótano

en el cual un granjero había descubierto el fósil de un hombre prehistórico.

Entraron en el cuarto en el cual se había desarrollado la primera lucha. Una serie de golpes fuertes llegó a sus oídos.

—Alguien se encuentra detrás de esta puerta —dijo Monk, señalando a la puerta por la cual Gorham Gage Gettian había escapado.

Doc Savage la abrió. Resultó ser la de un armario empotrado en la pared.

Gorham Gage Gettian, el calvo, salió del mismo.

—Esta puerta infernal cierra de golpe —se quejó—. No tenía la llave, de forma que al meterme dentro, la he cerrado detrás de mí.

Gettian resultaba un hombre muy distinto de antes. Estaba sonriente, se frotó las manos y sacudió con fuerza las de Doc Savage, Monk y Ham.

—Les debo mil gracias —declaró—. Han salvado mi vida, sí, esto es cierto… y la aprecio mucho.

—¿Por qué querían matarle? —preguntó Monk, que estaba por las preguntas directas.

Gettian pareció sorprendido e intrigado.

—No puedo figurármelo —dijo.

Ham intervino diciendo: —Le aconsejo que no se ande por las ramas con nosotros, Gettian. Este asunto es serio y ya ha causado la muerte por asesinato de una persona.

—¡Cierra el pico! —dijo Monk a su compañero—. Yo soy quien hace las preguntas.

Monk y Ham cambiaron unas miradas amenazadoras.

Doc Savage tomó el interrogatorio por su cuenta.

—¿Sabe usted algo relacionado con lo que llaman el Amo del Metal?

—No —contestó Gettian prontamente.

—¿Y con un anciano llamado Seevers?

—Nunca lo he oído nombrar —dijo Gettian.

—¿O con un hombre llamado Louis Tester? —insistió Doc.

—¿Está metido en esto?

—Así parece.

—¡Entonces tal vez lo explica todo! —declaró Gettian.

—¿Conoce usted a Louis Tester?

—¿Conocerlo? Claro que sí —dijo Gettian, arrugando la frente desprovistas de cejas, con lo cual su cara adquiría una expresión extraña—. Louis Tester tiene uno de los más famosos cerebros científicos de hoy en día.

CAPÍTULO XI

EL ARREGLO MORTAL

AL oír la declaración de Gettian de que Louis Tester era un gran hombre de ciencia, Monk y Ham dejaron de mirarse como si quisieran morderse y ambos resoplaron.

—Si Louis Tester fuese un gran sabio, Doc le conocería —dijo Monk— …o cuando menos habría oído hablar de él. Doc es entendido en la materia.

—Louis Tester es un joven modesto y callado —dijo Gettian—. No busca la publicidad.

Doc le preguntó entonces: —¿Y el hecho de que conozca usted a Louis Tester puede mezclarle en el asunto?

—Lo dudo —dijo Gettian—. Creo que es la cajita de metal que Louis Tester me dejó lo que me ha complicado…

—¡Rayos y centellas, como diría Renny! —explotó Monk—. ¡Ahora creo que empezamos a ver claro!

—¿Y qué ocurre con esa caja? —preguntó Doc.

Gettian habló con franqueza:

—Conozco bien a Louis Tester y le he prestado dinero de vez en cuando sin pedirle garantías —dijo—. Hace unos meses, Louis me trajo una cajita de metal y me pidió que la guardara. Dijo que contenía algunos valiosos archivos científicos que deseaba tener en lugar seguro. La puse en mi caja de caudales y esto es cuanto sé acerca de ella.

Doc Savage preguntó tranquilamente: —¿No le importaría enseñarme esa caja y permitirme examinar su contenido?

—Me disgustaría hacerlo —dijo Gettian.

—La vida de Louis Tester parece estar en peligro —explicó Doc Savage—. Estamos intentando ayudarle así como a su hermana y a

uno de mis asociados, el coronel Renwick.

—¡Cielos! —dijo Gettian—. ¿Está Nan en peligro?

—Lo está —dijo Doc—. En realidad, es posible que ya la hayan asesinado.

—Le enseñaré la caja y le dejaré examinarla —declaró Gettian—. No sabía que la cosa fuese tan seria.

Abrió la marcha, atravesando varias habitaciones. Se hizo evidente que Gorham Gage Gettian era un hombre muy rico.

Unas alfombras valiosas cubrían el suelo y de las paredes colgaban cuadros debidos al pincel de maestros de la antigüedad. Gran parte del mobiliario eran también auténticas antigüedades.

Gettian llegó a una estancia que a todas luces le servía de escritorio.

Los muebles eran usados pero de calidad tan excelente, que habían ganado con el uso.

Acercándose a la estufa de gas emplazada en el hogar, Gettian tocó un resorte y el hogar entero se apartó, descubriendo la puerta de una gran caja de caudales.

Se inclinó y manipuló la combinación. La puerta se abrió. Gettian alargó confiado la mano, pero se detuvo en el acto.

—¡No está! —exclamó.

—¿No está? —preguntó Monk.

—No —dijo Gettian—. Y esto es muy extraño porque soy el único ser viviente que conoce esta combinación.

Gettian rebuscó en la caja, que parecía contener muchas joyas, numerosos papeles y fajos de billetes de Banco.

Meneó la cabeza, se apartó y examinó la puerta. No descubrió señales de que hubiera sido forzada y se encogió resignadamente de hombros, cerrando la caja.

—Alguien que debe ser un perito ha abierto esta caja —declaró.

Habían dejado a los prisioneros, algunos de los cuales estaban a punto de recobrar el conocimiento, en el cuarto contiguo.

—Vamos a interrogarles —dijo Doc Savage—. Aquel hombre... Decitez, podrá decirnos algo.

Salieron juntos.

Abajo, en el vestíbulo de entrada, una mujer gritó, lanzando una exclamación de terror.

—Señor Gettian —decía—. ¡Van a matarle!

Doc Savage se volvió rápidamente.

—¡Es Nan Tester! —exclamó el hombre de bronce por encima del hombro.

Doc Savage bajó la escalera a saltos, hasta que llegó a un rellano, a mitad de la misma. A partir de allí, se deslizó por la baranda, a caballo sobre ella.

No lo hizo para producir mayor efecto, sino porque era el modo más seguro de bajar. Si disparaban desde abajo, era casi seguro que lo harían apuntando a los escalones.

Pero no dispararon. Parecían empeñados en sacar a la muchacha de allí.

Luchaban con ella y se oía su respirar afanoso y golpes.

—¡Hacedle saltar la tapa de los sesos! —gruñó un hombre.

—¿Dónde hay un revólver? —decía otro—. ¡Liquidadla por habernos jugado esta mala pasada!

Doc Savage se dio cuenta en el acto de lo que era preciso hacer. Rara vez se metía en el caso de cargar contra sus enemigos, exponiéndose completamente; pero esta vez lo hizo.

Ellos le esperaban y lo tenían todo preparado.

El primer indicio de la trampa fue un ruido que provenía de arriba.

Luego Doc sintió que una red bajaba y lo envolvía. Se trataba de una red de pescador, a juzgar por el débil olor de la cuerda alquitranada.

Podía romperla: no bastaría a inmovilizarle.

Pero había algo más que la red. En el interior de ésta había gruesos anzuelos de tres púas que se hundieron en su carne, hiriéndole en varios sitios.

La cota de malla le protegía el cuerpo pero no sucedía así con sus manos ni su cara.

Doc se echó atrás, buscando la escalera. La habría alcanzado pero sus enemigos habían colocado una cuerda en el suelo, formando con ella un lazo corredizo.

Doc la pisó y la cuerda se le enredó en las piernas. Entonces, cayó.

—¡Savage! —dijo una voz ansiosa—. ¡Pórtese bien y no le matarán!

El hombre de bronce, que conservaba la sangre fría en una

lucha, tenía una ventaja: sabía cuándo estaba vencido.

Doc Savage estaba en un aprieto. Podía escapar, pero quedaría probablemente desfigurado, tal vez ciego, pera toda la vida. Por otra parte, si se sometía, le quedaría alguna probabilidad de escapar más tarde.

El hombre de bronce se quedó inmóvil.

—Bien —dijo—. Ha ganado usted.

Tenía otro motivo para entregarse. Podría descubrir tal vez, escuchando la conversación de sus enemigos, la naturaleza del misterio del Amo del Metal.

Arriba, la lucha proseguía empeñada. Otro ataque debió producirse desde la parte de atrás. No hubo disparos y era evidente que los hombres querían evitar el meter ruido.

Doc prestó oído. La lucha parecía violenta. Monk estaba gritando y lanzando hurras. El químico se entregaba invariablemente a estas demostraciones cuando luchaba.

Cuanto más enconada era la lucha, más ruido metía. La actual pelea era, sin duda, una lucha desenfrenada.

Finalmente, Monk y tres o cuatro hombres bajaron a tumbos la escalera. Un camión de ladrillos descargado de repente no habría hecho más estruendo.

Cuando Monk llegó abajo, un hombre saltó hacia adelante e hizo cuanto pudo por romperle una pistola en la cabeza. Monk se recostó en los escalones y se durmió con la enorme boca abierta, de la cual corría un hilillo de sangre.

La batalla continuaba arriba. Media docena de hombres subieron la escalera.

Sus camaradas habían acorralado a Ham en un rincón. Ham blandía su bastón —espada y tres hombres, heridos por su punta, yacían en el suelo, privados de sentido.

—¡Pegadle un tiro! —gritó un hombre.

—¡No, no! —exclamó otro—. ¡Traed algunas sillas!

Trajeron las sillas y las tiraron a la cabeza de Ham hasta que se vió obligado a replegarse y tuvieron la oportunidad de dominarlo.

Gorham Gage Gettian estaba también tumbado en el suelo.

Abajo, Doc Savage seguía envuelto en la red. Tenía los tobillos aprisionados por la cuerda. Habían cerrado completamente la puerta de la calle con el fin de que no se oyera el ruido de la batalla

desde fuera.

Unos hombres se acercaron con cuidado con los revólveres a punto de disparar y libertaron a Doc Savage. No anduvieron con mucho cuidado para quitarle los anzuelos, Sencillamente, los arrancaron.

Doc Savage no dijo nada, ni pestañeó siquiera mientras se los quitaban.

—¿No es usted humano? —gruñó un hombre.

Doc no contestó. En realidad, sufría una verdadera agonía; pero todos los gritos y quejidos del mundo no habrían disminuido el dolor.

Había un motivo psicológico que explicaba su estoicismo. La concentración mental requerida para no demostrar sufrimiento alguno ayudaba a no pensar en el dolor.

Nan Tester surgió a la vista. Durante la lucha había permanecido oculta en un cuartito que daba al vestíbulo. Entró, caminando muy tiesa con la cabeza echada hacia atrás y desafío en los ojos.

—Me engañaron haciéndome gritar para que bajara —dijo sombríamente—. No sabía que estuviera aquí y creía avisar realmente a Gettian.

Uno de los dos hombres corpulentos, que la tenían cogida por las muñecas, le habló bruscamente.

—¡Calle, hermana! —dijo—. ¡No le toca hablar ahora!

Doc Savage, Nan Tester y Monk fueron llevados arriba, al cuarto en el cual Decitez y sus hombres estaban echados.

Sujetaban ya a Ham. Gorham Gage Gettian, vuelto en si, se ponía de pie.

Los alinearon contra una pared para vigilarlos mejor.

Doc Savage miró a Nan Tester fijamente por unos momentos. Los ojos dorados del hombre de bronce parecían más animados que de costumbre.

—¿Qué ha sabido por ellos, miss Tester? —preguntó.

—Muy poca cosa —dijo la muchacha en voz baja y contenida.

—¿Se ha enterado del secreto del Amo del Metal? —preguntó el hombre de bronce.

—No —contestó la muchacha.

Uno de los hombres se acercó con expresión amenazadora.

—Volved a llevar a esta chica a nuestro cuartel general —ordenó

—. ¡Aquí hablaría demasiado o se enteraría de demasiadas cosas! Y no queremos que sepa tanto que nos veamos obligados a suprimirla. La queremos viva para obligar a su hermano a entrar en razón, si es preciso.

Con esto, sacaron a Nan Tester. Cuando iba a gritar, la amordazaron, la hicieron bajar las escaleras y salieron con ella a la calle.

El hombre que había dado la orden respecto a la muchacha regresó y se puso a mecerse sobre sus talones. Era un hombre alto y bien vestido.

No tenía cara de malvado y le faltaba el pulgar de la mano izquierda.

—¡Despierta, tú! —dijo ásperamente y descargó un puntapié tremendo contra las costillas de Napoleón Murphy Decitez.

Este no gimió siquiera. Seguía sumido en un extraño sueño.

—Déjeme que le haga revivir —dijo Doc Savage.

El hombre sin pulgar miró ceñudo a Doc.

—¿Y por qué quiere usted revivirle?

—Puede decirnos cosas interesantes —dijo francamente Doc.

—¡Hemmm! —El hombre reflexionó —. O. K.— dijo finalmente.

Doc se acercó a Decitez y frotó la nuca del hombre, reanimando los nervios adormecidos.

Decitez abrió los ojos y gruñó fuertemente.

—¡Asqueroso traidor! —dijo el hombre sin pulgar—. ¿Qué quiere decir esto de trabajar sin nosotros?

La expresión de Decitez era la de una zorra acorralada por una jauría. No parecía capaz de encontrar una respuesta adecuada.

—¡Debiéramos matarte! —espetó el del pulgar amputado.

Decitez cerró los ojos. Empezó a temblar.

—Pero no lo haremos por ahora —dijo ferozmente el otro—. Ordenes del jefe.

Decitez dejó de temblar y abrió los ojos.

—¿Quién es el jefe?

—Es fácil que te lo diga, ¿no? —se burló el otro—. El jefe te quiere vivo para que nos ayudes a coger al otro traidor, "Tops'1" Hertz.

—No conozco a "Tops'1" Hertz —murmuró Decitez.

—Ya cambiarás de tono —concluyó el otro—. ¡Vamos,

muchachos! Saquémoslos de aquí.

Monk, el feo químico, volvió en sí en aquel momento. Monk tenía muchas cualidades animales. La naturaleza ha dotado a los animales de la facultad de pasar del sueño más profundo a un estado de vigilancia repentino.

De tal modo fue como Monk recobró el conocimiento. Empezó por tumbar a un hombre con un puntapié.

Tres hombres cayeron instantáneamente sobre Doc Savage, aplicando el cañón de sus revólveres contra las partes más vulnerables de su anatomía.

Antes de que pudiese hacer el menor gesto, lo abrasarían. Descargaron golpes en la cabeza de Monk hasta que éste se sentó débilmente. Le ataron las peludas muñecas con una cuerda a la que dieron muchas vueltas.

El hombre sin pulgar se movió nerviosamente, rezongando.

—Esto es prueba de que el jefe tenía razón. ¡No podemos descuidarnos con este niño de bronce y su cuadrilla!— Hizo un ademán y añadió: —Sacadlos de aquí— Miró con ferocidad a Doc Savage: —¿No estás casado? —preguntó.

—No —admitió Doc.— ¿Por qué?

—¡Porque es lástima que no dejes retoños que lleven adelante tu labor de entrometido!

CAPÍTULO XII

EL METAL ASESINO

LO que siguió entonces resultó un estudio interesante de eficiencia y una demostración de lo peligrosa que era la misteriosa organización afiliada con el Amo del Metal.

Gorham Gage Gettian tenía en la parte trasera de su casa un camino particular para los proveedores. Un camión de transporte de leche subió por aquel camino. Iba siendo de día, de manera que no había nada extraordinario en su aparición.

Todos los prisioneros estaban ya en posesión de sus facultades, atados y amordazados.

Gettian, el calvo, gimió: —¿Por qué me enredan en esto? ¡No sé absolutamente nada del asunto!

—Nos gusta su compañía —le contestó uno de los bandidos.

—Y no nos gusta lo que puedes decir a la policía —dijo otro, con mayor lógica.

Los cautivos fueron metidos en el camión.

Tres gangsters armados con pistolas automáticas y lámparas de bolsillo, subieron para guardarlos.

El camión se alejó rápidamente por las calles de Nueva York. Todavía no había tráfico y durante un buen rato nada se movió en el interior del camión.

Luego se oyó el ruido de una caída y un gruñido fuerte. Los hombres que iban en el asiento delantero notaron que algo se movía en el interior del camión.

—¿Ocurre algo? —preguntó uno de ellos.

—¡No! —contestó una voz—. ¡Estábamos fregando las costillas de ese tío que se parece a un mico!

Se oyó un nuevo rumor en el interior del camión. El vehículo

rodaba rápidamente y llegó a una carretera de suelo desigual. Dos sedans lo seguían, llevando el resto de la cuadrilla. Todos los coches se detuvieron y desde fuera abrieron la parte trasera del camión.

—¡Echad a Decitez y a Gettian fuera! —ordenó una voz.

Un momento después, Decitez y Gettian caían del camión. Ambos parecían privados de conocimiento.

—¿Qué vamos a hacer con ellos! —preguntó uno del trío que había viajado en el asiento delantero del camión.

—EL jefe los quiere vivos —se le contestó—. Cree que pueden sernos de alguna utilidad.

—¿Y cómo?

—Decitez puede atraer a "Tops'1" Hertz a una trampa —dijo el otro—. Y creo que el jefe necesita muy especialmente al viejo Gettian.

Metieron a Decitez y a Gettian en uno de los sedans y uno de los bandidos hizo observar que estaban inconscientes.

—Creía que habían vuelto en sí —comentó.

—Es verdad —contestó otro gangster—. Pero deben haberse desmayado, probablemente a causa del susto.

El coche se alejó con Decitez y Gettian.

EL cielo estaba oscurecido por unas nubes. Un leve matiz rosado indicaba la próxima salida del sol. El viento que soplaba era frío.

No se veía en la vecindad otras luces que los faros del camión y del sedan.

Cerca de la carretera se divisó una hilera de bultos que un hombre alumbró con su lámpara. Eran vagones de ferrocarril, de acero, cargados con hierros viejos, fragmentos de automóviles casi todos; aunque aquí y allí se veía el bulto de un viejo motor industrial.

—Es aquí —dijo uno de los hombres—. Sacad a esos tipos del camión.

Uno a uno, hicieron bajar a los prisioneros. Era oscuro y alguien tuvo que apagar los faros, que habrían podido ser vistos.

Un hombre iba contando a los prisioneros a medida que los sacaban.

—Hay otro más —dijo.

—¡Aquí lo tenemos! —gruñó uno del trío que había hecho el viaje en el camión—. ¡Es el niño de bronce! Tenemos la mano

encima. No queremos correr riesgos innecesarios.

—¡Así, así hay que hacerlo! —contestó riendo otro individuo.

Un hombre señaló con una lámpara de bolsillo la zanja que se extendía delante de la hilera de vagones de ferrocarril cargados con hierros viejos, y dijo: —¡Traedlos acá y echadlos ahí dentro!

Los prisioneros fueron llevados y tirados en la zanja. El fondo de ésta estaba duro, helado. Algunos prisioneros gimieron levemente. Todos estaban amordazados.

El hombre que capitaneaba la cuadrilla rezongó: —¡Ya está! El Amo del Metal vendrá a acabar la faena.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando se oyó el ruido de un automóvil que se acercaba por la carretera a toda velocidad, y a juzgar por la manera como botaba sobre los baches, era extraordinario que no se estrellase.

Al detenerse, patinó y por poco cae en la zanja. Era el sedan que se había alejado con Gettian y Decitez.

La portezuela se abrió y un hombre cayó al suelo. Se levantó y corrió hacia el grupo que se encontraba al lado de la vía del tren.

—¡Decitez ha vuelto en sí! —gritó—. Dice que…

El hombre resbaló sobre el hielo y cayó lanzando juramentos. Luego volvió a levantarse.

—¡Decitez dice que Doc Savage lo ha tirado fuera! —chilló el excitado individuo—. Dice que cree que Doc Savage y sus dos hombres…

Acabó probablemente la frase, pero nadie lo oyó. Hubo una explosión entre los hombres agrupados y algunos de ellos cayeron.

—¡Corred! —gritó la voz potente de Doc Savage.

—¡Tal vez podamos darles una paliza! —chilló la voz aniñada de Monk.

—Si quieres, quédate e inténtalo —contestó Ham—. Iremos a tus funerales.

Se oyeron nuevas explosiones y disparos. Alguien encendió una lámpara de bolsillo; pero le fue arrancada de la mano.

Luego, tres hombres huyeron rápidamente en la oscuridad.

La verdad se había impuesto a los bandidos.

—¡Doc Savage y sus dos compañeros! —aulló un hombre—. ¡Han logrado escapar!

No había luz alguna. La única lámpara estaba rota y los hombres

corrían locamente de un lado a otro, en la oscuridad.

Blasfemaban y disparaban al menor sonido, real o imaginario, que hería sus oídos. Se oían fragmentos de frases puntualizadas con juramentos, en medio de la confusión reinante.

—Decitez dice que el hombre de bronce se desató en el camión...

Un hombre masculló una retahíla de blasfemias porque uno de sus compinches por poco le mete una bala en el cuerpo.

Savage desató a sus dos amigos... cogieron a los tres guardias y los ataron... tomaron su puesto...

Un hombre bajó al interior de la zanja y encendió una cerilla. Juró terriblemente al descubrir a los tres guardias, atados y amordazados.

No se necesitaba mayor prueba de que el hombre de bronce y sus compañeros habían cambiado de sitio con los guardias.

—¿Por dónde se han ido? —preguntaron algunos hombres.

Nadie lo sabía a ciencia cierta. Alguien encontró una lámpara en uno de los coches y buscaron en torno suyo, pero sin gran entusiasmo.

—El hombre de bronce y sus amigos han tenido tiempo de alejarse —rezongó uno de los bandidos—. Esto significa que este lugar no tardará en ser demasiado caluroso para nuestra salud.

Celebraron una conferencia, decidiendo alejarse en el acto, pero antes se entregaron a una tarea sanguinaria.

Mataron a los prisioneros —secuaces de Decitez— —que estaban tirados en el fondo de la zanja. Lo hicieron cruelmente, a tiros...

—Esto les enseñará a gastar bromitas al Amo del Metal —dijo uno de los asesinos, a manera de oración fúnebre.

—¡No son más que subalternos! Claro; pero será una buena lección, de todos modos...

Decitez presenció la matanza y se puso blanco como el papel. Creyó que iban a matarlo a él también; pero se abstuvieron de hacerlo.

—Nos has hecho un favor —le dijeron.

Decitez sintió calmarse sus temores y se apresuró a decir: —¡Haré cuanto queráis!

El jefe de la cuadrilla se acercó y lo miró.

—No somos gente desagradecida —dijo—. ¿Qué te parece si abandonas a "Tops'1" Hertz y entras a trabajar con nosotros por

cuenta del Amo del Metal? Te tocará tu parte como a todos…

Napoleón Murphy Decitez tuvo el buen sentido de no aceptar demasiado deprisa. Pareció dudar y vaciló antes de decir:

—Eso significa una parte más pequeña para mí —se quejó.

—No —contestó el otro—. No conoces los planes del Amo del Metal. Oye: ¿no sabes que con la organización y la dirección que tenemos, el mundo puede ser nuestro? ¡No hay barco de guerra ni aeroplano que pueda tocarnos! ¡Podemos hacer la ley!

Era evidente que Decitez estaba sorprendido. Tragó saliva y dijo:
—Es…, ¿es algo así lo que estáis planeando?

—Sí —dijo secamente su interlocutor—. ¡Tú te vienes con nosotros y verás mundo!

—¡Contad conmigo! —murmuró Decitez.

—¡Vamos, pues! —contestó el otro.

Llegaron una hora después a casa de Napoleón Murphy Decitez, en el pueblo de Greenwich. Decitez les había hablado de sus cuatro hombres, a los que dejara al cuidado de Doc Savage cuando el hombre de bronce era su prisionero.

Quería saber lo que les había ocurrido, y los demás, al conocer la historia, se sentían igualmente curiosos.

No lo supieron por una razón muy sencilla.

Los cuatro hombres habían desaparecido sin dejar rastro.

—Doc Savage debe haberlos suprimido —murmuró Decitez, intranquilo.

—¿Sabían lo suficiente para decirle algo interesante al niño de bronce? —preguntó el representante del Amo del Metal.

No —contestó Decitez—. No sabían enteramente nada, aparte de que vamos detrás de algo gordo.

El otro individuo miró fijamente a Decitez.

—Entonces, ¿nadie en Nueva York, aparte de ti, sabía de qué se trata? —inquirió.

—Su cuadrilla lo sabía, ¿no? —replicó Decitez.

—No los cuento a ellos. Había un viejo llamado Seevers que lo sabía porque metió la nariz en lo que no le importaba, pero le hemos ajustado las cuentas. Ahora, nadie, aparte de ti, sabe nada.

—Creo que así es —contestó Decitez, que no se sentía a sus anchas. Luego añadió rápidamente:— Y en realidad, no sé gran cosa.

—¡Mil diablos! —explotó el otro—. Creí que sabías quién es el Amo del Metal.

—No sé —dijo Decitez—. ¿Quién es? ¿Cuál es su nombre?

El otro hombre se echó a reír.

—No lo sé —contestó.

Decitez miró de reojo a su interlocutor, tratando aparentemente de decidir si le mentía o no. No pudo llegar a una conclusión satisfactoria y no insistió.

Sabía que aquél era un caso en el cual no convenía saber demasiado.

—¿Dónde podemos encontrar a "Tops'1" Hertz? —preguntó el jefe.

—¿Qué queréis hacerle? —inquirió Decitez.

—Vamos a hacerle una oferta. Si quiere unirse a nosotros y aceptar su parte del botín, todo irá a pedir de boca. Si rehúsa, tendremos que darle su merecido.

Decitez suspiró hondamente. Pensaba en lo que "Tops'1" Hertz le haría si se enteraba de su traición, pero en vista de las circunstancias, no podía hacer otra cosa.

—Tops'1" se dirige a las Islas Alligater —dijo.

Un disparo no habría causado mayor sorpresa al jefe que aquella sencilla frase. Quiso decir algo y no logró más que tartamudear.

—¿Cuál isla Alligater? —logró espetar finalmente.

—La que se encuentra frente a la costa de Carolina —explicó Decitez.

El otro hombre juró roncamente.

—¿Y cómo os habéis enterado vosotros de esa isla? —dijo ásperamente.

—Pues... "Tops'1" tiene a Louis Tester a bordo de su goleta. Le ha hecho hablar y Tester le ha nombrado la isla.

—¡Tenemos que llegar a la Isla Alligater antes que "Tops'1"! —gritó el otro—. ¡Y hemos de ver al jefe! ¡Esto lo va a poner en un aprieto!

—No te preocupes tú por él: sabe lo que se hace —dijo otro hombre, que tenía más fe que él en su capitán.

Llamaron a la puerta.

Los hombres se miraron unos a otros. El momento no era propicio, evidentemente, para oír una llamada en la puerta. La

llamada se repitió.

—¡Ve tú! —le dijo el jefe a Decitez—. Despacha a quienquiera que sea. Estaremos detrás de ti y no tendremos las manos vacías tampoco.

Decitez fue a la puerta, tambaleándose de miedo, y la abrió.

—Cable para el señor Napoleón Murphy Decitez —dijo un muchacho de rostro agraciado.

Aliviado de sus temores, Decitez volvió a entrar con el mensaje. No era un cable, sino un radiograma, y lo abrió.

—¿De quién es? —le preguntaron.

—De "Tops'1" Hertz —contestó Decitez.

—Léelo.

El radiograma decía:

“Todo repetido al enviar maquinaria antes quince Stop Una idea nombrar agente Coomb un año Stop Regresará Toronto octubre 7 Stop Hay otros tratados en lista buenas ofertas obtendrá nombrando empleado.”

El jefe se rascó la cabeza.

—¿Qué demonios significa esto? —dijo.

—¡Está escrito en código! —explicó Decitez—. Hay que extraer la primera letra de cada palabra.

Así lo hicieron, obteniendo lo que sigue:

“Trae máquina cuarto 7 Hotel Boone.”

—¡Hemm... mm! —murmuró el hombre de confianza del Amo del Metal—. No está mal. ¿Y qué máquina es ésa?

—No lo sé —dijo Decitez—. Debe ser algo que pertenece a Louis Tester y de cuya existencia "Tops'1" se ha enterado.

—Vamos a ver qué es esto —rezongó el otro.

CAPÍTULO XIII

UN BUEN TRUCO

EL Hotel Boone no tenía un aspecto muy grandioso y rara vez era anunciado.

Era un lugar económico y familiar en el cual algunos huéspedes tenían una habitación alquilada todo el año, aunque pasaban fuera de la ciudad la mayor parte del tiempo. Esto ocurría porque sus precios eran verdaderamente muy reducidos.

—¿Quién ocupa el cuarto siete? —preguntó Decitez.

Con una sonrisa amable, el dependiente contestó: —Louis Tester.

—Subimos —declaró Decitez—. Nos está esperando.

—No sabía que el señor Tester hubiese regresado —murmuró el dependiente.

—Acaba de llegar —dijo Decitez. Y dicho esto, subieron.

Se detuvieron frente a la puerta del cuarto siete, que se encontraba en el segundo piso.

—Aquí hay un chico que entiende las cerraduras —dijo el jefe.

El hombre mencionado se acercó y demostró sus conocimientos abriendo la puerta casi en el acto.

EL cuarto estaba amueblado con sencillez y en un armario colgaban algunos trajes bien confeccionados. En la cómoda había camisas y calcetines.

Debajo de la cama se encontraba una caja. Al principio la tomaron por una maleta porque tenía un asa, pero era de una mezcla aislante, negra y cerraba herméticamente. Una etiqueta colgaba del asa y decía:

NO ABRIR (Al abrir, el contenido se echa a perder.)

EL jefe sopesó la extraña caja.

—Pesa —dijo—. Debe ser alguna máquina.

—¿Va a abrirla? —preguntó Decitez.

—No —contestó el otro, después de reflexionar—. Es probable que no sabría decir lo que es. Vamos a llevárnosla con nosotros.

—¿Llevárnosla? —dijo Decitez, humedeciéndose los labios—. ¿Adónde vamos?

—A la Isla Alligater —gruñó el otro—. Con Doc Savage al acecho y nuestro jefe en un aprieto, hace demasiado calor para nosotros aquí.

—¿En qué clase de aprieto está el jefe? —preguntó Decitez con curiosidad.

—No te preocupes de esto —gruñó el otro.

Por pura curiosidad, volvieron a registrar el cuarto. Siendo una habitación que daba al patio, era oscura, y encendieron las luces.

Había una araña en el centro de la estancia y cuatro luces en las paredes.

Una de éstas no se encendió, pero nadie se fijó en este detalle.

No encontraron nada de interés, y Decitez acabó por decir: —Podemos irnos.

El representante del Amo del Metal dio un paso adelante y blandió el puño, hiriendo a Decitez en la barbilla. Decitez tocó el suelo como si se le hubiese descerrajado un tiro.

—¡No vuelvas a hablar en plural! —dijo brutalmente el hombre que le había asestado el golpe.

Decitez tragó saliva, hizo un ruido gutural con la garganta y finalmente pudo hablar:

—¡Pero ahora formo parte de su cuadrilla! —se quejó.

—¡Que te crees tú eso! —se mofó el otro—. ¿Acaso no te das cuenta cuando te toman el pelo?

Decitez respiró fuertemente: —¡Pero usted dijo…!

—Te estábamos engañando —se rió el otro—. Queríamos ver lo que podíamos sacar de ti.

Una palidez espantosa cubrió el rostro de Decitez, que empezó a temblar. Su cuerpo se estremecía como si tuviese calentura.

—¿No… no va a matarme? —gimió.

—No sé —contestó su interlocutor—. Lo veremos luego.

Salieron, llevándose a Decitez y a la misteriosa caja negra, que estaba sellada y que habían decidido no abrir.

Durante un momento, después de su salida, el silencio reinó en

la estancia.

Los hombres habían fumado en el cuarto y el olor a tabaco prevalecía todavía. Una colilla, tirada descuidadamente al suelo, humeaba y el cuarto se llenó del olor a alfombra quemada.

AL cabo de un momento, se apagó y la puerta se abrió de repente.

Doc Savage entró, seguido de Ham.

Doc se encaminó en línea recta a la bombilla que no se había encendido, la destornilló y la envolvió en un trozo de papel.

—No quiero que se rompa —dijo—. Es la única que poseemos por ahora.

Ham sonrió… Tenía un rostro de facciones marcadas que resultaba verdaderamente hermoso cuando sonreía.

—Son más bien difíciles de preparar, ¿no? —dijo.

—Es cierto —admitió Doc Savage—. La superficie de la bombilla, que parece de cristal esmerilado, es, en realidad, una materia flexible que sirve de diafragma para el micrófono oculto en el interior y conectado con los terminales, de manera que cuando se atornilla la bombilla el micrófono queda conectado. Es difícil construir éste de manera que registre claramente lo que se habla.

Ham preguntó entonces: —¿Volvemos a conectar los hilos eléctricos de este soporte que hemos desconectado y llevado al cuarto contiguo para colocar el micrófono?

—No hay tiempo —dijo Doc Savage.

Ham rió bajito.

—Espero que Monk habrá salido con bien de su empresa.

—Así lo creo —dijo Doc.

—Monk es un gran tipo —murmuró Ham.

Monk habría sufrido un ataque si hubiese oído aquel elogio de labios de Ham.

Doc y Ham bajaron la escalera. Doc habló al dependiente, joven de rostro agradable.

—Gracias por decir a esos sujetos que el cuarto pertenecía a Louis Tester —dijo.

—No es ninguna mentira —dijo el joven, sonriendo.

Doc Savage puso un billete de veinte dólares sobre la mesa escritorio.

—¡Es para usted! —dijo—. Esos caballeros se han dejado

engañar. No han sospechado que el cuarto había sido alquilado a nombre de Louis Tester, menos de diez minutos antes, y que he sido yo quien lo ha alquilado.

El dependiente sostuvo el billete de veinte dólares a la altura de sus ojos y con la otra mano le lanzó un beso.

—¡Es la primera vez que creo que se puede ganar fácilmente dinero en este mundo! —murmuró.

Doc Savage y Ham salieron, tomaron un taxi y el hombre de bronce dio al chófer las señas del rascacielos en el cual tenía su cuartel general.

Ham dijo de pronto: —¿Cuándo tendremos noticias de Monk?

—Es difícil decirlo —contestó Doc.

El taxi corría veloz. Era evidente que el chófer conocía la identidad de su famoso pasajero y, muy excitado, quería quedar bien.

Pasó delante de una luz roja y un policía urbano se acercó rápidamente, para alejarse después de lanzar una mirada al interior del coche.

Ham había estado reflexionando respecto a los episodios de la última hora transcurrida y, de pronto, se echó a reír:

—Hemos tenido suerte al entrar en casa de Decitez antes que aquella cuadrilla se presentara —dijo.

—Era de esperar que Decitez iría a ver lo que les había sucedido a los cuatro hombres que dejó custodiándome —contestó Doc Savage.

—Ese micrófono que parece una bombilla, nos ha sido de gran utilidad —prosiguió Ham—. Nos hemos enterado de casi todo lo que han dicho.

—Esperémoslo así —dijo el hombre de bronce, reservadamente.

Ham lo miró con admiración.

—Tu truco de enviar un mensajero con un falso radiograma ha sido muy hábil —dijo—. Ha engañado por completo a esa cuadrilla, haciéndoles ir al hotel y llevarse la caja…

Doc Savage no hizo comentario alguno.

—Me gustaría saber una cosa —prosiguió Ham.

Doc no contestó.

—¿Qué había en la caja? —dijo Ham—. Has ido corriendo al laboratorio en busca de ella y la has llevado al hotel, pero ¿qué

había dentro?

Durante un buen rato, Doc Savage no habló.

—La cosa puede fallar cuando llegue el momento —dijo brevemente—. De modo que, si no sabes lo que es, no dependerás de ella en un aprieto. Es malo depender de las cosas, especialmente cuando fallan.

Subieron en el ascensor particular hasta el piso ochenta y seis del rascacielos. Doc Savage no entró en su oficina inmediatamente.

En vez de ello, se quedó mirando un retrato famoso de una madonna, metido en un marco sencillo, la única obra de arte que adornaba el corredor moderno.

Los ojos de la madonna eran negros. Si hubiesen sido brillantes, debido a una bombillita conectada con el complicado sistema de alarma de Doc, el hombre de bronce habría penetrado con mucha cautela en su aposento, y en tal caso habría, probablemente, usado una de las entradas secretas que le habría dado la oportunidad de sorprender al intruso.

—¡Quisiera que Monk diera noticias suyas! —rezongó Ham, preocupado, una vez que estuvieron en el laboratorio.

Ham estaba verdaderamente inquieto, aunque sabía, bien que el poco gracioso Monk era muy capaz de cuidar de su persona.

No teniendo nada que distrajera sus pensamientos de una posible desgracia que pudiera ocurrírsele a Monk, estaba preocupado y permaneció así por espacio de una hora.

AL cabo de este tiempo, Monk llegó, entrando tranquilamente en el piso.

Ham no lo miró como si sintiese alegría al verlo. En vez de eso, le lanzó una mirada furibunda y se fijó de pronto en algo que Monk llevaba debajo del brazo. Ham dio un respingo y cerró los puños.

—¡Aborto de la naturaleza! —exclamó—. ¡Se te envía a hacer algo y vuelves con ese Habeas Corpus!

Monk estaba de pie en el umbral y saludó a Doc con una ancha sonrisa, mirando a Ham como si éste fuese un ratón muerto, descubierto en el jarro de la leche.

—¡"Insectivorea"! —dijo, siendo, sin duda, esta palabra algo nuevo que había descubierto para expresar su opinión personal de Ham.

Ham se enfurecía rara vez hasta el punto de tartamudear, pero

esta vez lo hizo. No miraba a Monk, sino a lo que éste llevaba debajo del brazo.

Era un puerco, un animal muy notable, que a buen seguro era un ejemplar único. Tenía un par de orejas largas y patas parecidas a las de un perro.

El puerco en cuestión era Habeas Corpus, el favorito de Monk.

Ham espetó, cuando dejó de tartamudear:

—¡Prometiste tener a ese… ese marrano lejos de mi vista!

—¿De qué te has enterado, Monk? —preguntó Doc Savage, interrumpiendo el principio de una nueva discusión entre Ham y Monk.

Monk escupió hacia Ham, dejó a Habeas Corpus en el suelo y extendió las manos en un gesto que señalaba una derrota parcial.

—Seguí a la cuadrilla cuando salieron de aquel hotel —dijo—. Fueron a un campo de Long Island, en donde tienen un aeroplano. No es un campo de aviación reglamentario, sino el campo de un granjero. El aeroplano estaba allí, preparado y a punto de tornar el vuelo. Se fueron y me dejaron allí hablando solo.

—¿A quién se llevaron con ellos? —preguntó Doc Savage.

—A Decitez, Gettian y Nan Tester —dijo Monk—. Y había bastantes hombres del Amo del Metal. Era un aeroplano de gran cabida.

—¿Has visto la caja negra que les pusimos para que se la llevaran del Hotel Boone?

—Sí, se han llevado la caja en el avión.

—¿Iban hacia el Sur? —preguntó Doc.

—Claro —dijo Monk—. Barrunto que se encaminan a esa Isla Alligater, esté donde esté.

—La isla consta en los mapas —le dijo Doc Savage—. No les costará encontrarla.

Ham hizo una mueca.

—¿Creo que nosotros también vamos allá?

—Inmediatamente —admitió Doc Savage.

Un timbre sonó. Era una de las señales, lograda por medio de contactos ocultos en el suelo del piso, que indicaba que alguien se encontraba en el corredor. Monk fue a la puerta, la abrió con cautela y se quedó boquiabierto.

La linda Nan Tester entró.

—Me han soltado —dijo.

Monk exclamó: —¡Los he visto llevársela en el aeroplano!

La muchacha parpadeó, sorprendida.

—No se os escapa gran cosa, ¿no es Verdad? Me dejaron en tierra allá en Jersey...

Monk la gratificó con su más agradable sonrisa. Monk se mostraba sensible ante las jóvenes, sobre todo con las bonitas. Le gustaba estar en su compañía.

A decir verdad, Monk, que tenía un laboratorio químico en su casucha del sector de Wall Street, empleaba una secretaria de la que decía que era la más guapa de la ciudad. Los que la veían estaban de acuerdo con él.

—Creí que se la quedarían prisionera —dijo Monk—. Pero me alegro de que no sea así.

—¿Para qué me necesitan? —preguntó Nan Tester—. No tengo la menor idea de lo que está en juego, o cuando menos, ellos creen que no la tengo.

—Entonces, ¿se ha enterado de algo? —preguntó Doc Savage.

Nan Tester sonrió al hombre de bronce.

Sus ojos brillaban al mirarlo, y Monk, que se dio cuenta, sintió ganas de gemir. Reconocía los síntomas. La hermosa niña se estaba encaprichando por Doc Savage, lo cual significaba que las atenciones de Monk no serían tomadas en consideración.

Y también significaba que Doc pasaría algunos malos ratos. Doc no tenía nunca nada que ver con ningún miembro del sexo débil. Estaba hecho a prueba de mujeres.

Nan Tester dijo: —He oído el nombre del hombre que es el Amo del Metal.

—¿Quién es? —aulló Monk.

—Un sujeto llamado "Punning" Parker —dijo Nan Tester.

CAPÍTULO XIV

"PUNNING" PARKER

"PUNNING" Parker, pequeño bulto de piel y huesos, vivía a sus anchas a bordo de la goleta Inocente. Se había ganado completamente la confianza de "Tops'1" Hertz.

"Punning" era un compañero ideal. No contestaba ni discutía y tenía buenas ideas, y cuando "Tops`1" Hertz las hacía suyas, "Punning" no reclamaba.

—Me parece que tú y yo vamos a ser una pareja de amigos ideal —había dicho "Tops'1" Hertz.

Hacía unas horas de eso y en la actualidad "Punning" Parker estaba paseando lentamente por el castillo de proa, donde la vela de estay proyectaba un poco de sombra.

"Punning" no estaba allí tan sólo por la sombra. Inmediatamente debajo se encontraban las dos alcobas diminutas ocupadas por los prisioneros, el coronel John Renwick y Louis Tester.

"Punning" Parker tenía una expresión astuta. Vigilaba a "Tops'1" Hertz, que estaba maniobrando con la vela de estay.

La mirada de "Punning" indicaba que no tenía mucho respeto por la inteligencia de "Tops'1" y que no juzgaba difícil engañarlo.

"Punning" se sentía intrigado por otra cosa todavía. Un débil ruido parecía llegar de abajo.

Se oía a ratos, encima del ruido de los motores, el cual era considerable puesto que iban a toda marcha, impulsando la goleta a una velocidad que habría sorprendido a cualquier marinero familiarizado con embarcaciones de aquel tipo. La goleta usaba a la sazón su motor y sus velas. Levantándose de repente, "Punning" Parker bajó al interior del barco y buscó la alcoba ocupada por Renny. Sacó el revólver del bolsillo, abrió la puerta y entró,

enfocando a Renny con su lámpara.

El fornido ingeniero estaba inocentemente sentado y apoyado en el mamparo del fondo. Tanto él como Tester habían recobrado la libertad de sus miembros.

—¡Está usted demasiado quietecito ahí! —dijo "Punning"—. ¿No estará haciendo de las suyas?

—¿Eh? —contestó Renny.

—No se mueva —ordenó "Punning", haciendo gestos con el brazo armado con el revólver.

Renny no se movió, pues esto parecía lo más cuerdo. "Punning" Parker examinó rápidamente la puerta.

Descubrió que los tornillos habían sido sacados de los goznes y cuidadosamente vueltos a colocar. Aquel trabajo no estaba concluido todavía.

"Punning" miró ceñudo a Renny.

—Déjeme que le dé unos cuantos consejos —dijo.

—¡Sí! —rezongó desalentado Renny.

—No se preocupe —dijo "Punning" Parker—. Todo irá bien para usted. De todos modos, estamos en el mar. No podríamos hacer nada aunque estuviésemos en libertad.

—¡No podríamos! —exclamó Renny—. ¿No podríamos?

"Punning" Parker sonrió sin alegría.

—Le dejo que rumie estas palabras y vea lo que puede hacer con ellas —dijo.

Renny miraba a su interlocutor sombríamente. La oscuridad que reinaba en el cuartito no le dejaba verle bien.

A decir verdad, nunca había mirado detalladamente a "Punning" Parker, pero ahora, al igual que le sucedió en otra ocasión, le llamó la atención algo extraño en aquel hombre.

—¿Quién demonios es usted? —preguntó Renny.

—Tal vez el Amo del Metal —dijo secamente "Punning" Parker.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Renny.

"Punning" Parker salió, encontró a "Tops'1" Hertz y le habló tranquilamente de los tornillos aflojados. "Tops'1" se entregó a una ruidosa demostración de desagrado, mudó a Renny a otra celda y colocó a un hombre de guardia delante de la puerta.

Fueron al camarote ocupado por Louis Tester —era un verdadero camarote, pero tenía la portañola tapada por maderos—

sin encontrar nada que indicase una tentativa de evasión por parte de Tester.

"Tops'1" Hertz expresó su agrado a "Punning" Parker por el servicio prestado. Decidieron celebrar la ocasión con un vaso de grog.

Parker, útil como de costumbre, mezcló y sirvió las bebidas. Trabajó rápidamente y nadie se fijó particularmente en lo que hacía.

No le fue difícil dejar caer un polvo amarillento en las bebidas que sirvió a los dos telegrafistas del Inocente.

Dos horas después, los dos hombres dormían profundamente. Uno de ellos estaba en su litera, en el interior del barco y el otro, sentado frente a sus instrumentos en el camarote de la radio.

Para asegurarse de que dormía, "Punning" Parker llamó a la puerta y entró, acercándose a los instrumentos. Se conocía que éstos no tenían secretos para él y al cabo de un momento estaba en comunicación con un lugar situado a gran distancia.

La conferencia aérea fue rápida y sin embargo ocupó varios minutos.

—Deseamos todos juntos en la isla Alligater —fue lo que transmitió.

—Sí —dijo la respuesta—. "Tops'1" debe llegar sin sospechar nada; cuidaré de esto.

"Punning" Parker sonreía satisfecho al terminar y volvió a colocar cuidadosamente todos los conmutadores y discos tal como los había encontrado.

Silbaba alegremente al salir nuevamente a cubierta.

Media hora después, el telegrafista de guardia despertó. Los efectos soporíficos del polvo que había ingerido eran de corta duración.

El telegrafista bostezó, se frotó los ojos, no sospechó siquiera que hubo algo insólito en su sueño y se puso el casco. Encontró una estación que llamaba para transmitir una mensaje.

Era un mensaje largo que hablaba de las condiciones del negocio y de los mercados en las Caribes, pero al extraer la primera letra de cada palabra, el resultado daba lo que sigue:

“Costa clara echar ancla ensenada Norte de isla Alligater”.

Después de leerlo, "Tops'1" Hertz se puso de excelente humor.

—Es de Decitez, desde luego —dijo alegremente—. Significa que todo está preparado para que tomemos la isla Alligater.

—Sin duda alguna —dijo amablemente "Punning" Parker.

—Y vamos a ganar millones —prosiguió "Tops'1"—. Llegaremos mañana por la mañana.

—Mañana será el gran día —murmuró "Punning”.

AL cabo de unos momentos, "Punning" Parker se alejó por la cubierta.

Parecía tener ganas de estar solo.

—Lo que diría "Tops'1" si supiese que yo he hecho mandar el radiograma —murmuró para su capote.

Se encaminó a proa y se encaramó al bauprés.

Se sentó allí, meciéndose con el movimiento del barco, en una posición en la cual cualquiera se habría mareado; pero el hombre que usaba el nombre de "Punning" Parker parecía disfrutar en grado sumo.

—Todo me ha ido a pedir de boca desde el principio —murmuró con satisfacción.

Reflexionó y añadió: —Pero quisiera que esa muchacha no le fuera a Doc Savage con el cuento que soy el Amo del Metal. Es una mentira, pero alguien podría creerla.

Se enfrascó en sus pensamientos mientras la goleta corría veloz en dirección a la isla Alligater.

CAPÍTULO XV

LA ISLA TERRIBLE

EL potente avión de Doc Savage se dirigía también a la isla Alligater. La inmensa nave aérea poseía tres motores silenciosos y era de un modelo ultra —moderno.

Era más veloz que ninguna de las más adelantadas y, en caso necesario, podía cargar a bordo bastante esencia para dar la vuelta a medio mundo sin aterrizar. Era capaz de posarse a tierra o sobre el agua, indistintamente.

Monk y Ham estaban en el camarote, entretenidos como siempre en decirse amenidades.

—¡Por una moneda esquimal, te tiraría en la Bahía de Chesapeake o sea lo que fuere lo que está debajo de nosotros! —gritaba Monk.

—¡Por mi honor! —contestó Ham con ecuanimidad—. ¿Se dirige a mí? Porque en tal caso, peludo error de la naturaleza, tendré el gusto de recortarle las uñas de los pies después de hacerlo con sus orejas.

Monk chilló: —No era preciso traer a ese maldito "chimpanezor" o lo que sea...

La explicación de Monk no estaba del todo equivocada puesto que se refería a Química, el último favorito de Ham. Química pertenecía a una extraña especie de mico enano.

Ham había estado privado de su favorito durante unas semanas, debido al reglamento de aduanas de los Estados Unidos que exigía que el animal fuese puesto en cuarentena hasta que se le declarara exento de cualquier enfermedad contagiosa o infecciosa antes de ser introducido en el país.

Ham había buscado todas las influencias que conocía con el fin

de libertar a su favorito. Monk odiaba a Química con el mismo fervor que Ham odiaba a Habeas Corpus, el puerco. La razón era muy sencilla. Química era exactamente igual a Monk, o mejor dicho era como éste habría sido si hubiese pesado unas doscientas libras menos.

Cosa extraña, Química y Habeas Corpus no se avenían más que Monk y Ham. Acababan de luchar y sus amos respectivos los estaban sujetando.

Ham espetó: —¡Has enseñado a tu marrano a molestar a mi mono, problema de los hombres de ciencia—.

Monk chilló al contestar: —¡Molestarlo! Este insecto al que tú llamas mico no deja tranquilo a mi marrano.

—Él le ha mordido.

—¡Hurra! —gritó Monk—. Algún día se lo comerá y algún día también te comeré, so picapleitos.

—¿Por qué esperar?

—¡Me parece que no lo haré!

Monk se arremangó y Ham sacó el bastón —espada de su vaina.

La linda Nan Tester fue rápidamente a proa, al pequeño camarote de los mandos, desde el cual Doc Savage dirigía el vuelo.

—¡Van a pelear! —dijo con voz entrecortada—. ¿No puede detenerlos?

Doc Savage mantuvo la atención fija en el vuelo del avión. Había trazado una línea en el mapa y la seguía a lo largo de la costa del Atlántico.

—Hace años que se ha hecho evidente que lo único capaz de impedir que Monk y Ham se peleen es que uno de los dos se haga matar —dijo el hombre de bronce.

—¡Oh! —exclamó la muchacha—. ¡Es que se han puesto así en otras ocasiones!

—En casi todas las ocasiones —explicó Doc.

En el camarote, Química y Habeas Corpus, libres mientras sus amos se miraban con encono y luchaban de palabra, se echaron de pronto el uno sobre el otro con gran acompañamiento de gruñidos y chillidos del mico.

Este incidente puso fin a la discusión. Los respectivos dueños tuvieron que separar a sus favoritos.

La pelea no había pasado del estado verbal cuando el aeroplano

se dejó caer a escasa altitud al acercarse a la isla Alligater.

Doc Savage ofreció unas palabras de sumario geográfico.

—No todo el mundo se da cuenta que la costa del Atlántico de los Estados Unidos al Sur de Nueva York es terreno bajo y pantanoso —explicó el hombre de bronce—. La sigue un cordón de islas bajas, algunas de las cuales no son más que lagunas arenosas, pero otras están cubiertas de vegetación. La isla Alligater es una de ellas.

—¿Crees que está habitada? —murmuró Monk.

—Según los mapas me parece que no —contestó Doc—. Y no hay islas habitadas en los alrededores.

—Pero ¿por qué no están habitadas? —preguntó Nan Tester.

—Porque el terreno es demasiado arenoso para la agricultura —explicó Doc—. En el continente, próximas a ellas, no hay ciudades a causa de los pantanos. La pesca escasea y, en resumidas cuentas, no hay nada que pueda atraer habitantes.

Monk buscó en un bolsillo de la pared del avión y sacó un par de fuertes anteojos.

—¿Es acaso una isla de forma alargada con una bahía en el extremo Norte? —preguntó.

—Sí —admitió Doc Savage.

—Entonces la veo —dijo Monk.

La isla era una mancha verde alargada contra el fondo turbio del océano.

Se echaba de ver que éste tenía poca profundidad en torno a la isla Alligater, excepto en la punta Norte, donde una zona de color más oscuro denotaba agua profunda. La pequeña bahía en sí, parecía profunda.

—El único punto elevado se encuentra en el centro de la isla —dijo Doc Savage, señalándolo.

El hombre de bronce hizo bajar el avión. La noche caía, pues habían invertido algún tiempo en llegar de Nueva York y, cosa asombrosa, Doc Savage no había manifestado prisa alguna en llegar.

Nuevos detalles de la configuración de la isla Alligater llamaron su atención. Había bastante vegetación, al estado salvaje, y dunas de arena que parecían muy grandes. Doc mantuvo el aeroplano a una altura de un centenar de pies.

—¿No tiene usted miedo que disparen contra nosotros? —

preguntó Nan Tester, algo intranquila.

—El cuerpo del aeroplano es de metal y a prueba de balas —le dijo el hombre de bronce para tranquilizarla.

—Pero podrían agujerear los pontones para que no pudiésemos amarar —dijo la muchacha.

—Los pontones están formados de células llenas de una substancia parecida a la esponja, pero más ligera —replicó Doc—. Pueden ser acribillados a balazos sin perder su estabilidad.

Luego el hombre de bronce levantó el brazo.

—Mire —dijo brevemente.

Un hombre estaba arrastrándose por las dunas arenosas, cerca de la pequeña ensenada del Norte de la isla.

En vez de volver atrás inmediatamente para ver quién era el hombre en cuestión, Doc Savage remontó el aeroplano, tomando altitud. Luego dio media vuelta.

Lanzó una mirada escudriñadora sobre la isla. En ninguna parte se veían síntomas de vida o de habitación. La isla parecía totalmente árida y desierta.

—Poneos los paracaídas —mandó Doc Savage.

Algo en la voz del hombre de bronce les hizo obedecer rápidamente. Doc llevaba ya el suyo.

Ham miró con atención los paracaídas.

—¡No son los que acostumbramos usar! —observó.

—Lo son, aparte unas leves alteraciones —contestó Doc Savage —. Unas anillas de fibra y cuero han reemplazado las anillas de metal, eso es todo.

Ham pareció a punto de hacer algunas preguntas pero permaneció silencioso y se puso a observar la figura del hombre que se deslizaba entre las dunas.

Se hacía más visible pues Doc Savage iba acercando el aeroplano a tierra.

Monk, que miraba con los anteojos, dijo de pronto: —Creo haber visto a ese sujeto antes de ahora.

—Es Gorham Gage Gettian —declaró Doc Savage.

Monk se quedó boquiabierto. Estaba bastante sorprendido, aunque en otras ocasiones se había dado cuenta de las asombrosas facultades de Doc Savage.

Doc había sido entrenado desde la infancia y todos los días

dedicaba dos horas a unos ejercicios físicos y mentales intensivos, calculados: para mantenerse al mismo nivel y aún adquirir mayor desarrollo.

—Gettian parece herido —dijo Monk, después de lanzarle una ojeada con los anteojos.

Gettian le había visto. Se dejó caer, de espaldas y sus brazos describieron débiles gestos. Creyeron comprender que les imploraba aterrizaran en la ensenada que no estaba lejos de ahí..

—No creo que esté muy mal herido —declaró Monk, enmendando su primera opinión—. Pero parece tener miedo de ponerse de pie entre esas dunas. Debe de estar ocultándose.

—Los hombres del Amo del Metal no deben estar aquí —declaró Ham, secamente—. No hay sitio alguno donde puedan ocultar su aeroplano.

—El aeroplano puede haberles dejado a tierra, alejándose después —resopló Monk—. ¡Usa tu cabeza, parásito legal!

Ham iba a contestar algo mordaz pero no tuvo tiempo.

¡Paf! El ruido llegó del fondo del camarote. Su equipo, siempre abundante, estaba amontonado allí. Miraron en su dirección.

—¡Hey! —gritó Monk—. ¡Algo está pasando!

Era cierto. El fondo del camarote era una masa de humo negro.

Lo que siguió fue tan rápido que más tarde tuvieron que hacer un esfuerzo para recordarlo. La nube de humo negro se extendió, los alcanzó y los envolvió en su paño mortuorio. Monk se dio cuenta de lo que era.

—¡Una de las bombas de humo de Doc! —gritó—. ¡Debe haber explotado accidentalmente!

Si se le ocurrió que nunca antes se había producido este fenómeno que resultaba técnicamente imposible, no lo dijo.

El aeroplano empezó a moverse de un modo extraño. Los tres motores se pararon a la vez.

—¡Saltad! —exclamó la voz poderosa de Doc—. ¡Usad los paracaídas! ¡Pronto!

Cuando el hombre de bronce hablaba de este modo, Monk y Ham sabían que lo mejor era obedecer instantáneamente.

Buscaron frenéticamente sus respectivos favoritos. Monk agarró una pierna peluda y creyó que era lo que buscaba.

Era imposible ver nada en el camarote del aeroplano, a causa del

humo de la bomba. Monk encontró la puerta, se lanzaron al espacio y dio un tirón a la cuerda de su paracaídas.

Estaba fuera del humo que salía de la puerta del camarote cuando el paracaídas se abrió. Monk miró hacia abajo.

A pesar de la rapidez con que obró, Doc Savage y Nan Tester se le habían adelantado. Era probable que el hombre de bronce se había llevado a la muchacha consigo al saltar, para ganar tiempo.

Estaba debajo, a punto de tocar el agua.

Luego Monk se dio cuenta de algo que le hizo lanzar un aullido que debieron oír a kilómetros de distancia. No tenía a su puerco, Habeas Corpus.

En su excitación, había agarrado al simio favorito de Ham, Química.

Monk miró hacia arriba frenéticamente. El aeroplano era un meteoro de humo negro y se deformaba extrañamente.

Luego, Monk lanzó un fuerte suspiro de alivio porque Ham se había tirado del aeroplano y tenía cogido al puerco, Habeas Corpus, por una de sus enormes orejas.

Monk continuó mirando al avión. Una extraña cosa le sucedía. Se comportaba como un juguete de niño hecho de hielo, que ha sido echado repentinamente en un horno caliente.

¡El aeroplano se derretía!

No cabía la menor duda. El metal se licuaba y caía, primeramente en hojas que luego se desparramaban en gotas. AL cabo de pocos momentos, la nave entera no era más que una lluvia de metal.

Monk recordó entonces las anillas de los paracaídas. Doc había reemplazado las anillas de metal por otras. El hombre de bronce debió adivinar que encontrarían un peligro fantástico como aquél.

No era la primera vez que Monk, descubría inesperadamente que Doc Savage sabía mucho más, acerca de lo que ocurría, de lo que era plausible esperar. Pero los métodos del hombre de bronce eran intrincados y a veces asombrosos.

Monk tocó el agua con violencia.

CAPÍTULO XVI

CONFUSIÓN

EL agua no tenía más que unos pies de profundidad en el lugar adonde Monk fue a parar. Se deslizó fuera de las correas del paracaídas, lanzó a Química hacia la playa y empezó a nadar.

Doc Savage y Nan Tester estaban ya a corta distancia de la orilla. Habían caído más lejos, allí donde el agua era profunda.

—¿Estáis bien? —gritó Monk.

—Sí —contestó Doc—. Cuidado al llegar a la playa.

En efecto, iba a ser necesario andar con cuidado, pues casi enseguida el agua saltó delante de la nariz de Monk, acompañada por el ruido de una bala.

Monk se dio cuenta de lo que ocurría, se llenó los pulmones de aire y se hundió.

El ser capaz de nadar debajo del agua es algo que puede ser de gran valor para los individuos cuyas vidas corren constantemente los peligros que corrían las de Doc Savage y sus ayudantes.

Monk se había entrenado hasta dominar aquel difícil arte. No salió a la superficie hasta que el agua se hizo demasiado poco profunda para ocultarlo.

Echó entonces a correr y se ocultó tras la primera duna de arena que encontró.

Un momento después, Nan Tester se dejó caer a su lado y permanecieron así unos minutos.

—¿Dónde está Doc? —preguntó Monk ansiosamente.

—No lo sé— —contestó Nan Tester—. Me ha empujado en el agua y luego me ha dicho que nadara. Parecía creer que concentrarían el fuego sobre él. Es la última vez que le he visto.

—¡Rayos! —exclamó Monk—. ¡Esto no me gusta!

El químico se movió un poco e irguió la cabeza sobre la arena. Veía la superficie de la ensenada, cubierta de olas levemente rizadas y removidas por la caída del aeroplano fundido y su propio paso a nado.

—¡No se ve ninguna señal de Doc! —gimió Monk.

Una bala hirió la arena con un ruido sordo. Unas partículas de arena llenaron los ojos de Monk que se echó atrás, frotándose la cara.

El silencio reinó, cortado a ratos por los gruñidos y gemidos de Monk.

De pronto les llamó la atención el hecho de que un fuerte viento se había levantado. No era una tormenta, pero bastaba para levantar la arena fina y llevarla como si fuese nieve.

Las huellas que habían dejado corriendo entre las dunas iban borrándose rápidamente.

Nan Tester, exponiéndose sin miedo, escudriñó la superficie de la ensenada.

Una expresión ansiosa estaba pintada en su lindo rostro.

—Esto es terrible —dijo con voz acongojada—. No veo... ¡Oh! Mire...

Monk no estaba para mirar. La arena que le llenaba los ojos le pinchaba como cien agujas.

—¿Qué está viendo? —gruñó.

—¡Creo... que es... sangre... sobre el agua! —exclamó Nan Tester.

Esto animó a Monk a hacer un esfuerzo supremo. Abrió los ojos y miró, escudriñando la superficie entera de la ensenada. Finalmente, vió el sitio en el cual el agua aparecía vagamente roja.

Inmediatamente, Monk salió del refugio que le proporcionaba la duna y se lanzó adelante. Se oyeron varios disparos. El tirador oculto parecía disparar desde el otro lado de la ensenada y, milagrosamente, no alcanzó a Monk.

El químico llegó al agua, caminó en ella unas yardas y, llegado al sitio en el cual era bastante profunda para que pudiera nadar debajo de la misma, alcanzó el sitio donde el agua aparecía roja. Era realmente de este color.

Monk se zambulló. El agua era muy profunda, tenía tres brazas, lo cual resultaba mucho por aquel sector de la costa infestado de

tiburones.

No encontró nada. Subió para respirar y volvió a hundirse, repitiendo su búsqueda.

No renunció a la empresa más que cuando se sintió agotado y la razón se impuso. Había una corriente fuerte debajo de la superficie pues se iniciaba la marea baja.

No tenía una probabilidad entre mil de descubrir el cuerpo del hombre de bronce y era en cambio mucho más fácil que le metieran un balazo en el suyo.

Llegó sano y salvo a la orilla, más favorecido por la suerte que a causa de su buen juicio. Monk era, ya se sabe, muy descuidado cuando las cosas se ponían feas. Se reunió con Nan Tester.

—¡Han matado a Doc! —dijo, ahogándose.

El químico se dejó caer sobre la arena sin moverse. No tenía ganas de hacer nada más y le parecía que todo se había acabado.

—¡Ha sido una cosa increíble la que ha ocurrido a ese aeroplano! —dijo finalmente Nan Tester, para apartar los pensamientos de Monk de Doc Savage—. ¿Qué ha sucedido exactamente?

Monk meneó la cabeza, sin moverse. El viento les cubría las piernas y el cuerpo de arena, tapándoles casi por entero.

—Ha sido algo que ese demonio de Amo del Metal es capaz de hacer —dijo—. Había algo oculto a bordo del aeroplano que hizo derretir el metal, o dispararon contra él o también podemos haber topado con algo...

—¿De donde provenía el humo? —preguntó la muchacha.

—De una bomba de humo de Doc —contestó Monk—. La tapa de la bomba debió ser lo primero que se fundió. El humo se forma tan pronto como el contenido de la bomba queda expuesto al aire.

La muchacha pareció reflexionar y meneó la cabeza.

—No he oído nada chocar contra el aeroplano —dijo.

Monk agarró su cinturón y se lo enseñó para que lo inspeccionara. La hebilla había desaparecido.

—Se ha fundido —dijo Monk—. Y no es a consecuencia del calor. Igual le ha ocurrido a la cota de malla que llevaba. Se ha fundido. Parte de ella me ha caído por los perniles de los pantalones y el resto ha quedado enganchado en mi cintura. Ahora ya es duro y es probable que no lo podré sacar sin trabajar bastante con un

cuchillo de punta de diamante. No creo que un soplete podría quitarlo sin quemarme vivo.

Señaló también algunas otras cosas extraordinarias que le habían ocurrido.

Los ojalitos habían desaparecido de sus zapatos. Un cortaplumas, una brújula y algunas monedas que llevaba en los bolsillos no eran más que una masa informe.

—¡Pero es imposible! —exclamó Nan Tester—. No se puede fundir metal con algo que no haga daño al cuerpo humano. Usted es químico. Debería saber esas cosas...

Monk pareció reflexionar.

—No estoy seguro —dijo—. Este cambio es lo que se podría llamar físico en vez de químico. En otras palabras, las propiedades del metal asumen su naturaleza original después de encontrarse al estado líquido. La materia está compuesta de moléculas que, a su vez, se forman de átomos. Estos se mantienen juntos por una atracción, llámela afinidad o lo que quiera, que los hombres de ciencia no acaban de comprender. Ahora bien, si ese Amo del Metal ha encontrado el modo de...

Monk calló de repente. Algo se le había ocurrido y una nueva inquietud se pintó en su cara.

—¡Ham! —dijo—. ¿Qué habrá sido de él? ¿Y mi puerco, Habeas?

Ham había tocado tierra a alguna distancia, en la playa, debido al fuerte viento. No había llegado a un sitio descubierto como ellos, sino entre dunas.

Monk esperaba naturalmente que tardase un poco en reunírseles.

—¡Hemos de encontrarlo! —declaró Monk.

Inmediatamente, empezó a deslizarse entre las dunas, hacia el lugar en donde Ham había llegado a la isla. No había cubierto mucho terreno cuando oyó un leve ruido delante de él.

Habeas Corpus, el marrano, surgió, con las grandes orejas al aire, muy satisfecho, a todas luces, del encuentro.

Habeas dio a Química, el simio, un amable mordisco a manera de saludo.

Química había estado todo este tiempo acurrucado en la playa, detrás de Monk y de la muchacha.

—Ham no tardará en llegar —gruñó Monk.

Pero varios minutos transcurrieron sin que se presentara. Monk continuó deslizándose por el suelo, seguido de cerca por la muchacha.

En breve encontraron algo que les dejó atónitos y trastornados. Sobre la arena había una mancha rojiza en el sitio donde un líquido espeso y ya coagulado formaba una masa con los granos de arena.

Cerca de allí se encontraba el paracaídas de Ham.

—Ham debe haberse descalabrado al tocar tierra, —dijo Monk —. Se habrá alejado y el viento ha cubierto sus huellas.

Pero por el tono de su voz se comprendía —que no estaba muy convencido de lo que decía.

Monk estuvo un momento silencioso contemplando a Habeas Corpus. Hacía ya mucho tiempo que descubriera que podía enterarse de muchas cosas vigilando al extraño animal.

Monk notó que Habeas parecía inquieto y ansioso de alejarse de allí.

—¡A ellos! —le dijo Monk—. ¡Busca a nuestro amigo Ham!

Monk le dijo esto a manera de experimento, pero obtuvo un resultado inesperado. Habeas lanzó algunos gruñidos y echó a andar por la arena seguido de Monk y Nan Tester. Química formaba la retaguardia.

Hacía un momento que no se oían tiros. Era probable que el tirador del otro lado de la ensenada no podía verles. La arena, fina como harina, les llenaba los ojos y los pulmones. El viento la llevaba por todas partes como nieve.

—¡Mire! —dijo Nan Tester—. Creo haber visto algo allí, parcialmente cubierto de arena.

Monk miró. No podía ver nada. Sus ojos, irritados, lloraban todavía a consecuencia de la arena que la bala le había metido dentro.

—Vamos a ver eso —murmuró.

EL lugar parecía encontrarse detrás de una loma arenosa. La franquearon, llegándoles a veces la arena hasta la cintura. Unos matorrales crecían en la cima. Los rebasaron con cautela… y la desgracia llegó, veloz. Un golpe repentino y violento alcanzó a Monk en la espalda. Perdió el equilibrio y cayó rodando por la falda de la duna. Una avalancha de arena se produjo, le alcanzó y le recubrió.

En la confusión del momento, Monk se dio cuenta de varias cosas, y ninguna de ellas era agradable.

La muchacha le había empujado… sin avisarle. Pero ¿por qué?

De pronto alguien le saltó encima. Cegado, medio enterrado en la arena, no podía ver a su asaltante.

Un presentimiento funesto dejó a Monk frío. ¡La muchacha le había engañado! Debía formar parte de la cuadrilla del Amo del Metal.

Le había empujado en manos de unos enemigos al acecho. Monk, ciego como estaba, no se encontraba en condiciones de luchar con ellos.

CAPÍTULO XVII

LENGUA SUAVE

MONK, el químico, no era el único en estar completamente cubierto de arena a la sazón.

Doc Savage estaba también cubierto de arena y habría sido posible caminar sobre su cuerpo sin darse cuenta de su presencia.

Únicamente un observador muy listo habría dado importancia a un objeto que parecía un tallo de planta grisáceo y que sobresalía de la arena.

Aquel tallo era el tubo de un telescopio y el hombre de bronce respiraba por él.

Merced a esta estratagema, Doc había logrado nadar debajo del agua hasta un lugar de la ensenada que se extendía entre las dunas y había salido del agua sin ser visto.

—¡Te digo que el hombre de bronce no se ha ahogado! —gruñó una voz—. Lo que hemos descubierto son sus huellas. Está por aquí, en algún rincón.

Este era el motivo que había impulsado a Doc Savage a esconderse. Lo logró practicando un hueco en la base de una duna y originando un alud que le había recubierto totalmente.

En la actualidad, el viento habría llenado sus huellas o así lo esperaba.

—Oye, he visto sangre en el agua, allí donde el hombre de bronce se ha hundido después que hemos disparado sobre él —dijo otra voz.

—No creas nunca nada de lo que veas cuando se trate de Doc Savage —resopló el otro individuo.

El consejo no era malo. Doc tenía a menudo la oportunidad de usar una imitación de sangre que llevaba en una redoma oculta en

su chaleco. En la ocasión presente, no había metal en el chaleco ni en ninguno de los dispositivos que contenía, de forma que su valioso equipo escapó a la misteriosa influencia que derribó el aeroplano. Esto era una nueva prueba de que Doc sabía contra qué iba a luchar y estaba bien preparado.

El grupo de hombres que realizaba la batida se acercó. Doc Savage oyó sus pisadas —el algodón de sus oídos le protegía contra la arena pero no borraba los sonidos— que se alejaron gradualmente.

Doc esperó un momento, salió luego de la arena y examinó las huellas de la cuadrilla. Tal como lo había esperado estaban distanciadas unas de otras y si no se hubiese ocultado, le habrían descubierto inevitablemente.

Volviendo algo atrás, Doc se inclinó a la izquierda, encaminándose al sitio donde había visto a Gorham Gage Gettian.

Este sitio se encontraba hacia el centro de la ensenada, a alguna distancia del lugar en el cual el aeroplano había sufrido su terrible accidente.

Desde el aire, el hombre de bronce había estudiado la configuración de las dunas. Buscó y encontró la que había estado más cerca de Gettian.

Encaminándose a la misma, escudriñó cuidadosamente y encontró casi enseguida a Gettian.

—¡No saldremos nunca vivos de esta terrible isla! —gimió Gorham.

Este estaba acurrucado bajo un matorral donde estaba oculto a la vista y al propio tiempo protegido contra el temporal de arena.

—¿Está usted herido? —preguntó Doc Savage.

—Tan sólo agotado —explicó Gettian—. He corrido como un loco queriendo escapar.

El hombre de bronce asintió con la cabeza y pareció buscar las huellas de sus enemigos.

—Esta isla es un lugar increíble —prosiguió Gettian—. Posee un poder fantástico. ¡Ha visto usted lo que le ha ocurrido a su aeroplano!

—¿Usted cree que la isla hizo eso? —preguntó rápidamente Doc.

—Sí, a juzgar por lo que esos hombres hablaban entre sí —gruñó Gettian, el calvo—. Hay algo en la isla que licua todo lo que es

metal. Así he podido escaparme. Me habían puesto esposas… el metal se volvió líquido y me corrió por las muñecas.

Doc Savage dejó oír un leve trino. El sonido era contenido, furtivo y muy particular. La sorpresa se pintó en la cara de Gettian hasta que se dio cuenta que Doc era el manantial de aquella extraña música.

—¿No cree usted que es la isla? —preguntó.

El hombre de bronce pareció no oírle y le preguntó a su vez: —¿De qué se ha enterado usted?

Gettian hizo un débil ademán: —¡Únicamente de que van a usar… esa cosa increíble que licua los metales… para conquistar lo que desean por el mundo!

Gettian se estremeció.

—Han hablado de un primer paso, algo suficientemente horrible para demostrar al mundo que van en serio… la destrucción de un gran edificio destinado a oficinas.

—¿Qué es eso? —exclamó Doc.

—¡Van a destruir… un gran edificio de despachos… sacrificar centenares de vidas… como principio de una campaña de terrorismo! —dijo Gettian.

—¿Qué edificio? ¿Cuándo?

Gettian meneó la cabeza e hizo ademán de peinarse los cabellos con los dedos, aunque no le quedaban apenas y parecía no haber tenido desde hacía años.

—No sé —contestó—. No he hecho más que oír algunas frases que han cambiado entre ellos.

—¿Qué más ha sido?

—Yo… yo… —Gettian tragó saliva—. Creo saber quién es su jefe. ¡Es… es… increíble! No puedo creerlo. Pero hablaban sin saber que les oía… y han mencionado ese nombre como el del jefe.

Gettian hablaba con dificultad como si le costara difundir la noticia. Doc Savage esperó que continuara.

—El nombre de la persona —gimió finalmente Gettian— …es Nan Tester.

Doc Savage miró fijamente a su interlocutor. Los ojos del hombre de bronce brillaban extraordinariamente. Volvió a dejar oír su trino pero tal vez no se trataba de eso y sólo era el ruido del viento entre las dunas.

—¡Es increíble! —repitió Gettian—. No creo eso… que esta hermosa muchacha esté metida en semejante empresa.

Doc Savage no contestó e hizo un gesto.

—Vamos hacia la playa —dijo.

—¿Y sus dos hombres? ¿Y la muchacha? Si está con ellos, sus vidas están en grave peligro. ¡Esa cuadrilla no tiene escrúpulos! ¡Matan a cualquiera sin vacilar un segundo!

—Tendrán que arreglárselas solos por ahora —dijo Doc Savage —. Venga conmigo.

Se alejaron entre las dunas. El andar por la arena resultaba difícil y tropezaban a menudo. En una ocasión, Doc Savage pareció perder completamente el equilibrio y cayó por una pendiente pronunciada de arena, arrastrando a Gettian en su caída.

Se levantaron y siguieron andando. Se oía el ruido de la resaca.

Gettian se detuvo de pronto y se tocó frenéticamente todo el cuerpo.

—No está —dijo con nerviosismo—. ¡Una pistola que he logrado esconder a esa cuadrilla! Una pistola que milagrosamente no se volvió líquida. ¡He debido perderla!

—Espere aquí —le dijo Doc Savage.

El hombre de bronce se alejó. Unos minutos transcurrieron y regresó, arrastrándose sobre la arena. Entregó a Gettian una pistola automática de aspecto imponente.

—Estaba en el sitio donde hemos caído en aquella duna —dijo Doc.

Gettian tomó el arma y la examinó para asegurarse que no estaba atascada por la arena. Comprobó las balas. Todos los cartuchos estaban en su sitio, tapados de plomo. Gettian sopló cuidadosamente para limpiar el mecanismo de arena.

Doc Savage se detuvo en la cresta de la última duna, escudriñando el mar.

—Los barcos no acostumbran a pasar cerca de esta playa ¿no? —murmuró Gettian con curiosidad.

Doc Savage no pareció oírlo. Aunque el lugar no era agradable para detenerse en aquella posición, no se movió y mantuvo la mirada fija en el mar.

—¿Dónde está Decitez? —preguntó de pronto.

—Está prisionero de los hombres del Amo del Metal —contestó

Gettian.

—¿Y dónde están ellos?

—Atrás, entre las dunas. AL menos, ahí estaban cuando me escapé. Tal vez no estén ya. Han venido a esta isla en busca de algo… ignoro lo que es, pero es algo que necesitan para llevar a cabo sus planes infernales.

Doc Savage pareció a punto de añadir algo; pero siguió vigilando el mar con la mayor atención y se incorporó un poco.

—¿Qué pasa? —preguntó Gettian, cansándose los ojos sin descubrir nada.

—La goleta —dijo Doc Savage—. El Inocente.

—¡Oh! —exclamó Gettian—. ¿Cómo se ha enterado de su existencia?

—Por un manantial de información, que soy el único en conocer —contestó tranquilamente el hombre de bronce.

Gettian se humedeció los labios. El sol poniente proyectaba una extraña luz sobre las dunas y su resplandor daba a la cabeza calva de Gettian un aspecto de fiereza.

—¿Qué sabe usted en definitiva? —espetó Gettian.

—Casi todo —dijo Doc Savage—. Quien es el Amo del Metal…

Gettian gruñó algo, se sacó la pistola automática de la chaqueta y apuntó a Doc Savage con ella.

Volvió a emitir un sonido ronco y apretó el gatillo.

CAPÍTULO XVIII

EL HOMBRE DE BRONCE OBRA

LOS niños usan a menudo cabezas de fósforos en sus pistolas de juguete a falta de pistones. Las cabezas de fósforos no resultan municiones muy satisfactorias porque hacen poco ruido.

La automática de Gettian hizo aproximadamente el mismo ruido que una pistola de juguete con una cabeza de cerilla.

La debilidad de la explosión horrorizó y sorprendió a Gettian. Volvió a apretar el gatillo, pero nada ocurrió. Ni se oyó el "clic" del gatillo, puesto que el primer cartucho no había sido expulsado del arma.

Gettian lanzó un grito ahogado, grito de terror e intentó escapar, pero un par de manos bronceadas que cayeron sobre su persona le tuvieron bien pronto indefenso y le tumbaron sobre la arena blanda.

Intentó gritar con toda su fuerza pero los gritos no salieron de su pecho, pues las manos temibles y metálicas le apretaban la garganta.

Doc Savage cacheó al hombre, que no llevaba más armas.

—La pólvora ha sido sacada de sus cartuchos después de nuestra caída en las dunas, que me ha dado la oportunidad de quitarle la pistola del bolsillo —le dijo Doc Savage.

Gettian estaba pálido y tenía el aspecto de un condenado a muerte. Hizo un ademán indicando su deseo de hablar y Doc aflojó la presión ejercida en su garganta.

—¿Cuándo ha comprendido usted que no era... en fin... lo que quería aparentar? —preguntó.

—Antes de verle —dijo el hombre de bronce—. Su historia... su afirmación de que no sabía nada del Amo del Metal, era falsa. La caja de hojalata que, según dijo Louis Tester, había dejado en su

caja de caudales y explicaba el porqué se veía complicado en el asunto, era una invención suya. Esa caja no ha existido nunca.

Gettian tragó saliva, pero no intentó negar.

—No le mentía respecto a Nan Tester —dijo con acento desesperado.

—No puede decirme nada que no sepa ya.

—¿Cómo se ha enterado de todo? —preguntó Gettian, en quien el temor quedaba reemplazado lentamente por el disgusto.

—Por mediación de un ardid más bien ordinario y ayudado por la suerte —contestó Doc Savage.

—¡No le entiendo!

El hombre de bronce no ofreció explicaciones y guardó silencio.

Gettian, enfurecido y repuesto de sus temores, intentó gritar con la esperanza de atraer a sus compinches, pues era ya evidente que estaba en relaciones con la cuadrilla del Amo del Metal.

Doc Savage se dio cuenta de la intención del calvo y previno su tentativa.

Agarró el cuello de Gettian y sus fuertes dedos ejercieron aquella presión hábil que provocaba una extraña semi insensibilidad en sus víctimas.

Cargándose al enemigo indefenso en el hombro, Doc Savage echó a andar por las dunas. Se encaminaba al Sur, más abajo de la ensenada y a continuación cruzó al otro lado y volvió a dirigirse al Norte.

Estaba buscando a Monk, Ham y Nan Tester.

Se hizo de noche y la temperatura bajó notablemente. EL viento se calmó un momento y luego una brisa se levantó en la dirección opuesta. La resaca, que se había oído fuertemente, perdió parte de su potencia al ser rechazadas las olas por la brisa.

La luna salió y alumbró la escena con una luz blanca que parecía la de una linterna de gasolina.

Doc Savage no intentó seguir la pista de sus hombres. Sus huellas estarían cubiertas desde hacía mucho tiempo. En cambio, de vez en cuando, emitía un leve gruñido parecido al de un animal.

Al cabo de unos momentos, el extraño ruido dio sus resultados. Se oyó un sonido a corta distancia. El hombre de bronce se detuvo y esperó. Un ser de torpe andar y aspecto casi humano apareció…

Era Química, el mono favorito de Ham que contestaba a los

gruñidos simiescos de Doc Savage. El diminuto antropoide reconoció al hombre de bronce y empezó a saltar alegremente.

—¡Busca a Ham! —mandó Doc suavemente, y Química se puso en camino.

Doc le seguía en silencio, cargado con su víctima. No había recorrido más de un centenar de yardas cuando oyó un ruido de voces.

Monk estaba gruñendo:

—¡Este insecto Química es un agravio, eso es lo que digo!

—¡No sabes lo qué es un agravio, eslabón perdido! —contestó mordazmente Ham.

—¡Es un daño legal! —contestó Monk—. Y si ese Química no es un daño legal, me gustaría saber…

Monk no concluyó la frase, lanzó un grito y se ocultó tras un matorral al surgir Doc Savage tan inesperadamente como un aparecido.

—¡Demonios! —gritó Monk con alegría—. ¡Te creíamos muerto!

—¿Y has salvado a Gettian? —añadió Ham. Ham se lanzó adelante, pero al ver el estado en que se encontraba Gettian y al darse cuenta de que se trataba de la parálisis que era la especialidad de Doc, el elegante abogado demostró asombro.

—¿De manera que este sujeto es uno de los bandidos? —preguntó.

Doc Savage no le contestó directamente.

—Guarda a este hombre —ordenó—. Es posible que vuelva en sí dentro de poco y en tal caso vigílale para que no se escape.

—¡Cuándo vuelva en sí le propinaré otra clase de parálisis! —dijo Monk riendo y soplando sobre su puño velludo.

Nan Tester, que había quedado oculta a un lado, se acercó.

—¿No le han herido al disparar en la bahía? —preguntó ansiosamente.

Doc Savage le habló del periscopio que le había permitido ocultarse eficazmente. Hablaba tranquilamente sin que su voz traicionara recelo alguno.

Dirigió a Monk y a Ham unas palabras a guisa de consejo:

—Es preferible que no habléis —dijo—. Podría ayudarles a descubriros.

—Química y Habeas Corpus estarán de guardia —explicó Monk

—. Son mejores vigías que una pareja de perros de guardia.

Doc Savage asintió:

—¿Habéis sufrido algún percance?

—Me he arañado un poco cuando el paracaídas me ha dejado caer sobre unas zarzas —admitió Ham—. Pero no es nada grave.

—Ni la mitad tan serio como lo que me han hecho cuando han creído que era uno de la cuadrilla que nos seguía la pista —rezongó Monk.

—La culpa ha sido mía —dijo Nan Tester, contrita—. He visto a Ham detrás de un matorral y creyendo que era uno de nuestros enemigos armado con un revólver, he empujado a Monk para ponerle a salvo.

Monk rió levemente.

—Muchachos, he creído por un momento que esta señorita me empujaba en una trampa.

—No está mal —dijo la muchacha, sin rencor—. Eso prueba la fe que tienen en mí.

—Vamos, vamos —se apresuró a declarar Monk—. No he dudado de usted un solo momento.

—Tú —dijo Ham a Monk, sarcásticamente,— ...tú eres un solemne embustero.

Monk resopló indignado ante la acusación.

—¿Y tú? —replicó.

—Yo —declaró Ham con unción—, yo no digo nunca mentiras.

—¿Y cuando le dijiste a miss Tester que eres soltero...? ¿Qué hay de tu mujer y de tus trece hijos?

Ham dejó oír pequeños resoplidos de pura rabia. La historia de su mujer y de sus trece hijos era una mentira que Monk acostumbraba a decir a cualquier mujer joven y agraciada cuyo interés les era dado despertar.

Monk no tenía nunca el menor escrúpulo en irles con aquella filfa.

Ham se enfurecía invariablemente, sin acordarse de que, cuando la ocasión se presentaba, explicaba cosas peores todavía de Monk.

Nan Tester les interrumpió, diciendo: —¿Adónde habrá ido el señor Savage?

El hombre de bronce se había alejado silenciosamente en la noche.

Dándose cuenta que la disputa iba a durar, aunque en voz contenida, toda la noche o hasta que algo nuevo ocurriera, Doc Savage se había alejado, protegido por las sombras proyectadas por una alta duna.

Caminaba rápidamente, dirigiéndose al brazo de arena que se extendía a un lado hasta la boca de la bahía. No era preciso tomar precauciones al andar, puesto que la arena ahogaba el ruido de sus pisadas.

Habiendo llegado al extremo de la península arenosa sin novedad, se detuvo allí y permaneció a gatas con los ojos fijos en el mar. Las olas, al romper en la playa, hacían algo difícil su observación, pero finalmente vió la goleta.

Estaba todavía lejos pero se acercaba, inclinada a estribor. Vió la luz de la luna reflejada en sus velas. Doc se desnudó rápidamente, no conservando sobre su cuerpo más que unos cortos calzoncillos.

Se metió en el agua, haciendo el muerto hasta que la resaca se apoderó de él y le echó mar adentro. No nadó sacando los brazos del agua, lo cual podía llamar la atención, sino que se hundió en las crestas de las grandes olas para impedir que le rechazaran hacia tierra a tres o cuatro metros de distancia cada vez.

Cuando estuvo bastante lejos, nadó poderosamente, sacando los brazos, con lo cual aumentó considerablemente su velocidad.

El agua era negra y fría. Cosa extraña, tratándose de agua tan helada, era algo fosforescente. Doc se fijó en una mancha fosforescente cerca de él y la estudió con atención, pensando que tal vez se trataba de un tiburón.

Pero se trataba de una marsopa y Doc la oyó resoplar ruidosamente. Otras marsopas se acercaron y nadaron, formando una procesión al lado del hombre de bronce y saltando, juguetonas, fuera del agua.

El hombre de bronce nadaba con una regularidad extraordinaria. Desde la cresta de las olas, empezó a ver la goleta. Era sin duda el Inocente, puesto que estaba acercándose a la ensenada de la punta norte de la Isla Alligater, siempre inclinada a estribor.

Doc Savage acabó por encontrarse a su paso. No tenía más que una probabilidad de subir a bordo. Intentaría agarrar la cadena que corría del extremo del bauprés hasta el agua. Si no lo conseguía, estaría de mala suerte.

Esperó sin moverse, con la cabeza fuera del agua. La goleta se hacía siempre mayor. Oía ya el ruido de su proa al hender el agua. Si no podía coger aquella cadena... pero lo logró.

La parte inferior de la cadena era resbaladiza y estaba cubierta de suciedad y únicamente merced a sus músculos extraordinarios no la dejó escapar.

Se encaramó rápidamente, agarró la cesta de seguridad situada debajo del bauprés y colgado allí, aguzó el oído.

—Es preciso apuntar más alto que esto para entrar en la condenada ensenada, "Punning" —dijo una voz.

—Tienes razón, "Tops'1" —contestó otra.

Ambos voces surgían inmediatamente encima de Doc. Sus dueños estarían sin duda apoyados en el torno del áncora. Eso significaba que Doc Savage, a pesar de su destreza y agilidad, no podría subir a bordo por la proa sin ser visto.

La banda de sotavento era el lado oscuro y Doc Savage empezó a trasladarse a popa, colgando de la borda, por las manos. AL principio se movió con suma cautela. No le descubrieron y llegó a la mitad del barco.

Allí, la suerte le acompañó. Sus pies encontraron una portañola abierta y un momento de exploración con sus dedos les dio a entender su tamaño.

Metió un pie en el interior y, agarrándose fuertemente con los dedos, logró conservar el equilibrio hasta poner las manos en el marco de la portañola.

Esta había sido hecha bastante grande para dejar pasar cajas enteras de ron, junto con pesos destinados a hundirlas en el agua. Doc pudo penetrar en el interior del barco sin grandes dificultades.

Se encontró en un camarote provisto de doble litera y de un armario. Estaba a oscuras y la puerta, cerrada. Doc abrió ésta, vio luces encendidas y salió.

La tripulación estaba sin duda en cubierta, disponiéndose a atracar.

Doc Savage pasó sin detenerse delante de las puertas abiertas, a lo largo del pasadizo. Probó las que estaban cerradas y llamó con los nudillos en la primera que encontró.

—¡Rayos y truenos! —dijo la voz de Renny desde el interior—. ¿No podéis dejarle a uno en paz?

Renny parecía estar de muy malhumor. Doc Savage le habló en voz baja.

No lo hizo en inglés, sino en maya, un idioma sumamente antiguo y que casi nadie en el mundo civilizado conocía aparte de Doc y sus ayudantes.

Lo usaban para comunicar entre sí cuando no querían que nadie se enterase de lo que decían. Además, era un lenguaje gutural que se prestaba mucho a discusiones furtivas. Cualquiera que lo oyese creería que alguien tenía alguna dificultad en aclararse la voz.

—¡Rayos y truenos! —volvió a decir Renny, desde el interior.

Luego, bajó el tono, y, desde el otro lado de la puerta, preguntó:
—¿Cómo demonios has venido hasta aquí, Doc? ¿Dónde estabas?

En vez de contestar, Doc Savage examinó la cerradura de la puerta. Parecía sencilla... desde el exterior. Abrió, se metió dentro y se reunió con Renny.

—¡Hey! —susurró éste—. ¡Salgamos de aquí! ¡Estoy harto de este lugar!

—¿De qué te has enterado? ¿Sabes algo?

—Sí —contestó Renny—. Louis Tester está encerrado al otro lado del corredor, un poco más abajo. He descubierto que conoce el Código Continental. Hemos comunicado por medio de golpecitos dados en la puerta. Le he explicado mi historia y él a mí la suya. Hombre, es interesante.

—A ver, explícamela —pidió Doc Savage.

—El cerebro que hay detrás de todo esto es el de un sujeto llamado Napoleón Murphy Decitez —anunció Renny.

CAPÍTULO XIX

EL BARCO QUE CAYO A PEDAZOS

RENNY respiró hondamente y empezó a hablar con rapidez. Le costaba alguna dificultad reducir su vozarrón a un sencillo murmullo. El murmullo de Renny era como un escape de vapor...

—Ese tío Decitez resultó ser demasiado listo para su propio bien —dijo Renny—. Se deduce que presta dinero a Louis Tester y estaba enterado de esa cosa que llaman el Amo del Metal. Decidió robarle; el viejo Seevers, un ayudante de laboratorio de Louis Tester, lo descubrió y tuvieron que matarle para evitar que hablara contigo.

Renny se detuvo un momento para escuchar en el caso de que se acercara alguien de la tripulación y prosiguió:

—Decitez tenía una banda organizada, pero nadie de ellos sabía que él era el jefe. —Renny rió bajito—. Envió un radio a "Tops'1" Hertz para que cogiera a Louis Tester, firmando el mensaje "CX" y "Tops'1" obedeció. Luego, "Tops'1" descubrió lo del Amo del Metal y decidió quedárselo, pero necesitaba ayuda en Nueva York para estar seguro que no te interpondrías. ¿A quién escogió? A Napoleón Murphy Decitez... Pero Louis Tester no les ha dicho la verdad... les ha estado engañando desde el principio.

—¿Por qué?

—Dice que si lograba que la banda riñera y empezaban a luchar entre sí, podrían matarse unos a otros.

Doc Savage no contestó de momento y al cabo de unos segundos preguntó:

—¿Ha confesado Louis Tester haber inventado esa cosa llamada el Amo del Metal?

—Sí —contestó Renny—. Tester es un perito electroquímico. Ha inventado el procedimiento para licuar los metales sin emplear el

calor.

—¿Te ha dicho cómo se hace?

—No —contestó Renny—. Se lo he preguntado, pero me ha dicho que era un secreto.

Doc Savage guardó silencio como si reflexionara sobre lo que le acababan de decir. No hizo comentario alguno y calló tanto tiempo que Renny se volvió impaciente.

—Hay un sujeto llamado "Punning" Parker a bordo de este barco —gruñó—. Es un hombre extraño.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tengo la impresión de haberlo visto antes de ahora. No estoy seguro, porque no he podido verlo bien hasta ahora.

Doc Savage preguntó: —¿Trabaja con "Tops'1" Hertz?

—Son amigos entrañables —replicó Renny—. Ese "Punning" Parker es un ruin. Le he oído explicar a cuántos hombres ha matado en su tiempo y algunas de las cosas que ha hecho. Dice que Scotland Yard le está buscando.

Doc Savage ordenó de pronto: —Hemos perdido ya bastante tiempo. La goleta debe estar cerca de la ensenada.

El hombre de bronce abrió la puerta de la celda improvisada. No había nadie en el corredor. Se acercaron a la puerta del camarote de Louis Tester.

Este estaba cerrado con una cadena y una barra que Doc Savage quitó sin dificultad.

—¡Tester! —llamó Renny suavemente.

—¡Oh! ¿Está usted libre? —dijo una voz desde el interior.

Louis Tester sacó la cabeza de rojos cabellos y facciones demacradas por el encierro por la puerta y parpadeó un poco a la luz cruda del pasadizo.

Vió a Doc Savage e, instantáneamente, hizo una cosa extraña.

Echó la cabeza hacia atrás y gritó con toda la fuerza de sus pulmones.

Doc había desarrollado la habilidad de moverse con la velocidad del rayo en casos apurados y eso es lo que hizo entonces. Con una mano le cerró la boca a Louis Tester, juntándole los labios y ahogando su grito.

Con la otra, dio un puñetazo en la barbilla del joven que se desplomó sin conocimiento.

Pero el grito había llamado la atención de los que estaban en la cubierta.

Se oyeron pisadas que se acercaban rápidamente por los maderos de la cubierta, en dirección a una de las escaleras.

—¡Pronto! —dijo Doc Savage.

El hombre de bronce levantó a Louis Tester en sus brazos, entró con él en el camarote por el cual había penetrado en el barco.

Renny le siguió y Doc cerró la puerta. Acercándose a la portañola abierta, Doc miró afuera. La goleta entraba en la pequeña bahía...

—¡Fuera! —exclamó Doc—. ¡Inmediatamente!

Renny sabía lo que significaba aquel tono. Se encaramó, pasó los pies por la portañola, sacó el cuerpo afuera y quedó colgado de las manos.

—¡Quieto! —recomendó Doc.

Renny cayó al agua casi silenciosamente. Nadó a bastante profundidad, con el fin de no tocar la hélice, que no estaba funcionando. El Inocente penetraba en el pequeño puerto con ayuda de sus velas.

Doc Savage empujó a Louis Tester por la portañola, lo dejó caer y le siguió de cerca. No se oyó más que un grito que salía del pasadizo.

Habían descubierto los dos camarotes vacíos.

AL igual que Renny, Doc se hundió profundamente, conservando una mano sobre la boca y la nariz de Louis Tester para que no se ahogara.

Por él también, Doc subió a la superficie mucho antes de lo que habría hecho en otras circunstancias.

Renny flotaba con la nariz a ras del agua. Doc esperó. Louis Tester empezó a luchar débilmente. Volvía lentamente en sí.

—¡Ah del Inocente! —gritó de pronto, Doc Savage con voz estentórea.

—¡Qué demonios pasa! —aulló "Tops'1" Hertz.

—¡No entréis en este puerto! —gritó Doc—. Es casi seguro que os han preparado una trampa.

—¿Y quién es usted? —gritó "Tops'1".

Doc Savage no contestó.

—Soltad un cable —gritó "Tops'1" Hertz a sus marineros—.

Vamos a recoger a esos sujetos.

Fue entonces cuando ocurrió la desgracia.

El timonero del Inocente fue el primero en dar la alarma.

—¡Algo ha ocurrido! —gritó con horror—. El timón se me ha quedado en las manos.

—¿Quééééé...? —aulló "Tops'1"—. ¡Estás loco!

Estas fueron las últimas palabras claras que se oyeron en el barco. EL resto no fue más que una sucesión de aullidos horrorizados e incrédulos.

Muchas cosas ocurrían a la vez a bordo de la goleta... cosas extrañas y fantásticas. El foque y las velas se soltaron de pronto.

Los estays de metal que las sostenían no eran ya más que un riachuelo de líquido que caía en el agua salada. Las velas caían al fundirse todas las partes metálicas de sostén. Las botavaras se desplomaban sobre cubierta y ésta no tardó en saltar a pedazos bajo el impacto. Los hombres caían con los maderos...

EL barco caía a pedazos. Nada más podría describir aquello. Todas las partes metálicas se licuaban. Los barrotes de cobre de los tragaluces se fundían y se transformaban en charcos que corrían como mercurio por la superficie del vidrio.

Los estays, hechos de fuertes cables metálicos, caían sobre cubierta o se hundían en el agua. Las canoas salvavidas saltaban de sus soportes y a su vez quedaban hechas pedazos.

Quedaban, desde luego, algunas partes del buque que el excelente trabajo de los armadores lograba conservar enteras, a pesar de licuarse sus ataduras, pero no bastaban para conservar el buque entero.

En muy poco tiempo, la hermosa y veloz goleta quedó transformada en un montón de maderos entre los cuales los hombres nadaban blasfemando.

Entonces y desde la orilla, una ametralladora dejó oír su temible voz.

Louis Tester se sentía ya capaz de nadar. El agua fría y salada hace revivir con sorprendente eficacia. A decir verdad, Tester había vuelto en sí a tiempo para oír el aviso de Doc dado momentos antes para que la goleta no entrara en la bahía.

—¡Nade usted hasta la playa con Renny! —ordenó Doc Savage, dándole un empujón.

El muchacho empezó a nadar y se reunió con Renny. Nadaron con bastante vigor un momento, dirigiéndose al lado de la bahía opuesto al que albergaba la ametralladora, la cual continuaba su canto mortal.

En aquel mismo lado, aunque ellos lo ignoraban todavía, Doc Savage había dejado a Nan Tester, Monk y Ham.

AL cabo de unos momentos, Renny y Louis Tester dejaron de nadar. Lo que le ocurría a la goleta era tan interesante que no podían hacer otra cosa que mirarla.

Louis Tester dijo entonces algo que le remordía la conciencia.

—Ha sido una locura gritar cuando vosotros habéis abierto la puerta de aquel camarote, pero estaba nervioso y hacía horas que sentía que no iba a poder contenerme. Cuando os he visto, no he podido dominarme.

—Claro —contestó Renny—. Ha sido la tensión nerviosa.

—Lo siento de veras —dijo Louis Tester.

—No se acuerde de ello.

—Gracias —dijo Testen—. Pero lo que no puedo comprender es por qué Doc Savage —su compañero es Doc Savage, ¿no es verdad? — ha avisado a esos demonios de la goleta.

Renny se echó a reír.

—Doc tiene una extraña filosofía de la vida —contestó—. No le gusta que nadie muera, ni aun los que a usted y a mí nos parecerían que lo tienen bien merecido. He visto a Doc dejar escapar a un bandido cuando no había más remedio que cogerle muerto, pero de todos modos tarde o temprano acaban todos por caer en su poder.

—He oído hablar mucho de Savage —murmuró Louis Tester.

—Es preferible que nademos hasta la playa —dijo Renny.

Vieron a Doc antes de volver a ponerse a nadar. EL hombre de bronce estaba en el agua a corta distancia de los restos de la goleta.

Doc parecía estar buscando algo.

—¡Voto al infierno! —gritaba "Tops'1" Hertz—. ¿Quién tiene un revólver?

—Yo tenía uno —dijo la voz de "Punning" Parker—. Pero se ha fundido y se ha escapado por el fondo de la funda. Parece ser que nos han liquidado...

—¡Malditos sean! —aulló "Tops'1"—. ¡Ya ajustaremos cuentas!

—Baja la cabeza —aconsejó "Punning" Parker,— o te las

ajustarán a ti.

Doc Savage dio media vuelta y se puso a nadar detrás de Renny y Louis Tester. Nadaba más poderosamente que ellos y llegó a la playa al mismo tiempo.

Permanecieron ocultos por las dunas y corrieron hasta un sitio donde no era probable que les vieran. Subieron entonces hasta la cresta de una duna y contemplaron la escena.

Era un espectáculo sangriento. Los restos del barco flotaban por doquier y, puesto que el Inocente había sido una nave fuerte y bien construida, había un gran surtido de maderos de tamaño suficiente para proteger a los hombres contra las balas de la ametralladora.

Algunos marineros no eran bastante cuerdos para permanecer al abrigo e intentaron nadar hasta la orilla. No llegaron lejos.

Había bastante luz para que se vieran sus cabezas sobre el agua. Además, la ametralladora de la orilla tiraba balas trazadoras, cargadas con un producto que arde durante la trayectoria de manera que el tirador ve adónde va a parar.

Dejan un reguero de humo de día y de noche lanzan chispas.

Cuatro hombres de la goleta naufragada murieron antes de que la ametralladora convenciera a los demás de que no tenían probabilidades alguna de escapar.

—¡Permaneced aquí! —gritó "Tops'1" Hertz—. ¡La marea nos llevará hacia el mar!

Pero "Tops'1" Hertz se equivocaba. La marea no llevaba los restos del barco hacia el mar. Antes bien, empujaba los maderos y tablas en dirección a la playa en la cual estaba emplazada la ametralladora.

La tripulación había gritado y blasfemado antes, pero eso no era nada, comparándole con sus actuales demostraciones.

La desesperación les envalentonó y se entregaron a comentarios escogidos respecto a "Tops'1" Hertz y sus antepasados, remontando hasta el día en que colgaban de los árboles por la cola.

La ametralladora calló, sin duda para que le colocaran una nueva cinta de municiones y de pronto volvió a tartamudear fieramente.

Además, una luz blanca y brillante quedó proyectada sobre la bahía.

Provenía, sin duda, de un faro potente.

La mortal tempestad de plomo atacó los nervios de "Tops'1" Hertz. Ni él ni sus hombres llevaban armas y estaban en la imposibilidad de resistir.

—¡Nos entregaremos si nos dan sus condiciones! —gritó "Tops'1" con todas sus fuerzas.

El silencio le contestó. Los de la playa parecían estudiar la proposición.

—¡No harías más que intentar traicionarnos otra vez! —gritó una voz que pertenecía al lugarteniente del Amo del Metal, el hombre a quien le faltaba un dedo.

—¡Está loco! —contestó "Tops'1"—. Si hubiese sabido lo que podéis hacer vosotros, no habría hecho nada desde el principio.

En la playa celebraron una conferencia.

—Es probable que esté diciendo la verdad —dijo alguien.

"Tops'1" Hertz, "Punning" Parker y los demás hombres recibieron la orden de nadar hasta la playa. Lo hicieron, temerosos al principio y luego, al ver que no eran recibidos con tiros, alegremente, gritando como locos.

Doc Savage dijo entonces: —Ahora van a buscarnos.

—¡Rayos y truenos! —exclamó Renny—. Son muchos ahora; me parece que buena se nos prepara.

—Es posible —asintió Doc Savage.

Bajaron de la duna, se alejaron por la playa del lado del mar y corrieron hacia el Sur. Luego se internaron entre las dunas y cruzaron la isla.

Torcieron entonces hacia el Norte nuevamente, encaminándose al lugar donde Doc Savage había dejado a sus demás ayudantes.

Habían rodeado a sus enemigos pero todo peligro de ser descubiertos no estaba enteramente descartado, de manera que Doc Savage caminaba un poco separado de Renny y Louis Tester.

Así estaban Louis Tester y Renny casi solos a la vista, con Louis Tester a vanguardia, cuando el cañón de una pistola sobresalió de pronto de un matorral.

—¡Manos arriba, muchachos! —rezongó una voz.

CAPÍTULO XX

LOS PLANES FRACASAN

ACERCÁNDOSE rápidamente, Doc Savage dijo: —Está bien, Ham.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Ham, saliendo de su escondite. Llevaba en la mano la pistola de Gorham Gage Gettian a la que había vuelto a cargar con cartuchos buenos.

—Louis Tester —explicó Doc.

El abogado examinó a Louis Tester con el mayor interés.

—Su hermana se alegrará de verle —dijo.

—Nan... aquí... ¿está aquí? —exclamó Louis Tester con voz ronca.

Caminaron entre las dunas y a los pocos momentos encontraron a Nan Tester, Monk y Gorham Gage Gettian, este último bien atado y amordazado con sus propias ropas..., que estaban escondidos entre dos altas dunas.

Instantáneamente, Nan y Louis Tester se abrazaron con fraternal cariño. La muchacha sollozó un momento y su hermano le murmuró al oído frases de consuelo.

Monk, que estaba al lado de Doc y de Ham, estudió a Louis Tester con interés. Era la primera vez que Monk veía al hermano y se echaba de ver que la impresión recibida era favorable.

Doc Savage dijo de pronto: —Permaneced todos juntos.

—Bien —asintió Renny—. Y ¿qué vas a hacer?

—Dar un vistazo por ahí —explicó el hombre de bronce.

Dicho esto, cuidó de que permanecieran todos en un escondite tan bueno como las dunas podía proporcionarle, se aseguró también de que para ir allá caminaran a la sombra de las dunas donde sus pisadas no atraerían la atención de nadie y luego el hombre de bronce se encaminó a la playa de la pequeña bahía donde los

partidarios del Amo del Metal estaban haciéndose cargo de la tripulación de "Tops'1" Hertz.

El grupo seguía en la playa aunque algunos hombres se habían alejado, sin duda. Pero quedaban una docena o más de hombres, bien equipados con pistolas, vigilando a "Tops'1" Hertz, "Punning" Parker y sus sucios y despeinados compañeros.

"Tops'1" Hertz estaba diciendo: —¡Hey! ¿Cómo demonios habéis podido hacer eso a mi barco?

—Es muy sencillo —dijo uno de sus vencedores—. ¡Mira!

El hombre llevaba una lámpara de bolsillo. Se acercó a una duna emplazada cerca del agua, se inclinó y recogió lo que parecía arena y no era otra cosa que una cortina de tela del mismo color.

Una caja quedó al descubierto. Estaba llena de una maquinaria evidentemente complicada. Era sin duda eléctrica y se veían lámparas, bobinas y un extraño sistema de hilos que podían muy bien ser reflectores.

—Hay otro en la playa —siguió diciendo el hombre—. Para licuar metal a distancia, es preciso dos aparatos distintos y bastante fuerza. Te sorprendería saber cuánta fuerza motriz. Tenemos una gran dínamo instalada en una vieja barcaza oculta entre las dunas y los cables corren, debajo de la arena hasta aquí.

—¡Rayos y centellas! —murmuró "Tops'1".

—Cada uno de los aparatos despide una esfera de acción electromagnética y naturaleza sónica —dijo el hombre—. Una de esas esferas licua el metal a corta distancia, pero de lejos, es preciso que sean dos. Enfocamos las esferas y cuando se encuentran, cualquier clase de metal se derrite.

"Tops'1" juró entre dientes.

—He examinado los planos que encontramos en el aeroplano de Louis Tester —dijo—. Me dieron una idea de su funcionamiento, pero todavía no comprendo cómo el cuerpo humano no siente sus efectos.

—Para eso se necesitó realizar muchos experimentos —contestó su interlocutor—. Se obtiene ajustando el aparato. Un hombre alarga la mano delante del rayo cuando se enchufa el aparato y cuando empieza a dolerle, sabe que es conveniente rebajarlo.

—Hem —dijo "Tops'1" con tono que indicaba que seguía sin comprender.

—Mira —dijo el hombre—. Voy a explicaros mejor. Toma una barra de hielo, cosa sólida. ¿Qué es lo que la derretirá?

—El calor —contestó prontamente "Tops'1".

—La compresión también —dijo el otro—. En otras palabras: cualquier cosa capaz de producir el cambio adecuado en las moléculas. Tenemos aquí el medio de realizar el cambio necesario en la afinidad que mantiene el estado atómico, antes que en la formación de las moléculas propiamente dicho. La descripción técnica de cómo se hace es demasiado complicada y sería preciso que estudiaras unos cuantos años el asunto para poder comprenderlo...

—Huele a magia negra —dijo "Tops'1".

—No... Toma el sonido. Todo el mundo sabe que una nota adecuada tocada en un violín, romperá una copa de vino. Todo el mundo sabe también que una esfera electromagnética funde muchos metales. AL perfeccionar este procedimiento, esos dos hechos fueron tomados como bases para experimentos.

"Tops'1" resopló: —Sigo sin comprender cómo no daña el cuerpo humano...

El hombre que daba sus explicaciones era paciente: —Toma el sonido que rompe la copa de vino— dijo —. No afecta a la persona. Toma una esfera de acción electromagnética que levantará centenares de libras de acero. El cuerpo no siente su efecto...

—Sigo sin..

—¡Oh, basta ya! —dijo el hombre—. Este aparato separa las moléculas de los metales y lo hemos colocado aquí, en la entrada de la bahía, como medida defensiva. Eso ha de bastarte...

En aquel momento, un hombre se acercó a la luz. Estaba sin aliento pero parecía satisfecho. Murmuró algo a sus compañeros.

Doc Savage estaba cerca de ahí, entre las dunas. Había oído la conversación en parte y el resto lo adivinó siguiendo los movimientos de los labios de los que hablaban, cosa que para Doc Savage no encerraba la menor dificultad.

La luz de la lámpara eléctrica le permitió seguir, en la boca del individuo que daba explicaciones, cuanto decía.

El hombre de bronce dejó oír un momento su famoso trino. Luego, se alejó silenciosamente, regresando al lugar donde había dejado a sus ayudantes.

Estos habían desaparecido, junto con Nan y Louis Tester y Gettian. Las huellas que se veían en la arena daban a entender lo que les había ocurrido...

Los habían capturado.

El hombre de bronce no necesitó más que unos momentos para regresar a la playa. La banda se disponía a alejarse.

"Tops'1" Hertz, "Punning" Parker y la tripulación del Inocente no eran precisamente prisioneros, pero no habían sido admitidos todavía como miembros de la cuadrilla.

—¡Estamos con vosotros, muchachos! —dijo "Tops'1" con énfasis.

Se alejaron agrupados y encaminándose a las dunas más altas del interior de la isla.

—¡Tenemos cogida a toda la cuadrilla de Doc Savage! —dijo un hombre—. Cuando sea de día, nos apoderaremos de él también.

—Por aquí —dijo el guía.

Llegaron a su objetivo, el cual era una vieja barcaza que debió ser lanzada a la playa durante alguna violenta tempestad, quedando enterrada en la arena.

—La hemos descubierto, la vaciamos y compusimos un poco —dijo el guía—. Es un sitio ideal para nuestras máquinas.

Habían practicado un agujero en el flanco de la barcaza. Una luz eléctrica brillaba en el interior y se veían las siluetas de algunos hombres.

—Deberíamos tapar esa luz —rezongó una voz:— No tenemos ganas de que el hombre de bronce nos descubra si podemos evitarlo...

Alguien colgó una cortina delante de la luz y los hombres que llegaban entraron uno a uno.

—Colocad guardias en las dunas, por si se acerca el hombre de bronce —ordenó una voz desde el interior de la barcaza.

Se oyeron pisadas en la arena. Un sujeto fornido se colocó a la entrada de la barcaza, lo cual era naturalmente el mejor sitio.

Pero apenas se había plantado allí, cuando una voz gruñó a su lado:

—¿Quién está aquí en la puerta?

—Snig —contestó.

—O. K., Snig —dijo la voz—. El jefe dice que te vayas arriba de

esa duna que hay al Norte. Envía otro compañero a la puerta.

El hombre masculló algunas imprecaciones en voz baja y se alejó.

No podía adivinar que era Doc Savage quien le había hablado, imitando la voz de un hombre de la banda, y que se había ido, dejando al hombre de bronce en la puerta.

CAPÍTULO XXI

EL PLAN

EL interior de la barcaza había sido dividido en varios departamentos para cocinar y dormir y contenía también un taller.

Cerca de la entrada había una cámara espaciosa, con literas alineadas a lo largo de la pared y una mesa en el centro.

Detrás y en algún rincón, se encontraba una dínamo que metía bastante ruido. Alguien la paró en aquel momento.

"Tops'1" Hertz, "Punning" Parker y los demás se reunieron en el cuarto principal. No se veía a nadie más.

—¿Dónde están los amigos de Doc Savage? —preguntó una voz.

—Detrás —contestó otra—. Están encerrados.

—¿Qué vamos a hacer con ellos?

—Liquidarlos —replicó el primer hombre—. Ya nos han dado bastante que hacer.

"Tops'1" Hertz deseaba causar buena impresión en sus nuevos asociados. Él esperaba que lo serían y que no lo tratarían como a los amigos de Doc Savage. "Tops'1" quería que lo creyesen verdaderamente sanguinario.

—¡Haced salir a esos malditos amigos del niño de bronce ahora mismo! —rezongó—. ¡Si nadie más quiere encargarse del condenado trabajo, lo haré yo! ¡Dadme una pistola y hacedles salir!

—Un momento —dijo una voz—. Es preciso arreglar un asunto.

El que hablaba se encontraba detrás, pues acababa de salir de una de las habitaciones practicadas en el fondo del bote. No se acercó bastante para que se le viera. No había mucha luz en el interior de la barcaza, pues tan sólo había una bombilla encendida y alguien la envolvió en una camiseta.

—¿Quién eres? —preguntó "Tops'1" Hertz al recién llegado.

—Esta pregunta —dijo la voz—, toca de lleno un error que he cometido.

—¿Eh?

—¡Soy el organizador de este proyecto! —contestó el hombre—. Soy el que ha sido llamado, a veces, el Amo del Metal. Desgraciadamente, he querido callar mi identidad, incluso a mis propios hombres o cuando menos a parte de ellos y eso ha provocado un sinnúmero de complicaciones.

El hombre calló. Todavía no se había acercado bastante para que se le viera.

—Tenía buenos ayudantes en Nueva York —prosiguió—. Trabajaron por mí cuando tuve la desgracia de tener que apartarme a causa de la traición y del engaño de los hombres en quienes había tenido confianza.

"Tops'1" Hertz, apenas visible a la luz de la bombilla eléctrica, se movió inquieto al oír esta última frase. Sabía a quién se dirigía.

Antes de que el hombre siguiera hablando, otro sujeto surgió a su espalda y se colocó debajo de la luz. Era uno de la banda y llevaba una caja negra, de grandes dimensiones, provista de un asa.

Era la caja que Doc Savage había logrado que aquellos hombres se llevaran desde Nueva York, por medio del falso radiograma.

—¿De dónde viene esta extraña caja? —preguntó la voz del individuo misterioso que había confesado ser el jefe de la banda del Amo del Metal.

Uno de los hombres que habían llegado de Nueva York en aeroplano, tomó la palabra.

—"Tops'1" envió un radiograma a Decitez para sacarla del hotel de Louis Tester y traerla aquí —explicó—. Pensamos que sería importante, y aquí está.

"Tops'1" Hertz parpadeó y meneó la cabeza con fuerza.

—¡Yo no he enviado ningún radiograma! —gritó.

—¡Abrid esta caja! —ordenó el jefe del Amo del Metal.

Unos hombres se acercaron para cumplir la orden.

"Punning" Parker, que estaba a un lado, se echó adelante y arrancó un revólver de manos de uno de los hombres. Saltó atrás y enarboló el arma amenazadoramente:

—¡Todos quietos y a reflexionar! —sugirió con tono sombrío.

Una tensión eléctrica se apoderó de todos. Era sorpresa más que

temor al revólver, aunque cualquiera podía ver que "Punning" Parker no estaba bromeando.

—He esperado hasta ahora el momento propicio para hacerme cargo de la situación —dijo "Punning" Parker—. Pero ahora no puedo esperar más. ¡Que no se abra esta caja!

La tensión se aflojó. Todos aquellos hombres habíanse visto amenazados por revólveres antes de entonces y estaban armados. Además, resultaban demasiado numerosos para que un solo hombre los vigilara.

—¡No quiero que se abra esta caja! —repitió ásperamente "Punning" Parker.

Los hombres se movieron un poco. Al cabo de pocos segundos empezarían a buscar sus armas y aquello sería el infierno.

Hubo un movimiento en la entrada y la cortina fue apartada.

Doc Savage entró atrevidamente y le quitó el revólver de la funda al hombre que estaba más cerca.

—¡Buenas noches, Doc! —gritó el hombre conocido por el nombre de "Punning" Parker—. Si hubiese sabido que estabas ahí, no habría precipitado los acontecimientos.

—El momento había llegado, de todos modos —dijo tranquilamente el hombre de bronce.

—Sí —murmuró "Punning" Parker—. Pero no podemos manejar a esos sujetos todos a la vez.

Tenía razón y un segundo después lo comprobaron cuando un hombre intentó sacar una pistola.

Doc Savage tenía por costumbre no llevar nunca armas de fuego, pues sostenía la teoría de que el individuo que va armado confía demasiado en su arma y queda indefenso cuando no la tiene a mano.

Pero esta actitud no quiere decir que el hombre de bronce no supiera disparar. AL contrario, había pasado muchas horas practicándose y su preparación dio sus frutos en aquel apuro.

El revólver que tenía en la mano saltó, escupió fuego, y el hombre que había intentado sacar su arma cayó al suelo gritando de dolor y con una mano estropeada.

Sus compañeros le imitaron y, gritando, empezaron a disparar a tontas y a locas.

Doc apagó de un tiro la única luz, cruzó la estancia y, cogiendo

a "Punning" Parker, lo levantó en vilo y franqueó con él la puerta trasera que daba a otro sector de la barcaza.

—¡Ve a libertar a Renny y a los demás! —dijo rápidamente.

El hombre de bronce encontró puertas a su paso. Una de ellas estaba cerrada y por sus rendijas se veía una luz. Doc destrozó la cerradura, un pequeño candado —a tiros y abrió la puerta.

Los prisioneros estaban al otro lado.

El fornido Renny echó una mirada a "Punning" Parker y abrió los formidables puños.

—¡Hace tiempo que tengo ganas de descuartizarte! —rezongó—. Ahora es la mía.

—¡Espera! —exclamó Doc Savage—. ¿No lo reconoces?

—¡Eh! —dijo Renny, sorprendido—. ¡Rayos y centellas! ¡No! ¿Por qué?

—Me gusta esto —dijo secamente "Punning" Parker—. Cuando los colegas del eminente mayor Tomás J. Roberts no lo...

—¡Long Tom! —exclamó Renny con voz estentórea—. ¡Tú, cadáver ambulante! ¡Y pensar que me preguntaba dónde te había visto antes de ahora!...

Monk y Ham salieron corriendo del cuarto, sosteniendo a Nan Tester entre ellos.

—¡Vamos! —dijo Doc Savage—. ¡Tenemos trabajo por delante!

No exageraba. Una bala cruzó el pasadizo con el sonido de una cuerda de violín al romperse. Nan Tester lanzó un grito ahogado, se echó atrás y Monk y Ham la hicieron entrar rápidamente en el cuarto, donde habían permanecido encerrados.

—¡Esto será bueno! —dijo Renny con alegría.

Reinó la oscuridad cuando Doc Savage apagó la luz del cuarto. Luego, el hombre de bronce salió al corredor y, agachándose, caminó deprisa, pues los bandidos disparaban alto, a matar.

Se oían movimientos y juramentos en el cuarto exterior. Un hombre encendió una lámpara eléctrica, pero un segundo después una silla, tirada con destreza por el hombre de bronce, le hirió y se desplomó.

—¡Ese demonio de hombre de bronce está ahí! —chilló "Tops'1" Hertz.

Alguien cayó sobre una silla y se levantó blasfemando.

—¡Yo salgo de aquí! —dijo con rabia—. ¡Prefiero luchar donde

pueda moverme!

La idea pareció gustarle a todos. Se movieron hacia la puerta, lentamente al principio y luego más animados. Acabó por ser una desbandada general.

"Tops'1" Hertz, deseoso de hacer olvidar sus errores pasados, les gritó con voz indignada que se quedaran para luchar.

"Tops'1", que había cometido la enorme falta de hacerse amigo entrañable del engañoso "Punning" Parker, comprendía que tenía mucho que hacerse perdonar.

La voz del jefe de la banda del Amo del Metal se unió a la suya para instarles a que permanecieran dentro, pero, a los pocos momentos, quedaron solos gritando y acabaron por seguir a sus hombres.

Sin embargo, "Tops'1" Hertz se detuvo para hacer algo que creyó cuerdo.

—¡Apuntad a la puerta con las escopetas! —gritó el jefe de la banda y, lanzando un juramento, preguntó a "Tops'1" Hertz:— ¿Qué es esto que traes?

—La caja sellada que el hombre de bronce ha hecho traer aquí por sus hombres —contestó "Tops'1" con orgullo.

—¿Y para qué demonios la traes aquí? —insistió el otro, de mal talante.

—Contiene, probablemente, algunas de las armas del hombre de bronce —declaró "Tops'1"—. Ha engañado a sus hombres para que la traigan con el fin de encontrarlas en el caso de perder las suyas.

—¡Tal vez tienes seso, después de todo! —dijo mordazmente el otro individuo—. ¡Déjala aquí, donde pueda vigilarla!

Doc Savage se encontraba en la puerta practicada en el flanco de la barcaza cuando oyó estas palabras. Renny, ansioso de descargar sus fuertes puños contra algunos enemigos, estaba a punto de cargar a ciegas.

Doc Savage lo retuvo.

—¡Espera! —dijo el hombre de bronce.

—¡Eh! ¡Rayos y centellas! ¡Nos van a acorralar aquí dentro!

—Cuando menos, estaremos al abrigo de sus balas —indicó Doc.

Long Tom se acercó.

—Oye, Doc, ¿qué hay en esa caja? —preguntó—. Me dijiste, cuando comunicábamos por radio entre tu casa y la goleta, que los

engañabas para hacerles traer la caja, pero ¿qué hay dentro?

—Algo que es de esperar no necesitaremos usar —dijo el hombre de bronce.

—¡Bonita oportunidad tendremos de usarla! —resopló Renny—. ¡Ahora que está en su poder!

Nan Tester se reunió con ellos, junto con Ham y Monk.

—Volvedla allá —ordenó Doc.

Antes de que la muchacha pudiese objetar nada, Monk y Ham la agarraron por los brazos y la volvieron a llevar a los compartimientos traseros de la vieja barcaza.

Ellos también juzgaban que estaría más a salvo allí, sobre todo si sus enemigos tenían granadas de mano.

Balas de rifle y de revólver empezaron a penetrar por la puerta de la barcaza. A partir de entonces, cualquier tentativa hecha para abandonar el casco equivaldría a un suicidio.

Nan Tester sentía una curiosidad natural que deseaba satisfacer.

—¿Quién es ese hombre bajito y delgadito que está con Doc Savage... al que llamaban "Punning" Parker, al principio? —preguntó.

—Es Long Tom Roberts, el mago de la electricidad —explicó Monk—. Me parece que también se ha revelado un excelente actor. Es uno de los cinco ayudantes de Doc y estaba en La Habana con Renny, investigando el contrabando de narcóticos, cuando este jaleo ha empezado.

—Pero ¿cómo ha podido encontrarse a bordo del Inocente? —quiso saber la muchacha.

—Eso no lo sé.

Doc Savage, que parecía estar examinando el interior de la barcaza para darse cuenta de lo que contenía de útil para defenderse, habló cerca de ellos.

—Al iniciarse este asunto, cayeron entre mis manos unos cablegramas indicando que "Tops'1" Hertz iba a verse complicado, según recordarás —dijo—. Long Tom recibió un cable mío, indicándole que subiera a bordo de la goleta de "Tops'1" e hiciese cuanto pudiera para ganarse la confianza de la banda, teniéndome al corriente de todo. Tuvo éxito, porque tenía el trabajo preparado por haberse paseado por La Habana unas semanas antes, bajo las apariencias de un sujeto de honradez dudosa, mientras trabajaba en

el asunto del contrabando de narcóticos.

El hombre de bronce calló un momento, como recordando la ayuda prestada por su asociado.

—No sólo Long Tom me tuvo al corriente de lo que sucedía, sino que se las compuso para desencadenar una guerra civil en la banda, sugiriendo hábilmente a "Tops'1" Hertz la idea de traicionar a su jefe misterioso, conocido en aquel entonces por Hertz bajo el nombre de CX.

—¡Caramba! —gruñó Monk—. Me preguntaba cómo sabías tan bien lo que ocurría. ¡Long Tom era tu manantial de información!

Desde la puerta se oyó a Renny que decía: —¡Es preferible que vengas acá Doc!

EL hombre de bronce se puso a su lado.

—¡Rayos y centellas! —exclamó Renny—. ¿Oyes lo que piensan hacer?

CAPÍTULO XXII

VICTORIA EN UNA CAJA

"TOPS'1" Hertz estaba hablando, transmitiendo órdenes del hombre que era el verdadero jefe. "Tops'1" no hacía esfuerzo alguno para bajar la voz.

Si el hombre de bronce y sus amigos de la barcaza le oían, tanto peor para ellos.

—¡Traed uno de esos aparatos para fundir el metal! —gritaba "Tops'1"—. ¡No quiero decir el que funciona con la gruesa dínamo de la barcaza, sino el otro, el pequeño, que tiene fuerza motriz propia!

Alguien debió de preguntarle qué era lo que quería hacer.

—Lo enfocaremos sobre esta barca —explicó "Tops'1"—. Fundiré las ataduras que aguantan la embarcación y ésta caerá a pedazos, enterrando a esa cuadrilla bajo varios miles de toneladas de arena.

Los hombres recibieron esta solución de sus dificultades, tal como "Tops'1" se la pintaba, con aullidos de satisfacción.

—¡Maldición! —gruñó Monk—. ¡Esta idea es peligrosa!

Luego, e inesperadamente, Doc Savage habló por la puerta de la barcaza, lanzando una extraña advertencia:

—¡La única oportunidad que tenéis de escapar de un grave peligro es permanecer quietos mientras salimos y os desarmamos! —gritó.

Desde luego, obtuvo la acogida que era de esperar: un grito general de mofa.

Únicamente un hombre pareció impresionado.

—¡Un momento! —rezongó aquel individuo—. ¡He oído decir que el hombre de bronce no dice nunca fanfarronadas!

Alguien lo cubrió de improperios.

—¡Dadle un porrazo en la cabeza a ese tonto! —dijo una voz—. ¡Tenemos a Savage y a sus amigos acorralados ahí dentro! ¡Claro está que nos quiere engañar!

Algunos hombres echaron a correr, pero apenas habían dado dos o tres pasos cuando se detuvieron asombrados, mirándose. Miraron hacia el cielo, en el cual brillaba la luna, y sus ojos vagaron de un lado a otro.

Estaban oyendo un sonido... una nota musical fantástica, suave, un trino que subía y bajaba la escala musical, extrañamente, como el canto de un alma en pena.

Monk y sus compañeros sabían que era el sonido que Doc Savage emitía en momentos de tensión mental, y se extrañaron, puesto que no podían figurarse por qué lo hacía en aquel preciso momento. De pronto, se sintieron más asombrados aún.

El trino no subía y bajaba ya la escala musical. Se había detenido en una nota, cosa que no había hecho nunca, y subía de tono, adquiriendo potencia.

Se transformaba en una cadencia que acabó por ensordecer. Monk se metió los dedos en los oídos.

Luego, fuera, los hombres empezaron a gritar, atemorizados.

"Tops'1" Hertz se dio cuenta de que algo no iba bien en medio de aquella asombrosa nota. Hubo una exclamación general y los hombres echaron a correr hacia él. Estaban asustados y dispuestos a huir.

—¡Atrás! —gritó "Tops'1"—. ¡No corráis! ¡Luchad contra lo que sea!

No le hicieron el menor caso.

Varias cosas motivaron lo que "Tops'1" Hertz hizo entonces. Ante todo, estaba nervioso y la sola idea de que Doc Savage pudiera escapar lo enloquecía.

Además, "Tops'1" deseaba asegurar su posición, dar a su estrella naciente un empujón y demostrar que estaba hecho para mandar. Cuando daba una orden, quería que se la cumpliera.

En un apuro, había algo que apoyaba siempre sus órdenes.

Lo había hecho en otras ocasiones y lo hizo entonces.

Disparó deliberadamente contra dos de los hombres que huían.

No le sirvió de nada. Estaban ya sobre él, y algo mucho más terrible que el enfurecido "Tops'1" Hertz los empujaba por detrás.

Pero uno de ellos le dijo algo que le llamó poderosamente la atención:

—¡Estás loco! —espetó con voz ronca—. ¡Acabas de matar al jefe!

"Tops'1" Hertz tuvo una visión rápida de lo que podía ocurrir. El cerebro del grupo no existía ya. Él, "Tops'1" Hertz, podía tomar las riendas y el mundo entero sería suyo...

En aquel momento, una bala se alojó en su cerebro, disparada por el hombre que quería vengar el asesinato de su jefe, o lo que él juzgaba asesinato, cuando "Tops'1" Hertz no había querido hacer otra cosa que mostrarse buen chico y detener la huída de un puñado de cobardes.

Los otros siguieron corriendo.

—¡Es gas asfixiante! —dijo uno con voz entrecortada.

—¡Está en esa maldita caja que el hombre de bronce nos ha hecho traer aquí, engañándonos!

Siguieron huyendo, puesto que el gas asfixiante es una cosa temible y el viento soplaba en su dirección.

Llegaron al extremo norte de la isla y, viendo cuán pocos eran y dándose cuenta de la dirección del viento, se echaron a nado hacia los restos de la goleta Inocente.

Estos se encontraban fuera de la ensenada, a cosa de un cuarto de milla de la playa. Era mucho trecho para algunos de aquellos hombres y en el agua había tiburones.

La sangre de los que habían muerto al caer el Inocente a pedazos, había atraído a esos terribles animales.

Muchos hombres murieron en el mar. Entre ellos se encontraban Gerham Gage Gettian y Napoleón Murphy Decitez, dos hombres atraídos y engañados por la promesa del Amo del Metal.

Algunos llegaron a tierra, pero no se supo cuántos, puesto que se guardaron de hacer hablar nuevamente de ellos.

Dos o tres que se ahogaron en la resaca, murieron preguntándose cómo el gas había podido escapar de la caja sellada.

—Fue el sonido del trino —explicó Doc Savage a Monk, Ham y a los demás—. Oí la explicación que uno de esos hombres hizo a "Tops'1" respecto a una copa de vino que puede ser rota por cierta nota musical. Tenía razón. Pues bien, dentro de la caja y fijada a la tapa exterior que sirvió de tablón de resonancia, había una redoma

de cristal que contenía ácido. El sonido la rompió y el ácido hizo saltar la caja y saltó el gas.

—¡Gas asfixiante! —dijo Nan Testen, estremeciéndose—. ¡Es terrible!

Doc Savage la corrigió:

—¡No era gas asfixiante! —dijo—. Tan sólo un gas que producía una fuerte agonía y, eventualmente, la pérdida del sentido. Su olor y sus efectos son exactamente iguales a los del gas de mostaza que muchas personas conocen, pero no causa otro daño que un fuerte dolor y la pérdida del conocimiento.

Monk, el químico, dijo: —Yo he perfeccionado ese gas. Haciéndolo parecido al gas de mostaza, pensé que asustaría más a las víctimas.

—¡Has hecho un buen trabajo! —comentó Renny.

—¡Demasiado bueno, desgraciadamente! —dijo Doc Savage.

AL cabo de unos momentos, cuando el gas se disipó empujado por el viento, salieron para comprobar sus efectos. El espectáculo no era agradable.

Sin embargo, no compadecían a los hombres inconscientes que serían reanimados y llevados al instituto de Doc Savage, situado en el Estado de Nueva York, para la reforma de criminales.

Eran las vidas de los que habían perecido lo que sentían. Doc Savage y sus ayudantes no quitaban nunca la vida a nadie cuando podían evitarlo.

Doc Savage y Renny, el ingeniero, visitaron las cajas ocultas en las dunas, que contenían los aparatos para licuar metales. El hombre de bronce las examinó, y cuando hubo terminado se apartó, meneando la cabeza.

—Ahora se comprende por qué esos aparatos se emplearon para realizar crímenes en vez de aplicarlos al uso industrial —declaró.

—¿Eh? —exclamó Renny.

—Cambian la estructura molecular de los metales que licuan —explicó Doc Savage—. Los hacen cristalinos, demasiado frágiles para el uso comercial. Es un defecto que, sin duda, puede ser corregido.

—¡Entonces ese maldito invento no vale gran cosa! —dijo Renny.

—Sirve tan sólo de arma —replicó el hombre de bronce—. Y

cuidaremos de que, en lo sucesivo, no caiga en malas manos. Como arma sería invencible, y en manos de bandidos desalmados…

No terminó la frase. Había visto de sobra lo que podía suceder en tal caso.

Al regresar, los atrajo un silbido prolongado y vieron de pronto a Monk de pie ante un cuerpo.

Renny lo miró con atención.

—Muerto de un tiro —dijo—. Este es el fin del hombre que creyó ser el Amo del Metal, el hombre que podía tomar lo que quería en el mundo con ayuda de su invención.

“Tops'1" Hertz debió matarlo —decidió Doc Savage—. El cadáver de "Tops'1" Hertz está ahí y a su lado hay una pistola cargada con balas dum —dum. Este hombre ha sido muerto con una bala dum— dum.

Monk se humedeció los labios y se retorció.

—¿Y qué vamos a hacer con éste? —dijo—. ¿Qué vamos a decir… a…?

—Decir a Nan Tester que su hermano Louis era, en realidad, la cabeza de la banda infernal —concluyó Doc Savage—. La muchacha es honrada como la que más y no sospecha siquiera la verdad…

—Tampoco lo sospecharon muchos otros —dijo Long Tom, entrando en discusión—. "Tops'1" Hertz no lo soñó siquiera, pero yo me enteré por los papeles que encontré en el aeroplano de Louis Tester cuando "Tops'1" y yo lo registramos. Destruí luego los papeles que probaban el hecho, pensando que era conveniente que "Tops'1" lo ignorara.

Doc Savage dijo:

—Seevers, el primer hombre que murió, no lo sabía tampoco. Debió sospechar de otra persona, o quizá descubrió únicamente que el secreto para licuar metales iba a servir para fines malvados.

Era preciso hablar a Nan Tester. Dejaron pasar el tiempo con buenas excusas, puesto que el aeroplano que había traído a la banda del Amo del Metal desde Nueva York llegó cargado de provisiones y capturaron al piloto sin mucha dificultad.

Después de eso, se reunieron con Nan Tester en la barcaza y la muchacha empezó a hacer preguntas.

—¿Y mi hermano? —preguntó con temor—. ¿Qué le ha ocurrido?

Monk tragó saliva repetidas veces.

—Ha muerto luchando por su libertad —dijo por fin, lo cual era una explicación piadosa y, después de todo, exacta.

El viaje de regreso a Nueva York se hizo en el aeroplano capturado, y Doc y sus hombres lo realizaron comentando los últimos acontecimientos ocurridos en la isla.

Se sentían dispuestos a descansar, pero no tardaron en volver bien pronto a un estado de tensión moral y física, puesto, que otra aventura les aguardaba a su regreso a la capital.

Sin embargo, Doc y sus hombres no tenían el menor presentimiento de ese nuevo horror y seguían sonriendo, pensando en su última aventura.

FIN

Título original: *The metal master*